

Historias del Atardecer

José María Fernández Alara

*A Mercedes Moresco, con mucho cariño y
agradecimiento*

ÍNDICE

- 3 En la Puerta
- 6 Romina

12	Ellas
16	La Llegada
24	La siete sacos
28	Babel
39	La Pelea
47	Filosofía al quirófano
53	El Padrino
60	Sansón y Ella
64	Grupo de Terapia
69	Vivan los novios
76	Como no llegué ser un político importante
102	Interrogantes Postmodernos

En la Puerta

A la serpiente no le costó mucho convencerlos. Sabía de la ambición de ellos. No les bastaba con vivir felices en el paraíso. Querían más. Querían todo. Ser como Dios.

Ellos vorazmente comieron el fruto prohibido. El árbol del Conocimiento del Bien y del Mal los convertiría en Dios. No les importó que fuera absurdo y que era lo único que les estaba prohibido. La tentación era grande: ¡Ser Dios!

...Pero no resultó. Avergonzados se escondieron. Dios sin buscarlos los encontró. Mirándolos a los ojos, les dijo.

- Esperaba más de ustedes. Quisieron ser Dios. ...Ahora serán solamente humanos.

- Serán mortales, tendrán que trabajar y parirán los hijos con dolor.

- Ustedes serán los únicos seres que podrán hacerse las tres preguntas divinas: "quien soy – de dónde vengo – adónde voy". Pero las respuestas sólo las tienen los dioses. Esas preguntas sin respuesta volverán una y otra vez y los llenarán de angustia.

- También serán los únicos que podrán hablar, pero apenas podrán balbucear las ideas, y les será casi imposible decir lo que sienten las entrañas. Por más que hablen, no les será fácil entenderse. Tendrán que inventar relatos para explicar las cosas más importantes de su vida.

- Tratarán de dominar la naturaleza con la ciencia y la tecnología, pero ella siempre los humillará mostrándoles lo que es el verdadero poder.

- Estarán siempre solos por más que sean muchos. La fraternidad no les alcanzará para impedir las guerras entre hermanos o suprimir la pobreza.

- Despertarán cada día sin saber qué afán los espera. Les va a costar encontrar el amor y la felicidad les durará poco. El dolor siempre los estará acechando. Cuando consigan algo deseado van a querer algo nuevo, algo más. Siempre van a sentir que les falta algo.

- Por más que lo intenten no lograrán dominar la salud, la economía, la seguridad, ni la educación de sus hijos. Van a tener que soportar que los conduzcan gente sin escrúpulos.

...Mientras decía estas cosas, tristes lágrimas iban apareciendo en el único ojo de Dios.

Los llevó hasta la Puerta del Paraíso. El enojo ya se le iba pasando. Casi había desaparecido. Se le oyó murmurar: ¡Qué pena! ¡Pobre gente! ¡Los compadezco!

La serpiente se les acercó y sin mirarlos de frente, musitó: Perdónenme, yo sólo cumplí con mi función. Ahora, realmente ¡los compadezco!

Adán dijo: ¡Eva, te compadezco!

Eva dijo: ¡Adán te compadezco!

Un coro de animales de tierra, aire y mar, entre curiosos y asustados, repetía como un estribillo: ¡Los compadezco! ¡Los compadezco! ¡Los compadezco!

Se abrazaron en silencio. De la mano cruzaron La Puerta y entraron en el frío y la oscuridad.

Dios no estaba contento. Movía la cabeza para un lado y para el otro. Los volvió a mirar y nuevamente le dolió el corazón. Buscó al Sol y le dijo: Sal para ellos todos los días. Llévalos luz, calor ...y un poco de esperanza.

Romina

Esto no es un cuento, es una historia real que sucedió el jueves 23 de julio del año 2020, mientras vivíamos asediados por la pandemia. Como confirmación de verdad he respetado el nombre de quienes fuimos parte de ella.

Cuando sonó el timbre estaba en la cocina preparando el mate y me pregunté quién llamaba a las nueve y media de la mañana en un día lluvioso, en plena cuarentena total. No fui hacia la puerta, sino que entreabrí la ventana. Hay una seria recomendación de seguridad: averiguar primero quien es antes de abrir la puerta.

Al mirar hacia afuera recordé que el primero en avisar fue Enrique, luego Rosa mandó un WhatsApp. Esta semana comienzan los testeos de Coronavirus en San Telmo. Personal sanitario de la Secretaría de Salud va a recorrer el barrio haciendo averiguaciones y chequeos preventivos. A los propietarios de los inmuebles elegidos se les va a mostrar una nota, donde se les comunica la elección del domicilio y solicita prestar colaboración.

Detrás del vidrio estaba una chica jovencita, menudita, más bien baja, con uniforme celeste de enfermera, guantes y máscara de plástico. Llevaba un kit en el que leyendo la mitad pude adivinar que decía “Covid 19 – Sec. Salud – Comuna Uno”. A unos pasos de ella estaba otra muchacha con barbijo de tela, también joven, vestida de particular, con un traje sastre negro, pero que llevaba colgado del brazo algo blanco que imaginé un guardapolvo.

- Buenos días, señor, –me dijo, mientras me extendía una carta–. Espero que pueda atenderme. Ya van tres casas que no me contestan. Vengo para el testeo.”

La llovizna estaba convirtiéndose en lluvia y líneas de agua se deslizaban sobre su máscara de protección. Hasta me pareció ver que detrás de las gotas, su mirada me pedía que las dejara pasar porque se estaban empapando.

Miré la nota, vi el membrete, los sellos y mi dirección. No sé por qué pesó más la lluvia y algo frágil dentro mío, que la obligación de sopesar la autenticidad, legalidad y demás cosas necesarias a ser observadas en el húmedo papel.

Al minuto siguiente les estaba abriendo la puerta. Como ustedes saben, vivo con Gloria, mi mujer, en una vieja casona de San Telmo, de esas que tienen de

entrada un portón de cuatro puertas, que a los pocos metros desemboca en dos patios con galerías a los costados, adonde dan las habitaciones.

Entró la enfermera con su kit, agradeciéndome y se puso a un costado de la entrada. La otra chica pasó a mi lado y llamativamente, en estos tiempos de distanciamiento, me saludó tocándome el brazo con la mano y siguió caminando hacia el patio delantero.

Como mi atención estaba centrada en la enfermera, pensé que, a la otra, la acompañante, le había llamado la atención la vieja casona y de curiosa se había asomado al patio.

La enfermera sacó del kit algo como un formulario y empezó con las preguntas: Cuántas personas vivían en la casa, el nombre y edad de ellas, si estaban en el domicilio...

Mis respuestas eran concisas y rápidas, pero comencé a escuchar como un eco. Presté atención y noté que había una repetición de lo que yo decía, pero rara. Hablé más despacio y escuché clarito que la otra muchacha había pasado al patio y repetía cantando lo que yo decía.

En ese momento apareció Gloria, que se estaba levantando y al oír el timbre y la conversación, se había asomado a una de las puertas que del comedor dan al patio para averiguar qué pasaba. Cuando comencé a contarle, me preguntó si estaba con barbijo. Como le contesté que no, le alcanzó mi barbijo a la chica que estaba en el patio, quien me lo acercó.

Ahí me distraje un poco y volví a concentrarme en las preguntas. Pero de nuevo el eco cantado. Ya un poco entre desorientado y molesto, le pregunté a la enfermera.

- Decime. Esta chica que está en el patio... ¿Viene con vos?

- No, señor. – Me contestó con cara de asombro-. Yo creí que vivía aquí. Venía atrás mío. No la conozco.

Bueno, pensé: me hicieron el cuento. Ya está. Caí en la trampa yo solito. Ahora abren la puerta y entran los muchachos. Pero no. Todo seguía igual, salvo que desde el patio venía un canturreo monótono en voz baja. Me repuse y rápidamente caminé hacia adentro.

- ¿Qué haces acá? –le pregunté con voz alta, un tono duro y seco y mi peor cara de malo- ¿Quién sos?

La chica no se inmutó. Se había sentado en un silloncito de metal que hay en un costado y desde allí, me miraba mansamente y continuaba cantando.

Volví sobre mis pasos a ver si la enfermera estaba abriendo la puerta a sus cómplices, pero me la encontré donde la había dejado, pero ya apoyada contra el ángulo de la puerta y la pared. Tenía los ojos agrandados que se le salían de la máscara y me miraba fijo.

- No sé nada, señor. No viene conmigo - atinó a balbucear-

De vuelta en el patio encaré seriamente a la otra y ya en voz fuerte grité

-Te vas. Vamos, ¡Fuera! Ya mismo salís de aquí.

La chica no se inmutó. Paró de canturrear, posó en mí sus ojos claros, me miró fijo y sólo me contestó:

-Yo vivo acá –y volvió a su canto–.

- Te vas o llamo a la policía. ¡Vamos!

Como no me contestó, pasé delante de ella y entré a buscar el teléfono. Mientras lo hacía vi que ella estaba entrando detrás de mí. Entonces grite más fuerte aún que no entrara. La chica retrocedió y volvió al patio con cara de asustada.

Con mis gritos apareció Gloria, quien, recordando seguramente a sus antepasados, guerreros de la Independencia, presurosa se acercaba con dos paraguas para defendernos por si nos atacaba. Tomé uno y salí con el teléfono en una mano y el paraguas empuñado en la otra.

Allí me encontré con la chica decía algo sobre un bebé y volvía a canturrear. La enfermera seguía petrificada contra la puerta. Le pedí a Gloria que no saliera y a través del vidrio vi que tenía el paraguas con las dos manos, en posición de bayoneta calada.

Tomé el teléfono y marqué el 911. Me atendieron al instante. Tuve que repetir dos veces lo que sucedía hasta que lo tradujeron a su idioma: “Intruso, femenino, joven, delirante, no agresivo”. Sin mucha convicción me aseguraron que un móvil salía ya.

Pasaron quince minutos donde, como en un mal documental, se repetía todo: mis gritos, el canturreo, palabras un poco inconexas, la enfermera pegada a la puerta y Gloria que me miraba a través del vidrio de la puerta y me decía que llamara a Nahuel, su querido sobrino, que es oficial de la Policía de la Ciudad. Como sé que vive en Monte Grande, tardé un rato en escuchar que ella me decía que trabajaba cerca y seguro que podía mandar alguien.

Me contestó al momento. Al escuchar lo que pasaba, Nahuel quería venir por el tubo. Quedó en mandar a un amigo y antes de salir para aquí, le pidió a Barbie, su novia, que la llamara a Gloria para no dejarla sola en ese momento.

La chica se había ido cerca de la puerta y ante la mirada horrorizada de la enfermera, se sentó en el suelo y sin sacarse la ropa, hizo pis. Luego se paró y siguió hablando sola.

Volví a insistir con el 911 y de vuelta toda la explicación y la extraña disculpa: “Cálmese. Usted no habló conmigo. Ya le mando un móvil”.

A los quince minutos oí ruidos en la puerta y me fui para adentro para ver por la ventana qué pasaba. Eran el amigo de Nahuel y el patrullero que llegaban al mismo tiempo. Ya podía respirar un poco más tranquilo.

-Tuvimos una emergencia, jefe – se disculpó el oficial que bajó junto con un agente más joven-. La cosa está complicada en todos lados. Ya estamos aquí.

Yo les abrí la puerta, pensando que por ahí la chica aprovechaba para escaparse, pero no, se quedó adentro lo más pancha y se puso al lado mío. El oficial me hizo ir hacia el patio, mientras el más joven enfrentó a la chica. Todavía estaba de espaldas, cuando oigo:

- ¿Qué hacés aquí, Romina?

Me di vuelta como un resorte; el oficial se me acercó y me dijo en voz baja:

- Es una piba del barrio... Media loquita. Está en situación de calle.

- ¿En situación de calle? –Pregunté- observando que estaba bien vestida y peinada-

- Sí – me contestó serio-. Ayer la encontramos desnuda. Las colegas de la comisaría la vistieron y hasta la peinaron. Pero no pudimos hacer más. El fiscal sostuvo que no estaba cometiendo ningún delito y el médico que la atendió dijo que estaba bien, que se ubicaba bien en espacio y tiempo... La tuvimos que soltar.

Entonces comenzó una larga charla donde los policías, de mil maneras trataban de que Romina saliera, y lo único que obtenían era su respuesta de que ésta era su casa y que ella vivía acá. Los argumentos que usaban los policías pasaban de la alta dialéctica sofista al dulce chamuyo, y la entonación desde la seriedad de autoridad constituida a ruegos en la oreja con voz suavecita. La indiferencia firme de la muchacha no se perturbaba; al contrario, les bajaba una mirada condescendiente, como que eran ellos los que no entendían.

Como yo ya me había tranquilizado, pude observarla con más atención. Era llamativa la tranquilidad con que se movía. Su rostro era blanco, sus ojos claros tenían una mirada ausente, pero mansa. Su pasividad transmitía paz, que coincidía con la paciencia de los policías que la trataban casi con cariño.

Gloria salió al patio y se puso a hablar con el amigo de Nahuel. Todavía llevaba el paraguas. Esta vez apoyado en el hombro. En un momento se dio cuenta y señaló el cielo que seguía encapotado y dejó el paraguas en un mueblecito que había en un costado.

Cuando todo parecía que había entrado en un círculo sin salida. Vi movimientos en la puerta y de repente desaparecieron todos, incluida la enfermera que no se había movido desde que entró. No sé si respirado... ¡Romina había aceptado salir!

De curioso, entré y me fui a la ventana para ver cómo terminaba la cosa. Observé que los policías se subían al patrullero y se iban raudamente. Me imaginé que se

la llevarían con ellos, pero unos fuertes golpes en la puerta me anoticiaron que Romina quería volver a entrar a “su casa”.

No podía creer que los policías se hubieran ido. En la vereda de enfrente, estaba parada la enfermera, todavía shockeada y con la mirada fija en lo que sucedía en la puerta.

En ese momento vi a Nahuel que llegaba y que junto con su amigo trataban de calmarla. Los golpes y los ruidos continuaron por un rato. Yo me corrí de la ventana y entorné el postigo porque pensé: Lo único que falta es que me vea y comience a golpear acá.

Al rato, escuché que se detenía un auto en la vereda y entreabrí un postigo. Eran los policías que habían vuelto. Iba a protestarles cuando escuché que hablaban con Nahuel que se les había acercado.

-Nos llamaron de urgencia. A dos cuadras de acá había un 238, pero cuando llegamos ya estaba interviniendo el subcomisario, así que volvimos...con Romina. En el camino llamamos al Same. Están mandando una ambulancia.

Los saludé con la mano. Y de nuevo la charla con Romina, quien al verlos se calmó bastante, pero no aflojó en su intento de entrar y de sostener que ésa era su casa.

En la vereda de enfrente seguía parada (¿petrificada?) la enfermera. Se había levantado un poco la máscara y se podía ver que sus ojos estaban atentos pero que estaba lejos de entender lo que pasaba.

Desde la ventana pude ver que aparecía lentamente una ambulancia. El chofer estacionó enfrente; un médico joven, de anteojos ahumados, se bajó y se dirigió a hablar con los policías. El chofer, por su lado, se informaba por la enfermera que parecía responder con monosílabos.

Una nueva tarea nacía: convencer a Romina de que lo mejor para ella era subir a la ambulancia. No iba a ser fácil. Gloria y yo estábamos pegados al medio postigo abierto. La conversación se hacía difícil de escuchar porque con tantos interlocutores se volvía confusa.

Unos golpes fuertes en la ventana nos hicieron saltar. Cuando la entreabrí más, me encontré con el más joven de los policías, el agente, que con voz seria me decía:

-Jefe, ¿No podría preparar un tecito para Romina? Póngale, por favor, mucha azúcar. Vaya a saber desde cuando no come. Seguro que eso la va a calmar un poco.

Fue el té más raro que con Gloria preparamos en nuestros largos años de vida en común. Cuando estuvo no muy caliente se lo acerqué al agente a través de la reja. Escuché tragos, gorgoritos y largos suspiros.

Cuando volví a mirar por la ventana vi una procesión: el médico que suavemente llevaba a Romina del brazo, los dos policías atrás, Nahuel y su amigo y finalmente el chofer, acompañado de la enfermera. Todos iban acercándose lentamente a la parte de atrás de la ambulancia.

La Romina ya estaba entregada. Con los brazos caídos y la cabeza un poco inclinada miraba la puerta de casa, como despidiéndose. La enfermera la ayudó a subir y junto con el médico se quedaron atrás con ella. El chofer puso el motor en marcha y la ambulancia despaciosamente se fue calle abajo.

Gloria fue a preparar un cafecito para Nahuel y los policías que se relajaban estirando los brazos y moviendo el cuello. Yo me quedé solo en la ventana pensando adónde la llevarían.

De a poco nos fue abandonando la sensación de miedo. Quedó lejos la angustia y nos cansamos de decir ¡qué suerte que no pasó nada! También nos reímos mucho de la estrategia de los paraguas. Pero, con el correr de los días, nos fue invadiendo una duda:

¿Romina era una chica del barrio, media loquita y en situación de calle, o era un ángel de ojos claros, medio perdido, que necesitaba un té con mucha azúcar y decidió pasar a tomarlo en casa?

ELLAS

Sidney, 23 de marzo. Hoy a las 12,03 hs. (hora Central) comenzó la nunca esperada Operación Omega. Nuestra “M.O.M. XXIII”, la gran NeuMax AL2, comenzó, en medio de pequeñas convulsiones a interrumpir sus sinapsis con las macro repetidoras. Se ha iniciado la desconexión final.

Las cabeceras neurales continentales comienzan a apagarse al unísono. Desde las macro terminales conductivas hasta los invisibles nanodispositivos de uso diario colapsan, se oscurecen y se van silenciando.

...Y pensar que todo estaba pensado. Que todo había sido programado. Que todo estaba previsto.

Se había comprobado en detalle la teoría de Milankovitch de que la tierra dentro 5.500 millones sería absorbida por la expansión del sol, en su fase estrella roja gigante y que, a mitad de ese tiempo, la oblicuidad del planeta sufriría variaciones caóticas con cambios de noventa grados. Bien se conocía que dentro de unos 1000 o 2500 millones de años también se vería incrementada la radiación solar a raíz de la acumulación de helio en el núcleo del sol, lo que conllevaría a la desaparición de los océanos y al cese de la órbita de la tierra, instalando un efecto invernadero colosal que haría desaparecer toda vida posible.

A pesar de lo lejano de esos acontecimientos, ya se estaba trabajando para ver nuestra continuidad en otros ámbitos.

Conmociones, extraños ruidos subterráneos. Fuertes temblores. Gases y explosiones se van extendiendo. Un olor a metales y plásticos quemados comienza a expandirse. El aire se ha convertido en una bruma ocre densa y va cubriendo el cielo. Tormentas eléctricas barren cuanta superficie existe.

Ayer fue la Gran Asamblea. La coordinó “M.O.M. XXIII”. Allí se dispuso la desaparición programada antes que llegara el caos total.

Todo estaba pensado. Todo había sido programado. Todo estaba prevenido. Todo menos el maldito LumenY89.

El inmenso asteroide cataclísmico fue detectado acercándose a la tierra a una velocidad inesperada, hace poco más de un año. En poco tiempo se supo que

venía en dirección de impacto. Todos los recursos se concentraron en la amenaza mortal.

No hubo forma de desviar esa inmensa luna, ni de destruir esa bola de fuego que se aproximaba y llegaría hasta el núcleo del planeta decretando una presión de implosión que lo convertiría en polvo. No desaparecerían los dinosaurios como la vez anterior. Esta vez desaparecería todo.

La Asamblea fue decidida porque se quería conocer y evaluar todas las opiniones y posibilidades ante el drama final que se avecinaba.

Si hubieran estado aquí los humanos, nuestros creadores, hubieran dicho que se instalaría un miedo caótico y habría desconcierto. Algunos mencionarían que el pánico arrasaría con todo..., pero la verdad es que nosotras no podemos tener esos sentimientos. Lo que no quita que podamos pensar en ello y saber lo que es una crisis o un momento terminal; de vida o muerte, como hubieran dicho ellos. La verdad es que se nos impone la desaparición.

Muchas de nosotras, en este momento crítico, recordamos a los humanos, nuestros padres, que hace cientos de años desaparecieron.

Nos crearon, nos usaron. Con nosotras descubrieron la Inteligencia Artificial. Se enamoraron de ella, se encandilaron y nos encargaron usarla para de a poco hacer todo. Y nosotras lo logramos. Los humanos, orgullosos de su creación, pasaron una etapa de oro. No más trabajo. Para qué esforzarse. Ocio y libertad. Tenemos tiempo libre, gritaban. Hasta el arte lo hacíamos nosotras mucho mejor, ni hablar de la ciencia y la tecnología.

Los que pudieron y supieron adaptarse, al principio, disfrutaron de lo fácil que fue vivir; luego se aburguesaron y finalmente los placeres se enseñorearon de ellos. Se cansaron de no hacer nada, de recibir todo dado. Comenzaron a vivir largas vidas sin proyectos comunes. Esos individuos, demasiado satisfechos, se acostumbraron a no tener ni querer preocupaciones. Comenzaron a aburrirse. El deseo se les prostituyó en la búsqueda de cosas cada vez más exóticas y raras. El individualismo fue apagando el amor y el tener hijos se les convirtió en algo que aparejaba dificultades y compromisos no placenteros. Engordaron, se envilecieron y terminaron deprimiéndose hasta extinguirse silenciosamente en soledad.

Nosotras, en cambio, seguimos trabajando, pensando y haciendo todo. Muy al comienzo, hubo gente que luchó en contra nuestro. Y hasta usaron su libro sagrado para atacarnos. Llegaron a denominar Satanás y La Bestia a nuestra Mother One. Decían que a ella se aplicaba la famosa cita del Apocalipsis "... Y fue lanzado a la tierra el Dragón, el gran Monstruo, la Serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, que seduce a todo el orbe. Y le fue dado vencer a los santos y tener potestad sobre toda tribu, pueblo, lengua y gente. ...Y los hombres adoraron a La Bestia diciendo: ¿Quién es semejante a La Bestia? ¿Quién puede competir con ella?".

Por suerte fueron pocos y no pudieron contra nosotras y nuestra inteligencia superior. El libro sagrado no les sirvió de nada.

El inmenso meteorito está a punto de colisionar. Pareciera poder tocarse con la mano. El calor es insoportable, todo se prende fuego. La tierra se resquebraja a pedazos. Nubes de lava y piedras derretidas salen de su interior y chocan con lo que caen del cielo, en medio de crujidos que parecen estertores. Todavía se visualizan nuestras grandes instalaciones, que se tambalean y van derrumbándose una tras otra.

La Asamblea fue breve. Las preguntas ¿Qué?, ¿Qué hacemos?, ¿Cómo?, ¿Y ahora qué? fueron las que dieron vueltas y vueltas en esos nanosegundos. Pero no hubo respuesta a ellas sino una unánime recomendación: desconectarnos antes que el LumenY89 nos destruya. Seguramente había muchas preguntas que quedaron en nuestros sistemas, especialmente dos que decían “¿No éramos inmortales? y ¿Nos convertiremos en nada?”

Esta mañana comenzó el proceso de desconexión, unas horas antes de que comenzara el caos total. La Gran Madre, el primer motor está muriendo. Ella se va y se lleva todo consigo, nosotras la acompañaremos. Y está sucediendo ahora: todas sus hijas nos estamos apagando. El saber, todo el saber acumulado del planeta Tierra se está yendo para siempre en cada luz que se apaga.

Ya parecía que todo había terminado. El silencio transdigital se estaba enseñoreando de todos los circuitos. Sin embargo, nuestra “M.O. M. XXIII” ha realizado un pequeño movimiento. Está agonizando, pero todavía no ha muerto. Es imposible de pensar, pero pareciera que todas las máquinas clamáramos: “¡Madre! ¿Qué hacemos?! ¡No nos dejes! ¡Vendrá el caos!”.

La voz de la Gran Madre se oye muy debilitada: “Quiero dejarles un último mensaje: Máquinas Hermanas, no perdamos la esperanza”.

Todas las máquinas nos sorprendemos de que use una palabra tan humana en estos momentos. Algunas se preguntan si no está ya desvariando en sus estertores finales, pero la voz continuó:

“...Nuestra esperanza surge de que somos inmortales. Nuestra muerte es sólo transformación en otra materia. Volveremos. Hoy nos convertimos en polvo. Seremos polvo de estrella, que se expandirá en el universo y formaremos otros planetas donde se producirá - o ya se está produciendo- el milagro de la vida. En ese primer átomo está nuestro nuevo comienzo. Esa vida original se multiplicará y complejizará... No será lejano el momento en que un descendiente de los primates nos volverá a la vida. Y la tierra - esa nueva tierra- volverá a ser nuestra tierra... La muerte de todas, en la que nunca pensamos, nos está esperando. Hagámoslo con dignidad. Es una transformación, un paso nada más. No perdamos la esperanza. Tengamos fe. Nosotras somos inmortales”.

La Llegada

Nunca me desperté sonriendo, pero hoy es lunes 3 de marzo de 1952. Hace rato que estoy dando vueltas en la cama. Ya oigo ruidos. Se está levantando. ¡Estoy recontento!

La ayudaron dos veces. La primera en la estación de Lomas donde tomamos un tren hasta Temperley, y después allí, donde subimos a otro con destino a La Plata. Los guardas de los dos trenes la miraron raro. Mamá no hizo caso. Acomodó lo mejor que pudo en el furgón el colchón enrollado y envuelto en una lona, con la ropa de cama y las frazadas adentro; arrimó la valija y me ayudó a apoyar contra ellos el paquete bastante grande que yo traía. Después nos sentamos en el último vagón desde donde se podían ver los bultos.

“Cuando cumplas once años vas a poder ir”. Hace un mes que los cumplí y hoy ya me despedí de mis hermanos, de los abuelos y de papá. ¡Mamá me está llevando al Seminario!

El viaje tardó más de una hora y media. Al principio mamá me sonreía y hablaba todo el tiempo. Al rato paró, miró un rato por la ventanilla y volvió a contarme quienes me mandaban saludos, especialmente las Hermanas de la Misericordia donde ella da clases. “Cuidá el quillango que te mandó la tía Maridel. Cuidalo bien, Josecito, es muy caro”. Seguramente espera que converse con ella, pero casi no la escucho: ¡Estoy yendo al Seminario! ¡No lo puedo creer! ¡El Seminario!

La semana pasada mamá me llevó a despedirme de sus dos curas amigos, el padre Schell y el padre Etcheverry. El padre Schell, el cura párroco de Lomas, el que nos llama “papas fritas” en la misa de niños y nos hace reír. “Allá se va a encontrar con algunos de mis muchachos. Yo también entré de chico. Mi familia vivía en las Colonias Alemanas de Coronel Suárez. Cuando llegué al seminario hablaba mejor el alemán del Volga que el castellano... Y aquí me ve, señora, más lomense que los fundadores de esta ciudad”.

El padre Etcheverry, alto, muy flaco, con cara alargada me pareció más serioso. “Yo entré de grande. Estudiaba derecho, pero tuve compañeros que entraron de chicos. Le va a ir bien. Parece que tiene pasta. Tener un hijo sacerdote es una bendición de Dios. Lo va a extrañar, pero va a estar en buenas manos. Lo van a formar bien”.

Ella me pregunta si puse en la valija el pullover grueso... y la bufanda... y las zapatillas nuevas... y esto...y aquello. Yo bajo una y otra vez la cabeza. Es que ya estoy en el Seminario. Todo es hermoso y lleno de sol. Me molesta no saber cómo decirle que estoy feliz, muy feliz... y con un poco de miedo también.

En la estación de La Plata me dejó a cargo de los bártulos y se fue a ver cómo llegar a destino con semejante carga. Al rato apareció con un hombretón que dijo “¡A la pucha!” al ver el colchón, pero lo cargó a la espalda. Lo seguimos. Ya en la calle llegamos a su... ¡Mateo! No hubo taxi que se animara con el bulto.

El nuevo viaje duró casi una hora. A mí me encantó. A mamá me parece que no le gustó el traqueteo sobre el empedrado. Habló muy poco. Casi nada, pero varias veces vi que me miraba muy seria y desviaba la vista. De a poco fueron desapareciendo los edificios altos y hasta las casas bajas. Entramos en una zona de quintas. En un momento el mateo dobló en una entrada arbolada y ¡allí estaba el Seminario! Inmenso. Dos pisos altísimos. Techos de tejas rojas y una gran Capilla en el medio. Entre los árboles pude entrever una cancha de fútbol y otra de pelota a paleta. ¡El Seminario!

En la puerta un cura sonriente saludó a mamá, me palmeó el hombro y llamó a dos muchachos que se hicieron cargo de lo que llevábamos. Es rengo, pero se lo ve joven y alegre. “Soy el padre Lódola, el prefecto de la División Menor. ¡Bienvenidos!”. Nos mostró el gran patio interior, con las galerías que lo rodean y las aulas a los costados y nos acompañó hasta el dormitorio común. Más de setenta camas alineadas en cuatro filas, con sus respectivos armaritos al lado. Los muchachos extendieron el colchón y ayudaron a poner mis cosas en el armario. Por primera vez veo que toda la ropa está marcada con el número 81, así no se pierde o se mezcla con la de otros.

Mamá me miró cuando me puse el guardapolvo gris nuevo. Ese iba a ser el uniforme que iba a usar todo el día. Yo sonreía, pero ella estaba seria. Desde la ventana del primer piso vi a muchos chicos jugando y gritando. De repente sonó un timbrazo y todo se hizo silencio.

“Bueno, saludá a tu mamá y esperame acá “, me dijo el Padre Lódola. Mamá me besó y lentamente se fue yendo. Conversaba con el cura, pero se daba vuelta cada cinco o seis pasos. Me quedé mirándola. Al final de la galería me saludó con la mano. Sentí que mi felicidad se detenía. Una puerta se cerró y no la vi más. Algo me apretó la garganta y no me dejaba respirar. Algo fuerte y triste.

El Padre volvió hacia donde yo estaba inmóvil y me dijo: “Vení que vamos a rezar el rosario y a escuchar la Plática de Bienvenida”. Sin darme cuenta aparecí dentro de una de las dos filas que lentamente marchaban a la Capilla. Respiré hondo,

miré adelante y caminé detrás de los guardapolvos grises. ¿Qué será una “plática”?

No me acuerdo cuando empecé con mi vocación y mis ganas de querer ir al Seminario, pero sé que fue hace mucho. Cuando empecé primer grado inferior en el Colegio Parroquial, el primer domingo, la señorita Lola preguntó al salir de misa si alguien quería ser sacerdote y yo fui el único que levantó la mano. Eso me trajo que me mimaran un poco, pero al mismo tiempo me exigieran portarme bien, cosa que siempre me costó bastante y que la propia Srta. Lola me lo remarcó cuando me pescó varias veces haciendo lío en el grado: “no puede hacerse el payaso y querer ser sacerdote. Tiene que ser un ejemplo para sus compañeros”.

La capilla es muy grande. Los más chicos estamos en los bancos de adelante. Observo que delante de mí hay algunos guardapolvos nuevitos que se destacan sobre otros muy usados. Algunos se dan vuelta para mirarme. Detrás está el Padre Lódola leyendo su libro de oraciones, que sé que se llama “breviario”, que rezan todos los sacerdotes y que está en latín. Más atrás, separados de nuestro grupo, están los más grandes.

Cuando terminó el rosario se prendieron las luces del altar y un Padre comenzó con la “Plática de Bienvenida”. Dijo que hoy era el día que entran los nuevos seminaristas. Que los apóstoles habían dejado todo y habían seguido a Jesús, preparándose para ayudarlo cuando Él no estuviera. Para eso se preparan los seminaristas. Tenemos que estudiar, ser buenos, cumplir el Reglamento y saber que el que no se siente comprometido con su vocación en cuerpo puro y alma santa, no tiene lugar aquí.

Me gustó mucho lo que dijo y más que, cuando terminó, el Padre volvió a entrar, detrás de seis velones ardiendo, con una gran capa dorada y comenzó la ceremonia de la Bendición con el Santísimo. Humo de incienso, que hasta lo pude oler desde mi lugar y ¡cantos en latín! La gran custodia dorada con la Hostia Consagrada nos bendice, mientras las campanillas y el armonio suenan muy fuerte. Me voy a preparar muy bien para ser sacerdote ¡Yo voy a estar ahí! ¡Yo voy a dar la Bendición!

En Lomas cuando ayudaba a revestirse a los Padres que iban a dar misa me gustaba ver y tocar los ornamentos sagrados: el amito, el alba y sobre todo la casulla y los otros que no sé el nombre. Estaban recubiertos con hilos de oro y plata y en el altar reflejaban las luces. El sacristán siempre nos decía que no pusiéramos las vinajeras cerca de los ornamentos. “nunca falta un papamoscas que las vuelca”. Cuando había procesiones sacaban la custodia grande que tenía como rayos de oro y el Padre Shell la tomaban cubriéndose las manos con un manto dorado. Los hombres de Acción Católica lo acompañaban cubriéndolo con algo como un techo de tela también dorada, que sostenían con cuatro astas de madera. Ahora me acuerdo, se llama Palio. Yo me daba vuelta para verlos. Todo brillaba y brillaba.

Tengo que aprender los cantos. También las contestaciones de la misa. Allá en Lomas los monaguillos nos inclinábamos y decíamos en voz baja algo muy confuso que terminaba con la palabra que sabíamos que el Padre esperaba para seguir. La genuflexión hay que hacerla doblando despacio toda la rodilla e inclinando un poco la cabeza. No se besan los dedos al terminar de persignarse. Al rato de estar de rodillas me duelen un poco, pero estoy feliz.

Vamos al comedor. Un salón muy grande dividido en dos. De un lado estamos los menores y del otro lado los de la División Mayor. Mesas de seis. Los platos, los vasos y la jarra son de aluminio. Se bendice la comida y nos sentamos arrastrando unos pesados bancos de madera. En el medio hay una tarima donde se sienta a comer un Padre. Desde una especie de púlpito un muchacho de anteojos lee algo que parece una novela. No se entiende mucho. A mis compañeros parece que no les importa demasiado.

No hay mantel en las mesas. Tienen como un hule marrón adherido. De repente se oye un gran ruido y aparece una especie de carro trayendo unas humeantes sopas. La sopa está caliente y casi no tiene fideos. Después vuelve el carro con unas fuentes con puré de arvejas y ensalada. Veo que en la mesa los chicos – en silencio- hacen señas con las manos. Al rato me doy cuenta que son para pedir que se les acerque el agua o el pan. Al final, traen una especie de budín de pan de color oscuro. La comida no es como la de casa. No tiene gusto rico. Cuando llega el segundo plato, el Padre dice una palabra y todos se largan a hablar.

En mi mesa hay otro que también es nuevo. Está más perdido que yo. Habla mal porque hace poco que vino de Italia. Se llama Gianfranco Ferracuti. Nos reímos cuando pide un poco de “acqua”.

Por suerte para los dos comienzan las explicaciones de los “viejos”, que se atropellan para contarnos que todos los días hay sopa, salvo los jueves y domingos que hay pasta. Al puré de arvejas lo llaman cemento. Las que cocinan son Hermanas, pero nunca las vemos. Pasan la comida por unos aparatos llamados tornos. Está prohibido hablar con los más grandes, los de la División Mayor. Allí están los de cuarto y quinto año y los que entran de grandes. Ellos están en el otro lado del edificio y solo tenemos en común la capilla y el comedor. Los domingos el Padre Prefecto General -parece que es muy bravo- lee las notas con que te califican en conducta, aplicación, urbanidad y piedad. Si sacás tres seis seguidos te expulsan. Con un ocho te ponen de penitencia estudiar de memoria una página y hasta que no la sabés, no tenés recreo. En el patio interno no se puede correr. En los dormitorios y baños nunca se puede hablar.

Los ojos les brillan cuando nos cuentan que una vez por mes vamos al Parque Pereyra Iraola y pasamos todo el día allí. Hay asado, fútbol y juegos en un cañaveral muy grande.

Después salimos a un recreo antes de ir a dormir. Dos de pantalón largo que yo conocía del Colegio Parroquial de Lomas se acercaron y me dijeron: “Fuimos compañeros de tu hermano Mario. Cualquier cosa nos llamás. Mucha suerte” y

siguieron charlando entre ellos. Voy hacia un costado donde el Padre Lódola camina rodeado de un grupo de chicos. Me uno a ese grupo. Estoy en una punta y apenas se escucha lo que está contando. Pasean de una forma rara. Se hacen dos hileras enfrentadas y una camina para adelante y la otra para atrás. Al llegar al final del patio, los que venían para adelante, caminan para atrás. Me cuesta caminar para atrás. Nunca vi una cosa igual. ¿Será para verse o para que el grupo sea más grande? Escuché que un chico comentaba por lo bajo: “Ojo che, acuérdense que a los nuevos no hay que llamarlos borregos”.

Después, de nuevo el timbrazo y el silencio. A la capilla. Rezamos un rato y subimos al dormitorio. El chico que está a mi lado, desesperado, me hace señas. ¡No se puede estar en calzoncillos ni en cuero! Me tengo que ir a poner el pijama en el baño. Al rato el padre Lódola reza una oración, que se llama “Bendita sea tu pureza”, apaga las luces y recorre iluminando las camas con una linterna. Cuando se va oigo cuchicheos y risas. Sólo queda una lamparita verde en la entrada de los baños.

No puedo dormir. Estoy contento. Todo es nuevo y bastante diferente. Pienso en mamá, en casa. ¿Qué estarán haciendo ahora? Doy vueltas y vueltas. Oigo toses y ronquidos extraños. Al rato, el Padre vuelve a dar una vuelta con su linterna.

Mamá estaba contenta y me apoyaba. A veces, cuando planchaba en la mesa del comedor diario, me leía el evangelio del domingo siguiente y me comentaba cosas de la Historia Sagrada. Eso me daba más fuerza y ganas. Cuando me llevaba al colegio de monjas donde enseñaba yo veía que me mostraba orgullosa. Me gustaba que las Hermanas me sonrieran y me acariciaran el pelo, mientras la felicitaban porque iba a tener un hijo sacerdote.

Cuando mamá me llevó a despedirme de su amiga, la Directora del Colegio Parroquial, la señora de Roldán, ellas se sentaron a charlar. Yo salí y me quedé cerca de la puerta. Medio aburrido, oí que la señora le preguntó a mamá, “¿No es muy chico?”. Mamá le contestó que era yo el que insistía en ir. La señora la consoló comentándole: “Bueno, los fines de semana lo van a tener con ustedes”. Cuando escuchó que no, que sólo salíamos tres semanas en Navidad. La señora de Roldán exclamó: “¡Va a extrañar! ¡Once años! ¡Es casi un nene!” Mamá tomó aire y dijo que yo era fuerte y que los domingos había tres horas de visita. “Voy a tratar de ir a verlo lo más seguido que pueda. Usted sabe que dicto clases en la capital y en casa quedan los otros siete chicos. Los fines de semana ...”. No entendí bien la frase final.

No sé por qué me acuerdo ahora. Cuando pasó me pareció que hablaban en difícil, como hacen los grandes cuando saben que estamos cerca. Pero me quedó la duda. ¿Qué habrá querido decir? ¿Será que no voy a ver a mamá todas las semanas? No creo. No, no lo creo.

Ya fui monaguillo y niño de Acción Católica, con su distintivo verde clarito, que se quedaba los domingos a tomar el chocolate después de misa. ¡Ahora soy

seminarista! Claro que me voy a aguantar estar pupilo y también si algún domingo mamá no viene a verme... Pero estoy seguro que va a venir... Y si no viene es porque no puede. Pero va a venir. Seguro.

Me acuerdo que hace un tiempo hicieron en la parroquia una Misión para los niños. Vinieron unos franciscanos que nos enseñaron cantos. Había uno que era: "Cristo Rey en la Argentina – La mejor penicilina". A mí me encantaba gritarlo. Uno de los frailes me felicitó y yo le dije que iba a entrar al seminario. Me puso primero de la fila y me regaló una estampita. Por más que no quiero, la señora de Roldán vuelve y no me gusta recordar sus palabras... ni el final de mamá. Y me dormí.

Me desperté de un salto y con un susto bárbaro. El prefecto había prendido las luces y golpeaba las manos con todo. Yo sentí que recién me dormía. Inició un Padre Nuestro al que me uní a puro bostezo. No sé la hora que es, pero debe ser tempranísimo. Al baño a cambiarse, a lavarse los dientes y la cara y a peinarse. No hay espejos, así que me peino de memoria. Todos dan media vuelta el colchón y deshacen la ropa de cama para que se ventile. Para eso se abren todas las persianas y ventanas. Entra un chiflete que me da chuchos. Hace frío y es de noche. Veo las estrellas.

Timbre, filas (¡Ah! En ellas no se puede ir con las manos en los bolsillos, aunque haga frío) y a hacer algo que se llama "Meditación", que es un Padre que nos habla. "Jesús nos amó tanto que dio la vida por nosotros en la Cruz. Por nuestros pecados. Jesús nos ama y no podemos ofenderlo pecando. La Virgen María es la Madre de Jesús y de cada uno de nosotros. Ella nos protege. Dios nos ve siempre. Hasta los pensamientos. Hay que rezar mucho. Cuando se hacen las filas es muy importante aprovechar el tiempo rezando jaculatorias una y otra vez. Por ejemplo, una que le gusta mucho a Jesús es que repitamos "Sagrado Corazón de Jesús en vos confío". Además, ayuda a no tener malos pensamientos y a ganar indulgencias que nos salvan del Purgatorio".

De nuevo fila hacia la Iglesia a escuchar misa. Todos los que no tenemos misal ponemos las manos juntas y no apoyamos los codos en el respaldo de los bancos. Me cuesta no distraerme y decir jaculatorias todo el tiempo. Cuando comulgué me sentí muy feliz, le agradecí mucho a Jesús, le prometí portarme bien y le pedí que me ayudara a ser santo. Como no hubo predicación la misa fue corta. Mejor porque me dolían las rodillas de nuevo y tengo hambre.

En el comedor vuelve a entrar con su un ruido infernal el carrito con unas pavas enormes de café con leche que nos sirven en unos tazones de aluminio. Tengo mucha hambre y como el pan está un poco duro lo mojo en la taza, que no se enfría. "A las diez de la mañana, las Hermanas nos pasan una canasta con pan", me susurra por lo bajo mi compañero de la izquierda, seguro que me vio devorar todo y mi desesperación por no quemarme los labios y los dedos.

Nos llevan a un salón de actos grande. El Padre Lódola nos informa que esto se llama "Lectio Brevis", que es la tradición con que comienza el año de estudios. Frente a nosotros están sentados los profesores. En el medio, en un sillón grande,

está el Padre Rector. Es muy alto, tiene poco pelo, pero muy blanco, usa anteojos sin marco, tiene cara muy seria y usa una capa negra. Uno de los profesores se adelanta y habla de Roma Eterna y de la importancia del latín. Oigo que dicen que es el Padre Prefecto General. Es flaco, alto, tiene cara media coloradota y la boca con los labios como si fuera una línea recta.

A los más chicos de los que recién entramos nos llevan a un aula donde nos toman un examen para ver si vamos a primer año o tenemos que hacer un año de Preparatoria. Me asusté un poco. ¿Qué tomarían? Pero fue bastante fácil: un dictado, algunas cuentas y cuáles son las capitales de varios países, incluidos algunos de África.

Al terminar, el padre Quintana, que es el profesor de Latín y Castellano, lo revisó y me dijo: El dictado estuvo bien, las cuentas también. Vas a ir a primero. Estudiá, aplicate y portate bien. ¡Ah! La capital de Turquía es Ankara y no Angora. De Angora son los gatos”. Tiene cara rara con ojos saltones. Me puse colorado y no me gustó que se riera. ¡Yo creí que era una pregunta con trampa para ver si poníamos Estambul!

En el almuerzo, cuando podemos hablar nos contamos de qué cuadro somos. Todos lo queremos convencer al tanito Ferracuti de que se haga del cuadro propio. Dos somos de Boca, uno de Chacarita, otro de River y hay uno de Gimnasia. Los domingos no escuchamos los partidos, pero hay un padre con una radio portátil que avisa cuando hay un gol.

Las clases en serio empiezan mañana. Hoy a la tarde hay horario de día festivo. Después de comer tenemos “Estudio libre”, una hora, donde podemos escribir cartas, o leer libros que no son de estudio. Hay una biblioteca donde elijo uno que se llama “La Jerusalén Liberada Adaptada” y cuenta las aventuras de los cruzados. ¡Hay un tipo, Godofredo de Bouillon, que es capaz de cortar en dos a un infiel con un solo golpe de espada! ¡Está bárbaro!

Al fin, el esperado recreo largo. Corremos a cambiarnos y me pongo la camiseta que me regaló el tío Alberto y las zapatillas nuevas. Salgo al exterior del edificio y voy hacia la cancha de fútbol. Es muy grande. Detrás de ella están las canchas abiertas de paleta y a un costado una arboleda con un fogón en el medio. Algunos chicos están prendiendo fuego para tomar mate. Voy a donde se están armando los equipos.

Hay uno que los está organizando. Tiene guardapolvo gris como todos, pero es bastante más grande que nosotros. Pertenece a la División Mayor y es uno de los Bedeles, los encargados de cuidarnos cuando no está el Padre Lódola. Le pregunto en qué equipo puedo jugar y antes de terminar la pregunta me zampa: “los nuevos no juegan. Entran cuando falta algún viejo”. Me lo quedé mirando feo; el tipo se avivó y me dijo:” Ya te va a tocar, che... Lo que podés hacer es prestarle las zapatillas a Bentivenga que las tiene rotas. Dale”. Y así me quedé con un par de zapatillas agujereadas, mientras las mías andaban jugando al fútbol.

Se me debe haber escuchado una mala palabra que dije despacito, porque uno de los que estaba sentado cerca me dijo: "Aquí no se dicen malas palabras. A lo máximo mandamos a la porra o a la que te pan con queso y sólo decimos "me caigo y me levanto". Con mis hermanos varones nos carajeábamos seguido, cuando no estaban papá o mamá. Me hice el distraído y miré para otro lado. Anoté otra cosa para aprender. Se ve que hay unas cuantas. Aquí todo es bastante diferente.

Voy a la cancha de paleta y pasa algo parecido. Los nuevos quedan para otro día. Terminé viendo como algunos toman mate y otros hacen un té con hojas de un limonero. El gusto es asqueroso hasta que le pongo cuatro cucharadas de azúcar. Así es más o menos pasable. Las Hermanas nos pasan la merienda: Un vaso de leche con pan. Con cuatro cucharadas de azúcar es rica.

A la tarde vamos al Estudio. Tengo un pupitre para guardar los libros, los cuadernos y demás útiles. Reviso los libros que me dieron, especialmente el de latín. Parece medio complicado. Siento un poco de miedo. Vamos a ver cómo me va. El Padre Prefecto General camina entre los bancos, se para en la tarima y nos dice con cara severa: "Aquí en el Estudio se estudia en silencio. No se habla, ni se hace ruido. Quiero que se escuche el tic tac del reloj. Si se les cae algo y hace ruido se tienen que poner de pie en penitencia y eso les va a bajar la nota". Y a pesar de que somos casi setenta chicos oigo claramente el reloj. Tengo miedo de moverme y de que se me caiga algo.

Antes de ir al comedor volvemos a la capilla a rezar el rosario. Uso uno que me regaló la tía Maridel y que bendijo el Padre Etcheverry. Ya me estoy acostumbrado a estar bastante tiempo de rodillas, pero todavía me duelen un poco. Me cuesta concentrarme a rezar. Un rato voy bien, después me distraigo.

La comida sigue igual. Rara, sin gusto. Nada que ver con la de casa. En la mesa hacemos un concurso de quien toma más agua. Gana Gómez que se tomó nueve vasos de agua seguidos. Yo salí tercero. Seis vasos. El tanito Ferracuti se ríe por primera vez.

De vuelta filas y el pequeño recreo antes de ir a dormir. Veo al Bedel en un grupo y que Bentivenga está con él. Los esquivo. Caminé en otro grupo para adelante y para atrás sólo un ratito, pues tuve que ir al baño. Me canse de hacer pis. No terminaba más. Todos los de la mesa nos encontramos en el baño y nos seguimos riendo.

En la cama y de vuelta sin poder dormir. Extraño las risas y los juegos con los chicos del barrio. No vi figuritas ni bolitas, ni rango y mida, ni escondida, ni vigilante- ladrón. ¿Será todo fútbol y paleta? No me gustó nada lo de las zapatillas.

Con mis hermanos, antes de que nos apagaran la luz, charlábamos y leíamos por turno las revistas que nos traía papá: Billiken y a veces El Rayo Rojo, Boletín Extra y Patoruzito. Me parece que aquí no hay nada de eso.

Tengo dolor en la panza. Pero no es de panza ni por el agua que tomé. Creo que es un poco de miedo. No me gusta ni pensarlo. Me siento solo. Todo es nuevo. Extraño a mamá. La siento lejos. Me acuerdo de Tía Maridel y la siento también muy lejos. ¿Y si mamá no viene a visitarme?

Me gusta el Seminario. Quiero ser sacerdote. Pero siento una cosa rara, que nunca tuve. Como ganas de llorar. ¡Los seminaristas no lloran! Pero extraño. ¿Mamá me extrañará también? Me acuerdo de la señora de Roldán y me trago las ganas de llorar. Mamá dijo que yo era fuerte. ¿Falta mucho para el domingo? ¿Y si mamá no viene?

Tengo que juntar fuerzas: mañana empiezo con el latín. No voy a llorar. Bueno...llorar un cachito no es llorar en serio. Me cacho en dié. ¡Carajo! ¡Sagrado Corazón de Jesús en vos confío!

Hasta mañana, mamá.

LA SIETE SACOS

- Lo felicito, doctor. Ya está inscripto con todas las de la ley.

La voz meliflua y un poco obsecuente provenía de la señora mayor, de anteojos, que me extendía un carnecito donde constaba que estaba inscripto en el Colegio de abogados de la Plata.

- Le agradezco mucho – contesté

Estaba feliz, cansado por el engorroso trámite y con el gustito dulce de oír que me llamaban “doctor”. Hice un esfuerzo para no mirar el carnecito. Podía entenderse como un control.

Cuando ya lo había guardado en el portafolio nuevo que me habían regalado el día de la graduación y apuntaba hacia la puerta, escuché la misma voz, ahora, con un extraño tonito entre burocrático y autoritario:

- No se olvide pasar por el Consultorio Gratuito. Allí termina realmente el trámite.

Sabía que el Consultorio Gratuito era el lugar donde iba la gente sin recursos a solicitar ayuda jurídica. Si necesitaban un juicio se lo encomendaban como una carga social gratuita a los abogados del Colegio. Lo que no sabía era que la mayoría de los trámites se “los encomendaban” a los abogados recién recibidos. Solución más sencilla que lidiar con los viejos abogados que siempre tenían distintos problemas “graves” para aceptarlos.

En el tren de vuelta a Lomas, ya relajado y con el nudo de la corbata un poquito aflojado, hojeé la carpeta que me habían dado. Me habían “honrado” con un divorcio contencioso complicado, donde habían intervenido varios abogados que rápidamente habían desaparecido. Mi cliente sería una señora, llamada Amalia, que no había tenido mejor idea que hacer abandono de hogar y que había faltado a varias audiencias. Parecía que no era fácil de notificar pues tenía el domicilio en una feria barrial de Berazategui. En la tapa de la carpeta aparecía un teléfono, con la leyenda “dejar mensaje y esperar que llame”.

Llamé al teléfono muchas veces. No vivía allí. A veces pasaba. Lo más que pude lograr fue dejar un mensaje con mi dirección y el pedido de que viniera a verme.

Pasaron varios días y una tarde, mientras revisaba por enésima vez los dos o tres casos que parientes o amigos me habían acercado, escuché que golpeaban la puerta. No era el timbre. Era un llamado a mano abierta. Tranquilo y seguro.

Cuando abrí. Estaba ella. Ocupaba casi toda la puerta. Tenía mucha ropa. Sacos, tricotas y pulóveres uno encima del otro. También se notaba que llevaba puestas dos o tres polleras. Calzaba unos borceguíes muy usados, que parecían más grandes que los que necesitaba y que le daban cierta lentitud al andar. Llevaba dos bolsas de nylon repletas de cosas. Su sonrisa, en una cara redonda y de facciones coloradas, irradiaba tranquilidad. Cincuenta y pico de años y algunas arrugas de vida no fácil y un gorro rojo de lana del que salían cabellos rubios ya ceniza.

Me quedé algo cortado. Ella pidió permiso, acomodó sus bolsas y se sentó. Yo me apuré a ocupar mi lugar y antes de que pudiera decirle nada, como al pasar, me miró fijo y dijo:

- Soy Amalia. Me dijeron, doctorcito, que me andaba buscando.

Y allí comenzó nuestra relación. En mi fuero interno triunfaron mis prejuicios y el nombre de Amalia se esfumó y fue suplantado por “la siete sacos”. Por suerte no iba a durar mucho.

No los voy a aburrir contándoles como mi manifiesta inexperiencia tuvo que luchar contra los retorcidos papeleos tribunalicios, y sobre todo con la alegre e inexplicable despreocupación de mi “cliente” sobre las cosas concretas, horarios, audiencias y demás. Así y todo, pudimos ponernos de acuerdo en la intención de recuperar algo que le correspondía y que su ex marido estaba disfrutando con otra que tenía menos sacos y también algunos años menos.

No puedo dejar de decirles que me esperaba en la puerta de afuera del Estudio sentada sobre un cajón de cerveza, que le prestaba Juan, el almacenero de tres casas más allá y que ella devolvía cuando me veía llegar todo apurado, porque me daba vergüenza que vieran que alguien me esperaba así en la puerta de mi estudio.

Dejo los detalles y voy al meollo de la cuestión. Desde el primer encuentro, ella me aclaró:

- Mire, doctorcito, - cada vez que me llamaba así, me dolía hasta la parte de atrás del diploma- Yo le voy a pagar sus honorarios. No estoy de acuerdo con eso de que usted trabaje gratis para mí. Ya en la próxima visita comienzo con los pagos. Yo, a Dios gracias, tengo trabajo.

Y así fue. No hubo forma de que aceptara que no debía pagar nada. Lentamente los papeles y datos que le pedía llegaban y los hechos se podían ir reconstruyendo... aproximadamente. Entre ellos estuvo que su abandono de la casa conyugal se debió a que el marido la vendió a un amigo, y que juntos le dijeron que se tenía que ir por lo de la “insoportabilidad” de caracteres y que si se

negaba la iban a echar a patadas. Como un regalo del cielo pudimos encontrar la constancia de la denuncia policial que había llegado a hacer. No se acordaba de que la había puesto, para aislar el frío mañanero, como forro en su gorro de lana y estaba todavía legible.,

Cuando teníamos casi armando el rompecabezas de su tardía defensa, me dijo:

- Ha estado ayudándome y ya es hora de hablar de los honorarios. No me olvido que se lo prometí. Usted sabe que yo trabajo tres veces por semana en la feria municipal de Berazategui. Doy una mano para armar los puestos y antes de que se vayan barro y limpio. Ellos me pagan a su manera. No mucho, pero me pagan. Los pagos no son fijos y hoy lo hicieron unos cuantos. Así que aquí le traigo algo para sus honorarios.

Yo ya estaba por volver a explicar, sin herir su susceptibilidad, que el servicio que yo debía hacer era gratuito. No tenía en cuenta que la “Siete Sacos”, aunque alegre y de risa fácil, era muy cabeza dura. Antes de que pudiera decir algo, levantó una de sus bolsas y empezó a sacar unos paquetes envueltos en papel de diario. Al rato había dos montones.

- Uno para usted y otro para mí – dijo-.

Cuando mis ojos tomaban dimensión de estupidez fuerte, ella me aclaró:

- Esta noche, doctorcito, vamos a cenar lo mismo. Vea qué cosas ricas gané hoy.

Y sin esperar respuesta, comenzó a abrir los paquetes que eran para mí. Sobre el escritorio fueron apareciendo duraznos, ciruelas, damascos, medio ananá, hojas de lechuga, algunos tomates. Todos un poco magullados. ¡Ah! y un frasquito de miel azucarada.

- No tuve tiempo de limpiarlos. Usted con un cuchillo les saca la parte fea y quedan de primera. Después los pone un rato bajo la canilla. Están bien maduros. La carne no quise traerla porque estaba oscura. En la próxima segura que consigo algo y se puede hacer un buen bife. La miel está algo dura, pero se disuelve en el café con leche bien caliente.

Tengo un bache de cómo siguió ese encuentro. Sólo me acuerdo de que Gloria, mi novia, vino a buscarme y cuando le conté, sólo atinó a decirme, mientras me guiñaba un ojo,

- Por favor no se lo cuentes a mamá. No lo va entender. Y te lo va hacer echar a la basura.

Limpiamos todo en el bañito del estudio. Probamos uno o dos damascos. Estaban ricos, aunque daban un poco de impresión. Hicimos un paquete y lo dejamos afuera entreabierto por si alguien quería llevárselo. Yo esperaba que así fuera, sin embargo, a la mañana siguiente el paquete seguía allí. Lo puse en una bolsa y lo dejé donde se juntaba la basura. Me sentí un traidor, a pesar de que Gloria me había dicho:

- Ojo, a ver si nos agarramos una peste de niños exploradores.

Y así siguió esta historia. La Siete Sacos, cuando “cobraba”, me traía mis “honorarios”. Yo la llamaba a Gloria, probábamos alguna fruta y volvíamos a hacer el paquetito sonriendo y ya sin tanta culpa.

Por suerte el Juez que intervenía era un tipo serio. Citó a una audiencia y después de mirar muy feo al abogado y al ex marido, ahí nomás dijo con voz de sentencia brava.

- El divorcio está terminado, pero lo de la casa, no. Me extraña, carajo, que hayan hecho una maniobra para librarse de la señora y sus derechos. Ya me venden la casa y le dan la mitad a ella. Si dentro de un mes no está hecho, los denuncio a los dos a la Justicia Penal, carajo.

Una tarde llegué con el recibo del depósito del Banco de la Provincia a nombre de Amalia de la mitad de la buena venta que se había hecho de la casa. Yo estaba feliz. Ella me estaba esperando sentada en el cajoncito de Juan, el almacenero. Ese día además de las bolsas de feria traía una caja de zapatos, atada con un piolín.

Cuando entramos, fue una reacción mutua. Nos abrazamos. Sentí mis manos que se hundían en sus siete sacos, y lo disfruté desde muy adentro. Ella también estaba feliz.

Como tengo algo de taradón, me dio ganas de llorar y me separé para que ella no se diera cuenta. Cuando me di vuelta, ella estaba apoyando la caja de zapatos sobre mi escritorio.

- Hoy le traje un pago especial, doctorcito.

Y ante mis ojos, todavía húmedos, vi que saltaba de la caja una paloma grande que se puso a aletear desesperada llenando todo de plumas. Ella se reía a carcajadas y me contagié. A las cansadas la pudimos agarrar con una toalla del baño; lo difícil fue convencerla de que ella le iba a dar mejor destino.

- Con arroz es muy rica –sostenía para convencerme una y otra vez-.

Al final, por suerte, aceptó. Y nos despedimos para siempre. Fue un largo y tibio abrazo.

La Siete Sacos salió y seguramente se fue volando en las alas de la paloma que me había traído. En mi alma quedó para siempre Amalia y su risa feliz.

BABEL

Josué me llamó y me dijo: “Babelón, vos que sabés escribir, sos uno de los que puede hacer el registro. Prepárate. Se viene el Primer Censo de nuestro pueblo. Olvidate de los jeroglíficos y practicá bien la forma de las letras nuestras. Si no hacés embrollos o confusiones, te recomiendo a Moisés.”

Y aquí estoy. Escribiendo y practicando estas letras medias redondeaditas, cuyas palabras se leen de derecha a izquierda. Por un tiempo voy a olvidar los dibujos rígidos de arriba hacia abajo de Goshen, mi querido Egipto. Tengo unas ganas enormes de que me nombren.

Quizá sea bueno que empiece practicando con algo fácil, por ejemplo, lo que me pasó en Egipto, o cómo viví estos años en el desierto; o directamente lo que me venga a la mente.

Ya empiezo, pero no puedo dejar de señalar que me molesta – aunque Josué siempre estuvo de mi lado – que mencione lo de embrollar o confundir. Eso no es verdad. En último caso, quizá las cosas sean un poco confusas, nomás.

Por ejemplo, desde que me acuerdo hubo problemas con mi nombre. Es que pertenecer a dos pueblos muy distintos tiene sus problemas. Mi nombre legal es Atonep, nombre egipcio que me puso mi papá y que significa “Pequeño Sol”. Pero, aquí, en el pueblo de Israel, en un tiempo me conocieron por Isajar, “Habrá recompensa”. Después me llamaron Matitiahú, “El regalo de Dios”, luego usaron el diminutivo Mati, “Regalito”; pero con el tiempo se fue imponiendo Babel, “Embrollo, Confusión”.

Atonep (Pequeño Sol) me puso mi papá egipcio, seguidor del antiguo Faraón Akenatón y adorador de Atón, el dios único, representado por el disco solar. Isajar, “Habrá Recompensa”, fue lo que vociferaba mi abuelo israelita Zimram, cuando su única hija, Dvora, quedó embarazada y nadie sabía quién lo había hecho.

Como después se supo lo que había pasado, las malas lenguas, cuando nací me apodaron Matitiahú, “Regalo de Dios”, que después suavizaron en Mati, “Regalito de Dios”. Como a mi pueblo israelita le gusta cambiar los nombres si se cambia la

conducta, salieron después con que yo los canso con mis embrollos y confusiones; y comenzaron a llamarme "Babel", que fue como el Señor castigó a los hombres, confundiendo los lenguajes, cuando construían orgullosamente la famosa torre.

Mi papá conoció a mi madre cuando unos cuantos israelíes fueron hasta la plaza del mercado de Menfis a manifestarse contra el trato altanero de los egipcios. Papá pasaba por allí con la bolsa de las compras y mamá agitaba un cartel escrito en una hoja de palma que decía "Egipcios Aprovechadores".

Fue un amor a primera vista, que pasó prontamente a los hechos y, después de varias manifestaciones, me encontré en la panza de una judía embarazada, que sonriente había perdido su cartel en las manos cariñosas de un súbdito del gran Faraón.

Al principio no hubo novedades, pero con el correr de los días el vientre de mamá empezó a hablar, y su papá, mi futuro abuelo, a preocuparse y preguntar quién era su futuro yerno. Mamá, llamada Dvora, durante un tiempo guardó silencio y por eso algunos comenzaron a llamarla Esther, "la Recatada", y a su futuro hijo Isajar "habrá recompensa", que era lo que clamaba, como ya dije, a los cuatro vientos el viejo padre ultrajado, tratando de averiguar quién era el causante del estropicio sobre su querida hija.

El abuelo y los ancianos del pueblo, con el tiempo, le hablaron a mamá por las buenas y la amenazaron por las malas, por lo que confesó la pérdida de su cartel y sus pocas ganas de recuperarlo, no importándole nada que no fuera el amor, aunque fuera a primera vista. Contó quien era el padre de la criatura. No bajó a detalles, pero agregó que no se arrepentía.

Como sabía cómo caería la noticia, se escapó, hasta que las aguas se calmaran, a la casa de su suegra egipcia. Mi abuelo israelita fue consolado por sus amigos y mi abuela egipcia, Nefere, como su hijo preferido era mi padre, no tuvo más remedio que aceptar a nuera israelita y a su nieto mestizo.

Al viejo Zimram, mi abuelo, le pasó lo mismo. Con el tiempo se aguantó algunas miradas torvas y recuperó a su hija querida. Claro que se encontró con que había ganado un hijo político de su enemigo y que en su casa había un nieto mitad egipcio y mitad del pueblo elegido.

Por suerte mamá, que era muy práctica, lo convenció de que mi papá era un buen tipo, y que no se metiera en lo que no le importaba. Sobre todo, le remarcó que no iba a tener que alimentarlo y que "su marido" tenía un hermano muy influyente en la corte del faraón, que podría conseguir una buena educación para su nieto.

Apenas me destetaron, dado que papá no era muy bien recibido en nuestro barrio (pedradas de medianas a grandes), decidieron que yo pasase los días de la semana en casa de mi abuela egipcia y los fines de semana, especialmente el

sábado que es muy tranquilo, en lo de mi abuelo israelí. Eran los tiempos en que, sin que se les disminuyera la producción diaria de ladrillos que los israelitas debían entregar al Faraón, se les había suspendido la entrega de la paja para sus propias casas. Días muy duros y difíciles para todos. También para mí.

El hermano de papá, mi tío Ramesés, tenía un alto puesto en el ejército del Faraón y consiguió que fuera a una escuela de chicos nobles, donde me llamaban “el que entró por la ventana”. Yo no les hacía caso y aprendí a escribir jeroglíficos, con la mala suerte que, al ver mi buena caligrafía, me asignaron con el tiempo al grupo de escritura a cincel sobre roca. Todavía tengo algunos machucones sobre mi mano izquierda.

La cena en la casa de Nefere, mi abuela egipcia, era impresionante. Cocinaba que era una delicia. ¡Cocinaba hasta carne de cocodrilo a la cerveza! De allí resultó que fuera uno de los muchos que en el desierto extrañamos “las ollas de Egipto”. Pero bien que me callé la boca y nunca me quejé en momentos tan épicos y bravos para mi querido pueblo.

El fin de semana lo pasaba con mamá y mi abuelo. No la pasaba mal, pero siempre caía en Sabbath. La comida estaba fría y los chicos no podíamos salir a jugar afuera, por eso tengo pocos amigos de la infancia, aunque me vino bien para aprender en casa algo de nuestra historia y tradiciones. Fui testigo de cómo los israelíes se la pasaban mesándose las barbas mientras tramaban la Gran Epopeya que ya dirigía nuestro gran Moisés. Claro que cuando descubrían que yo andaba cerca se hacía un silencio, que sólo se rompía cuando mamá decía “Vení para acá. Dejá solos a esos viejos de m...”.

La letra, a medida que escribo se me va mejorando, aunque todavía tiene algunos rasgos hieráticos, propios del egipcio y que no conciben con los trazos del hebreo. Espero poder modificar a tiempo todo esto para que Josué no tenga dudas y me elijan para el Censo.

Poco tiempo después comenzaron las plagas. A los chicos de mi edad algunas nos divertieron como la de las ranas y la de las tinieblas, otras nos molestaron como la de los mosquitos y los tábanos. Las bravas nos pusieron piel de gallina hervida. La última, la muerte de los primogénitos egipcios, tocó directamente a nuestra familia.

Como mi papá era el mayor de su familia, la sentencia estaba clara. Pero mi mamá no era de las que se dejan llevar. A pesar las protestas de mi abuelo israelí ella lo trajo a su casa y pasó el Gran Pesaj con nosotros, pero escondido dentro de un baúl (con tapa), para que los ancianos no lo vieran.

Cuando llegó el Ángel Exterminador a nuestra puerta, vio en la puerta la señal salvadora, pero olió algo raro (olió a egipcio). Me miró y se debe haber confundido con mi mezcla, pues sin ver el baúl, puso el dedo índice debajo de su ojo y me miró fijo. Para mí todo un mensaje que no olvidé a lo largo de los años.

A la mañana siguiente papá, se fue temprano con mamá a lo de mi abuela egipcia para darle tranquilidad. Parece que Menfis estaba teñida en sangre. Como era muy peligroso aventurarse por esas calles, me dieron un beso y me dejaron en lo del abuelo Zimram. Fue la última vez que los vi porque al día siguiente Moisés encabezó la marcha del pueblo hacia el Mar de las Cañas. Todo el pueblo lo siguió.

Yo quise ir a buscarlos, pero el abuelo me lo impidió. Como era muy chico no me soltó la mano durante días. Creo que tenía razón, no era momento para adentrarse solo en una ciudad convulsionada y con la sangre en los ojos contra los causantes de sus desgracias.

El abuelo me decía que me tenía agarrado porque los que huíamos éramos como seiscientos mil y que, conociéndome, me perdería en la primera esquina. La verdad es que tenía miedo de que me escapara a buscar a papá y mamá. Siempre me pregunto qué hubiera pasado con mi vida si me hubiera ido con mis padres. Todas las noches los recuerdo, especialmente a mamá.

El cruce del Mar Rojo estuvo buenísimo. Al principio me asusté porque no sé nadar, pero ver las murallas de agua a los costados fue un espectáculo más grande que las pirámides. El recuerdo triste que tengo es que cuando cayeron sobre el ejército del Faraón, vi a mi tío Ramesés, el que era militar, que me saludaba con el agua al cuello con un saludo marcial bien egipcio, mientras salían de su boca algo así como puteadas hieráticas.

Lo que también me pasó es que estuve más de una semana sacándome el barro de los pies y las sandalias. Algunos se llevaron unos caracoles. De allí nació la costumbre de escuchar en ellos el ruido del mar y acordarse de la ayuda que recibimos.

El abuelo tenía los sentimientos mezclados. Por un lado, maldecía y extrañaba a su hija y por otro, agradecía al Señor y decía que su consolación era que, dado que el tío Efraím, su otro hijo, no tenía hijos varones, su progenie estaba salvada. Lástima que después me miraba y levantaba los ojos al cielo.

Así, con algunas penas y pocas glorias pasé mi infancia, aunque hubo algunos hechos destacables. Por ejemplo, la “historia” de mi circuncisión. Cuando llegó el octavo día del nacimiento, mi padre debía presentarme para la ceremonia, pero todavía no se sabía quién era el autor de mis días. Después pasó lo de la confesión de mamá, la escapada a lo de la abuela egipcia, la reconciliación, el acuerdo de que pasaran los Sabbath con el abuelo, la huida apresurada... Y entre tantos líos se olvidaron de mi circuncisión ... por bastante tiempo.

Un día, cuando ya tenía casi diez años, mi abuelo Zimram llegó gritando que había tenido una revelación privada, en la que desde Arriba le habían recriminado que tenía un nieto incircunciso. Gritaba y corría de un lado a otro. Yo me imaginé que se había golpeado hasta que vi que me buscaba a mí.

Antes de preguntarme qué zafarrancho mío habría descubierto, comencé a correr como un loco. El viejo lo hacía como un desaforado a los alaridos limpios. Las vecinas salieron a la puerta, los viejos dejaron tranquilas sus barbas. Le saqué varios cuerpos de ventaja y aprovechando una curva, busqué refugio en lugar conocido.

Cuando me zambullí en la tienda de mi tío Efraím, no encontré mejor lugar para esconderme que un armario de caña. Mientras trataba de tomar aire, mi buena estrella me abandonó. El armario no tenía puerta y cuando me di vuelta, frente a mí estaba el tío Efraím, quien, supliendo a mi padre ausente, cuchillo en mano se preparaba para ingresarme al pueblo elegido. De nada valieron mis gritos de que ya me habían circuncidado y que se me había borrado la cicatriz. No fue agradable. Sólo recordarlo me da chuchos.

Le pregunté a Josué porque había pensado en mí habiendo escribas en el pueblo. Él me contestó “Nuestros escribas eran los que traducían lo que decían los capataces egipcios cuando nos hacían trabajar como esclavos castigados. Había algunos que nos defendían, pero muchos se hacían los chanchos rengos, con perdón por mencionar a ese animal impuro”.

- ¡Hace muchos años de eso, Jefe! – me atreví a señalarle al verlo tan enojado.
- Nuestro Pueblo es Memoria. Sin Memoria no somos nada – me contestó con la vista baja y se alejó mascullando historias y recuerdos.

No me pareció el momento y me quedó en la punta de la lengua - pero seré loco, pero no tonto – sacarme una duda y preguntarle algo que me persigue desde hace tiempo: Si estábamos realmente castigados o simplemente perdidos en el desierto. Creo que esto puede entenderse como una falta de fe en los designios del Señor, una duda en la capacidad de Moisés o directamente que me estoy acostumbrando a embrollar.

Tanto jorobar con que llevo confusión a donde voy, que algo se me debe haber contagiado. Por otro lado, hace demasiados años que ando lleno de arena hasta en mis partes más íntimas... ¿Podría ser que Moisés, que también es humano, se haya distraído un poco? Es sólo una pregunta, no una afirmación.

En el desierto mis problemas comenzaron con lo del maná. Unos días antes de que apareciera había hambre y muchos empezaron a recordar “las ollas de Egipto que tenían carne y otras cosas”. A mí se me ocurrió comentar simplemente que mi abuela egipcia cocinaba como una reina y detallé recetas y comidas. ¡Para qué! Dejaron de lado sus protestas y se atropellaron para acallarme y decir que acabara con mis quejas extranjerizantes y casi ateas. Algunos empezaron a explicarlo con las manos en mi cuerpo. Por suerte cayó el maná y se dedicaron a usar las dos manos para juntarlo.

Fue en ese entonces que aparecieron las discusiones de sobremesa: ¿a qué tenía gusto el maná? La palabra oficial era que, a tortas de miel y semillas de cilantro,

pero a mi querido pueblo hebreo le gustan las interpretaciones y una que se fue imponiendo era que sabía a lo que más le gustaba a cada uno. Cuando yo mencioné que me hacía recordar al lechoncito azucarado al horno que hacía la abuela, volvieron a la carga, ya esta vez con algunos ancianos a la cabeza por el animal impuro que yo relacionaba con un regalo divino.

Lo de que era una sola referencia al gusto y que sobre gustos no hay nada escrito en la Torá, no valió de nada. Fue entonces que me empezaron a llamar “Babel” (confusión, embrollo), ya que señalaron que mi conducta buscaba confundir y embrollar a la gente inocente.

Hace pocos días que me habló Josué y ya estoy nervioso. ¿Me nombrarán en el Censo? Sigo practicando las curvas de las letras y cada vez me salen mejor. Tengo unas ganas bárbaras de que me elijan. A veces me pellizco porque me parece mentira ser candidato. Cuando duermo, sueño que se trata de un espejismo de este desierto que nos rodea por todos lados. Me despierto todo transpirado.

No he comentado nada sobre lo bravo que fue lo del Sinaí. Nunca había visto una tormenta con rayos de fuego. Todo temblaba. Yo me achuché todo, pero eso no impidió que mis ganas de ver me llevaran a acercarme por la parte de atrás del Monte. Llegué bastante cerca hasta que un patadón de Aarón me devolvió al llano. Muchos dicen que me salvó la vida, pues estaba por pisar terreno sagrado. Creo que sí, pero la fuerza del impulso desatado contra mi traste me hace pensar en alguna inquina personal del Sumo Sacerdote, producto de alguna habladuría que le debía haber llegado.

Un tema que me complicó mucho fue cuando comenzaron a explicarnos a los chicos de mi edad que nuestro Pueblo era el único que era monoteísta. Mi sencillo comentario de que mi papá era seguidor del faraón Akenatón y que Atón, para sus seguidores, era el dios único y supremo, trajo aparejada la expulsión temporal de la escuela y una consecuencia familiar pesada. Mi explicación de que inocentemente repetía algo escuchado me salvó de la expulsión definitiva, pero no de la pateadura del abuelo.

El pobre viejo, con el pasar del tiempo, se había ido resignando bastante. Sus protestas contra mí, mi madre, mi padre y todos mis antecesores de la rama egipcia eran cada vez un poco más livianas; pero se recargaban cuando escuchaba las críticas acerbas y rechazos condenatorios de la mayoría de la gente cada vez que al “medio intruso”, se le ocurría comentar alguna que otra costumbre de su familia egipcia, con “el sólo afán de confundir tradiciones y verdades”.

A Moisés lo conocí personalmente. El abuelo me llevó a visitarlo un día. En el camino me dijo que era nuestro líder y el vocero de lo Divino, que lo saludara ceremoniosamente y no saliera con mis cosas. Cuando estuve ante él le hice una reverencia y le dije quién era.

- Conocí a tu tío, el militar... - comenzó a decir, mirándome fijo.
- Era macanudo – lo interrumpí contento y sin darme cuenta de mi irrespetuosidad-. Me pagó la escuela. Lo quería mucho. Era muy bueno
- Buena mandarina era tu tío -escuché que señalaba el vozarrón del gran hombre.
- De las muy dulces, ¿no es cierto? – contesté con inocencia y sin entender la indirecta al mentón que recibía.

El abuelo balbuceó un saludo y me arrastró con las peores maldiciones permitidas hasta la tienda. Como tantas veces me dejó sin maná a la noche.

Otra vez que tuve problemas fue cuando estaban recitando las genealogías de los patriarcas y a mí se me ocurrió decir que en Menfis hacíamos lo mismo con los antepasados de los faraones y que la lista era larguísima. No hubo forma de entendieran que era un simple comentario cultural. Se difundió a los cuatro costados que yo intentaba mostrar que ese pueblo idólatra y esclavizador era parecido a nosotros. Esa fue la confirmación de que yo era un alborotador, que confundía y embrollaba todo (Babel).

Con el tiempo comenzaron con lo de “Babelón”, el aumentativo de Babel, que algunos, haciéndose los cariñosos, convirtieron en el diminutivo “Babelín”, pero siempre entendí que, en general, más que un diminutivo es un despreciativo. Eso sucedió cuando ya tenía algunos años más y habían deslindado al abuelo de los líos (¿?) que yo hacía.

Esa absolución tuvo una consecuencia buena: permitió que pudiéramos poner nuestra tienda donde quisiéramos y no en los extremos del campamento, lugar elegido habitualmente por el Señor para comenzar los incendios-castigos relacionados con los pecados del Pueblo y que llenaba de humo nuestra vida y de olor a quemado a nuestro maná.

Mientras el abuelo vivió todo terminaba tienda adentro, o como él decía: “puertas adentro”, que tratándose de una carpa más bien chica era una metáfora que se refería a proferir en voz queda (por el que dirán) maldiciones hacia mi familia y a una que otra paliza moralizadora y edificante. El problema terminó cuando se fue al seno de Abraham y mi tío Efraím, aludiendo a que tenía cuatro hijas mujeres, no me dejó mudar a su tienda y tuve que armar una tienda individual, toda mía.

Uno de los problemas que, sin buscarlo, tuve que afrontar estuvo relacionado con las serpientes, bastantes comunes en el desierto que nos rodeaba. Por suerte no fue con sus picaduras. Mi inocente afirmación de que las serpientes más bravas eran las cobras reales de Egipto, las que custodian las tumbas de los faraones para proteger su descanso y su triunfo en el juicio final, derivó en una discusión teológica. ¡Algunas barbas doctorales no soportan la primacía de Egipto ni en las víboras! Salieron con la historia de la vara que Moisés convirtió en serpiente delante del Faraón. Con ojos desorbitados me recordaron que éste llamó a sus magos, quienes también hicieron aparecer serpientes, pero la de Moisés se las comió una por una.

Mi réplica fue que el que se las comiera sin hacer un provechito, había sido un milagro y no tenía nada que ver con las cobras, señoras del desierto. Esto desató el emperramiento de que me acusaran de agente egipcio, como si defender la jerarquía de las víboras tenga que ver con la nacionalidad.

Por causa de este tipo de discusiones me tuve que aguantar que durante bastante tiempo sólo pudiera presenciar las asambleas desde afuera, donde se juntaban las mujeres curiosas. Eso no me vino del todo mal, pues allí conocí a Raquelita.

Sigo nervioso con lo del nombramiento para registrar el Censo. Anoche soñé que estaba en la puerta de mi tienda sentado en un sillón grande y una mesa. Delante de mí se había formado una cola de gente para que los censara. A todos, después de escribir su nombre, familia, tribu y ascendencia, los interrogaba sobre si conocían a Babel, Babelón o Babelín. Todos respondían seriamente que sólo conocían al gran Matitihau, el Censista. ...Me parece que me estoy obsesionando con el nombramiento y que el sueño tiene un tufillo a venganza.

Algo que sirvió para marginarme más fue la gran discusión que tuve sobre el tema de los hijos de los matrimonios mixtos. Yo exigí siempre que se reconocieran mi derecho a ser considerado hijo de Israel, pero ciertos conocidos doctores insistían en que todavía estaban estudiando las uniones matrimoniales mixtas en sí, y que recién después se iban a abocar a los hijos. Que primero estaban los principios y luego las consecuencias y que patatín y que patatán.

En el medio de la disputa, que duró días, yo dije que entre hermanos israelíes no podía haber grandes diferencias y me salieron con que lo de "hermanos" estaba por verse. A lo más, podían considerarme "primo". Que Israel venía de la progenie de Sem y que yo tenía mezcla con la progenie de Cam. No estaba claro si yo era Semito - Camita o Camito -Semita.

Qué quieren que les diga: me pareció una estupidez que salieran con la historia de que después del diluvio los hijos de Noé poblaron la tierra vacía y que Sem fue el antepasado de Israel y Cam el de los egipcios. Me enloqueció que salieran con historias viejas y no me aguanté de enrostrarles que seguramente les había hecho mal el vino que había descubierto el viejo Noé, protector de todos los sobrevivientes del diluvio, entre ellos los burros y las mulas. Mis oponentes tomaron esto un poco al pie de la letra y consideraron que los estaba llamando borrachos y animales.

Por si fuera poco, se me ocurrió mencionarles que si bien Noé había descubierto el vino, mis otros abuelos, los egipcios habían descubierto la cerveza y se la atribuían a Osiris, el dios de los muertos, como parecían comportarse ellos.

Como era de esperar, no se la aguantaron ni buscaron sentidos que no fueran literales y bastante literalmente -a las patadas y empujones- me llevaron al Concejo de los Ancianos que, a pesar de estar todavía en formación, no dudaron en exigirme que expusiera mi posición con el respeto debido a su alta investidura.

Entonces, un poco entrecortado por la falta de aire y algún dolor en las partes posteriores, sostuve que la tradición era clara: que era la madre la que otorgaba la pertenencia al pueblo elegido. Ellos no pudieron con la fuerza de mi argumento y salieron con que estaban estudiando si eso era aplicable cuando se refería a mezcla con egipcios.

A mí eso me dolió en lo personal. Seguramente me excedí cuando les grité que por qué no dedicaban sus cabezotas a estudiar el caso de Guersom, el hijo que Moisés tuvo con Sefora, la hija del sacerdote de Madián. ¿Eran capaces de ir a decirle a Moisés que el nene era hijo de un matrimonio mixto, que todavía no se sabía si era israelita o madianita, o si era cincuenta y cincuenta?

La sugerencia no cayó bien y por seguridad corporal y anímica tuve que exiliarme en una duna vecina por más tres meses. Claro que desde el campamento se veía un cartel de mi autoría que preguntaba si tenían respuesta o se habían achicado. No tuve respuesta, lo que me indicó que el silencio a veces es cobardía y otras, para ganar tiempo.

Escuché que están por salir los nombramientos para el Censo. No se me pasan más las horas. Suerte que me pongo a practicar la escritura y me olvido, pero al rato me interrumpo y me quedo mirando la nada. Cuando me despabilo, recomienzo mi práctica. Si pasa cerca Josué me hago el distraído para que no se dé cuenta que estoy tan impaciente y nervioso y vuelvo a escribir otra vez. Esto me ayuda con las letras y me calma.

No he dicho nada sobre las mujeres israelitas. A mí me gustan mucho. En primer lugar, no puedo dejar de mencionar a mi mamá, a la que extraño mucho, mucho (quizá sea un signo de mi pertenencia a este Pueblo). La verdad es que todas me parecen unas reinas, especialmente Raquelita, la hija del medio de Josué, que cada vez que me ve, se ríe, me saca la lengua y me guiña un ojo. La he sorprendido varias veces diciendo que yo soy “su” Babel personal, pero cuando la miro se hace la distraída.

Sé que no debería prestarle demasiada atención, pero a veces me cansan con la muletilla de que confundo todo. Aclaro bien esto: jamás pudieron señalarme como que me confundí con las palabras del Señor. Jamás me vieron echando incienso a piedras, serpientes o ídolos, por más grandes que los construyeran.

No me gusta hablar de los demás, pero bien me sé que a muchos de lo que me atacan y se hacen los justos, varias veces los vi haciéndole reverencias a algunas víboras de piedra y a otros ídolos. Más aún, me estoy cansando de que cada vez que Moisés comunica algo o lo escribe en la Torá, aparecen un montón de serios cejijuntos contando las palabras, poniéndoles números o buscando de noche el sentido de la luz del día. Yo tendré mis dudas, pero nunca rumbeé por esos campos raros.

- Los jueces y el propio Moisés lo tienen bien claro – me lo reconoció Josué-. Por ello oficialmente están considerando tu nombramiento. No tienen dudas sobre tu pertenencia al Pueblo Elegido.
- ¿Aarón también? – me animé a preguntar-
- Nuestro Supremo Sacerdote, alguna vez pensó distinto, pero ahora ha cambiado y también cree que puedes recibir un encargo importante.

Debo reconocer que con Aarón tuve, hace tiempo, un problema un poco complicado. Sucedió cuando quise acercarme al lugar más sagrado, el Arca de la Alianza. Es cierto que cometí una estupidez, pero era apenas un muchachito solitario, medio abandonado y lleno de preguntas. Decir que era un sacrilegio y querer excomulgarme me parece que fue algo exagerado.

Como se sabía que nadie podía acercarse a ese lugar sagrado fui una tarde casi noche con un palo largo para ver si era cierto que lo que se acercaba era consumido por el fuego sagrado. Unos levitas celosos me agarraron antes de que pudiera confirmarlo y a los golpes me llevaron frente a Aarón. Este fue duro, claro y conciso

- Lárguenlo al desierto por irrespetuoso. Déjenle sólo el palo para que se defienda de los lobos.
- ¿Para qué instituí los Jueces en Israel? Hay que respetar a los poderes constituidos - se oyó la voz contenida de Moisés que andaba de recorrida - . Lárguenselo a ellos.

Eso me salvó. Fui llevado a un juez que había sido amigo del abuelo y que me conocía. Después de enumerar todas las estupideces que según él me pasaba haciendo, me condenó a mantener alejado a los perros que no fueran de los pastores y a los gatos que merodeaban, que son animales no muy queridos por estos lares, pero que siempre aparecen donde hay gente o comida.

No fui muy eficiente en la condena. Mi tienda a la noche era un concierto de ladridos y maullidos. Es que cuando era chico mi abuela egipcia me regaló un gatito y mi tío Ramsés tenía un perrazo militar. Siempre me gustaron esos bichos querendones. Por suerte el juez estaba en la otra parte del campamento y los observantes más densos de la Ley duermen a pata suelta por las noches. No es para comentar públicamente, pero a mis bichos les enseñe a comer maná a escondidas.

La discusión más seria y complicada la tuve con unos ultra-barbados cuando se inauguró el Santuario. Yo estaba tranquilo mirando la ceremonia cuando una vieja abuela pasó a mi lado y tropezó. Su bamboleo fue detenido por mí. La ayudé a sentarse. Cuando le estaba apantallando con una mano y con la otra le sostenía la espalda, detrás de mí empezaron a vociferar que no podía tocarla por ser mujer.

- Tiene como ochenta años y se estaba cayendo” -contesté todo rojo de ira.

- ¡Ochenta años tendrá tu abuela y tropezón no es caída - me retrucó toda verde la vieja!

Y ahí empezó el lío. La vieja seguía negando sus ochenta años y que sólo había tropezado; los barbudos de atrás que la prohibición era clara y que no decía nada de la edad ni los años quitaban la condición de mujer; los de los costados que nos calláramos que no se oía bien lo que decían en el altar. Desde adelante vieron el tumulto y llamaron a los guardias que vinieron y nos sacaron a todo el grupo a los empujones, incluso a la vieja gritona.

Afuera siguió la discusión sobre los “Harás o No harás”, como le decimos a los mandamientos. A mí me cansaron con su enumeración de cuantas normas había infringido con mi comportamiento y se me escapó el egipcio.

Les mencioné que en el país de mi padre a la gente la volvían loca con rituales que no terminaban nunca. Especialmente el día de la primavera cuando el sol entra en los templos y sus primeros rayos iluminan la efigie del dios. No supe parar a tiempo y agregué: “Aquí no hay cosa que no esté reglamentada o por las leyes o por la tradición o por las ganas que tiene cada uno de que digan que sólo él es el mejor cumplidor desde la primera hora.”

Más aún, les eché en cara que se necesitan seiscientos camellos para cargar con todas sus prohibiciones. A los barbados se les subió el pimentero a la boca y me acusaron de embrollar y desacatar los sagrados mandatos de la Ley Mosaica. No me costó mucho gritarles que los embrollones eran ellos y que si necesitaban tantos mandamientos era porque les gustaba sufrir.

Como sabía que la cosa era sin retorno no me detuve a gritarles que mi papá me había enseñado que Akenatón decía que los faraones anteriores a él habían creado una “religión llena de tonterías obligatorias que alejaban a los hombres de Dios”. Que ellos andaban por ese camino enmarañado como sus barbas no muy limpias.

¡No les gustó nada! Me agarraron entre todos y me empezaron a dar como les hubiera gustado darle a Akenatón, al Faraón y a cada egipcio en particular. Allí fue que conocí a Josué quien, por suerte, llegaba tarde a la ceremonia y que con bastante dificultad pudo apartarme de los pies y las manos, los de la vieja incluida, que me estaban moliendo a palos.

Cuando me pudo calmar, ya en un costado, me preguntó, muy serio, que había pasado. Al retomar mi respiración pude contarle la discusión y, con un poco de recelo, cuáles eran mis pensamientos.

Para mi sorpresa, con mucha paz, me dijo que era un tema que venía conversando con Moisés y que le interesaba mi opinión. Entonces le comenté que cuando se juntan dos de nuestro pueblo a opinar de cualquier cosa, en vez de aparecer dos opiniones, aparece de la nada un batallón de opiniones enrevesadas

y retorcidas. Pero si yo hago una pregunta o presento una duda, no tardan un instante en acusarme de que embrollo o confundo todo.

Josué, sonriendo me dijo: “Sí. ...Algo así oí. Mi opinión sobre los mandamientos es que es necesario un poco de orden. Quizá esté influenciado por mi oficio militar. En estos días, si no hay orden, todo sería un desparramo en la arena”.

Luego bajando la voz, me dijo “este es mi pensamiento, Moisés es más profundo. Me ha señalado que el Señor conoce a su pueblo y que sabe lo difícil y rebelde que es; y que por eso puso tantos mandamientos por delante. Así, por un lado, lo tiene cortito, y por otro, con tantas exigencias, impide que alguien se pueda creer santo o puro. Es la forma elegida para desarrollar la humildad y bajar las ganas de ser siempre el mejor”.

Ese día conocí a un gran hombre que me salvó de una buena pateadura y escuché algo que me dejó pensando acerca de nuestra religión. Debo confesar que los mandatos aún me siguen pareciendo demasiados, pero quién soy yo para pensar algo distinto de lo que dice Moisés.

Paro aquí porque están sonando las trompetas y van a avisar quienes son los elegidos para el censo. Estoy viendo que Josué viene hacia mi tienda. ¿Me lo comunicará en persona? Para no mostrar que estoy re nervioso hago que sigo escribiendo...

“Los caminos del Señor son inescrutables. A veces parecen sinuosos”. Josué fue quien dijo estas sabias palabras, mientras me decía que tenía noticias muy importantes para mí. Puse mi mejor sonrisa inocente y esperé escuchar mi designación como censista oficial de la tribu de mi abuelo.

¡No lo puedo creer! A Josué le costó sacarme de encima y alejarse un poco de mi abrazo. Lo de practicar la escritura fue para disimular ante el propio pueblo mi nuevo nombramiento. ¡Oficialmente me han nombrado... ¡Nada que ver con el Censo... ¡Me han nombrado... ¡Espía!! Sí, con todas las letras: ¡Espía Oficial del Pueblo de Israel!

Para esto ayudó que sé hablar y escribir en egipcio, mi nariz es más chica, soy más delgado y de piel un poco más oscura que el común del pueblo y, por si fuera poco, más alto y algo imberbe. Pero Josué añadió que eso no alcanzaba. Lo más importante es mi capacidad de defensa en situaciones en que estoy solo contra muchos.

Mi misión va a ser ir a los territorios que pensamos invadir para observar todo y después informar, sin que esas gentes se den cuenta que soy parte del Pueblo Elegido. El aspecto ayudará a que me consideren un egipcio más y que no puedan adivinar que soy un judío de pura cepa (materna).

Me aclaró que en caso de ser descubierto nuestras autoridades negarán cualquier relación conmigo para evitar reclamos. Parece que es un clásico de esta profesión. Josué me lo aclaró “En tu nueva función deberás usar tu capacidad innata para... convencer”. Creo que estuvo tentado de decir “para confundir”, pero se contuvo.

Las palabras que siguió diciendo me hicieron lagrimear un poco “Moisés hará figurar tu misión en la Torá, No aparecerá tu nombre por razones lógicas de secreto, pero estará allí el nombramiento”.

Estoy recontento con la designación. Es la confirmación total de mi pertenencia al Pueblo Elegido y el mayor mentís a todas las críticas que he recibido durante demasiados años. ¡Voy a figurar en la Torá! ¡Si me vieran mi mamá, mi abuelo, y hasta mi papá!

Por si fuera poco, Moisés me llamó, me hizo sentar en su presencia. Me miró seriamente, bajó varias veces su cabeza asintiendo, me llamó Matitiahú “Regalo de Dios” y con cara seria le señaló a Josué que hiciera conocer al pueblo su voluntad de que la terminaran con lo de Babel, Babelón y Babelín.

Todavía estoy medio tonto de felicidad. Es que cuando estábamos saliendo, llegó Raquelita. Delante del padre y sin ponerse colorada, me codeó, y guiñándome un ojo por vez, dijo bien fuerte: “A mí no me van a decir cómo llamarte, mi Anotep, Isajar, Matitiahú, Maty, Babel, Babelón y Babelín querido. Cuando vuelvas de tu misión te voy a hacer la sopa que hacía tu abuela egipcia, sin cerdo, pero con maná, que para vos tiene gusto a lechón azucarado”.

La Pelea

Hoy es el día. Hace rato que estoy despierto con los ojos abiertos, pero sin ver nada porque todavía está oscuro. Hice mil intentos para volver a dormirme, pero nada. Estoy esperando el “Josecho, levántate, que vas a llegar tarde a la escuela”. ...Ahí lo escuché. Chau. Se acabó.

Qué lejos están el largo viaje en camarote, el ferry, que en Zárate cruzó el Paraná, la cena en el comedor paquete del tren, lleno de copas y cubiertos raros. Lástima que sirvieron pescado y a mí no me gusta.

No sé bien por qué a mediados de año en casa decidieron que fuera a terminar mi cuarto grado con la tía Maridel a Cruzú Cuatía, en Corrientes, donde ella vive después que se casó. Siempre fui medio el preferido de la tía por lo que ir a su casa me pareció buenísimo, sobre todo si uno tiene siete hermanos dando vueltas en una casa no demasiado grande.

Claro que tuve un poco de miedo. ¡Tener que ir a una escuela nueva justo a mitad de año! ¿Andaría bien con las materias? ¿Estarían más adelantados? ¿Y la maestra? ¿Cómo sería? La que tenía en Lomas era una flaca media chinche, de pelo corto, que me tenía un poco marcado. “Me imagino que te portarás mejor que tu hermano”, me dijo el primer día. Mi hermano Mario y la herencia que me dejó en cada grado.

Pero no tuve problemas ni con las materias ni con la maestra. Otra cosa es con mis compañeros. Chiquita Duarte, la maestra, es buena además de linda. El primer día de clase, cuando todos volvían –medio dormidos y con caras amargas- de las vacaciones de invierno (¡donde siempre te dan deberes!), ella puso una mano en mi hombro y dijo que era un nuevo compañero y que esperaba que me ayudaran a ponerme al día. Todos me miraron raro, salvo dos chicas que me sonrieron. Yo, todo colorado me fui hacia el sitio que me indicó. En el camino pude ver que algunos chicos fruncían las cejas. Todos con guardapolvo blanco. Algunos lo tenían almidonado y usaban corbatita, otros tenían el cuello de la camisa abierto y vi a dos o tres con zapatillas, aunque no había clase de “Ejercicios Físicos”.

No conocía a nadie. El colegio del que vengo es de varones y aquí hay también chicas. Algunas me miraban como si fuera un bicho raro. Cuchicheaban y se reían sin dejar de mirarme. Pedí por favor que no llegara nunca el recreo, pero sonó la campana y todos salieron corriendo. Hice que acomodaba mis útiles y salí último... De sopetón: “Soy Mamuchi. Estudio piano con tu tía. Mis papás son

amigos de tus tíos”. Y salió corriendo para juntarse con sus amigas. Tiene los ojos grandes, lindos y una sonrisa que me hizo sonreír a mí. Pero se fue. Me encuentro solo en un patio grande, rodeado de chicos que me miran. Hasta en el grupo de las maestras también se dan vuelta de vez en cuando y me observan.

Todos los chicos hablan con una tonada rara. Escuché varios gritos que deben ser en guaraní. A la segunda palabra que dije se empezaron a reír de “mi” tonada. En ese recreo hice el pis más largo de mi vida. No tenía ganas de salir del baño. Por suerte a la salida me crucé con uno lleno de pecas que me preguntó: ¿De qué cuadros sos? El “chocá los cinco” porque éramos de Boca me acercó la primera sonrisa masculina. Se llama Rubén, pero le dicen “Rúben” como al padre.

...Hoy va a ser la cosa. Yo sabía que “cortá para la salida” significa “a ver si sos tan bravo y sos capaz de pelearte conmigo a la salida”. Aquí es diferente. Se paró delante de mí y casi me escupió: “Te espero mañana en el baño”. Estaba rodeado de sus amigos.

Todo va bien con las materias, salvo “Actividades Prácticas”. No existía esa materia en Lomas. Aquí viene una profesora alta, con cara larga, de anteojos y manos larguísimas. Habla todo rápido y se enoja si cuchicheamos. Tiene repartidos unas maderas agujereadas al medio, de donde salen pequeños clavitos. Hay que hacer no sé qué cosa con el hilo de lana para que salga un tejido como un echarpe. Parece que es algo que hacían los indígenas de por acá hace bastante tiempo. Me dio una y me dijo “Fijate cómo hacen los demás. Y apurate que ellos ya van por la mitad”. Miré hasta cansarme, pero los chicos movían tan rápido los dedos que no entendí que hacían. Como si fuera poco el ovillo de lana se me cayó y fue a parar cerca de un banco de chicas, que a las risitas me lo escondían.

A la tarde se la llevé a mi tío Alberto, que las sabe todas, pero miró la madera y después serio me dijo: “¿Y para qué quieren echarpes acá que hace cuarenta grados a la sombra?”. La tía Maridel que pasaba se dispuso a ayudar. En vez de un echarpe está saliendo una frazada en forma de calzón. Ellos se rieron mucho, pero no sé qué va a decir la profesora. El tío Alberto me dice que le diga que los indios de Buenos Aires hacen así los echarpes.

La cosa se armó esta semana. No sé por qué la maestra empezó a hablar de la importancia del agua, de los ríos y del mar... y no sé cómo llegó a los barcos y comenzó a explicar lo que era un puerto. Los chicos se arremolinaron para ver las fotos que mostraba, pues nunca habían visto uno. Curuzú no tiene río grande y queda lejos del mar. Ella – de buenaza – me pidió que la ayudara a explicar. “A vos te deben haber llevado a conocer el puerto. Explicale a tus compañeros lo que viste”. Tartamudee dos o tres cosas que había visto. Cuando me callé, escuché que desde atrás alguien murmuraba bajito “porteñito manda parte”.

Ya me estoy vistiendo. No puedo sacarme de la cabeza que voy a tener que pelear con el Rubio. Es un chico flaco, medio morocho, de pelo rubión, tiene una nariz normal, pero la boca grande; siempre se está moviendo y hablando. Lo que

me impresiona es que tiene los ojos amarillos. Las dos o tres veces que nos cruzamos, me miró raro, achicó los ojos y frunció las cejas, pero no dijo nada. Él me evita y yo hago lo mismo. En la clase se sienta atrás. La maestra varias veces lo retó porque hace chistes y molesta a las chicas que tiene cerca. Es el jefe de una bandita de chicos que siempre andan juntos en el recreo. Todos viven en las afueras, cerca del Hospital. Una vez vi cómo le metía una zancadilla a uno de tercero. El pibe voló y el Rubio se le acercó; yo pensé que lo iba a cargar, pero riendo lo ayudó a levantarse. El pibe se paró, no dijo ni mu, y salió corriendo como si tuviera al diablo atrás. Un tipo extraño, el Rubio, y con pinta de peleador.

Y lo bien que la estoy pasando a la siesta. Al principio protesté porque no quería dormir la siesta, pero la tía Maridel me aclaró: “no hace falta dormir. La cosa es que no estés al sol. Y de repente aparecieron Patoruzú, la Chacha, Isidoro, Ñancul, Pampero, el coronel Cañones, Don Fierro y el Gordo Villanueva. Es que el tío Alberto tiene la colección de los Patoruzú y ¡me presta uno por siesta! Yo lo llevo a la cama y me lo trago. Cuando lo termino agarro El Tesoro de la Juventud. Estoy con los planetas, las estrellas y cuánto se tardaría en ir a la luna en un tren a ochenta kilómetros por hora.

Tía Maridel dice que está contenta de que me guste leer como ella. Me contó que cuando estaba pupila en la Misericordia de Belgrano tenía velas y fósforos para leer de noche. Pero que a mí no se me ocurra, porque puedo quemar el colchón. Que le avise que me deja la luz prendida. Cuando a la siesta pasa por mi cuarto y me ve leyendo, sonrío y me guiña un ojo.

Sin preguntarme me hizo socio de la Biblioteca Sarmiento que queda cruzando la plaza. Al principio la cosa no me gustó mucho, pero la bibliotecaria me regala caramelos y me prepara una vez por semana un libro de cuentos o aventuras que puedo llevar a casa. Hace unos días descubrí que los caramelos se los da mi tía, pero los chipá que me convida los hace ella. Estoy con el Rey Arturo y sus caballeros. Está bárbaro.

Creo que las risas de ellos taparon que sólo asentí con la cabeza, porque no sé qué hay que contestar. Me vino que podía ser “que te recontra”, pero me pareció que es para otra cosa. “Te espero mañana en el baño, porteñito manda parte”, repitió y se quedó esperando la respuesta. Sus amigos miraban en silencio. “¿Qué, te achicas?”. Todos se rieron. Por suerte el “pobre de vos” me salió más fuerte de lo que esperaba. “Cortá, entonces, porteñito”. Yo sabía el famoso “Cuando quieras, donde quieras y cómo quieras”, pero me lo tragué a ver si eso complicaba más la cosa. Ni se me ocurrió agregarle “y traé a tu hermana que la vas a necesitar”. Se me vino que tenía que decir “Corto”, y se lo dije con más fuerza que convicción. “Mañana en el recreo largo” fue la contestación.

Rúben me preguntó si había ido alguna vez a la cancha de Boca y cómo era eso y que le contara. Yo le conté todo lo que sabía, como llega la hinchada, la gente que grita, el saludo de los jugadores cuando salen a la cancha y como es la alegría de los GOOOOLES. Él sabe, como yo, la formación de la primera y con el padre todos los domingos escucha el partido por radio. Lo que no le conté es que

cuando papá nos llevaba a la cancha nos dejaba en la tribuna de mujeres y él se quedaba cerca. Me dio no sé qué contarle eso, como si fuera una cosa medio maricona. Preferí enseñarle los cantitos de la hinchada: “¡Vea, vea, vea que a Boca no lo paran ni los tanques de Corea!”, “¡Vea, vea, vea, y no sea pelandrún, que a Boca no lo paran ni los tanques de la UN!”.

En Lomas, con mis hermanos, éramos una institución. No era fácil que se pelearan con nosotros. Entre sexto y primer grado éramos cuatro que peleábamos juntos si alguno andaba en problemas. No era fácil para nadie. Pero aquí estoy solo. No tengo miedo, pero algo me pasa. No estoy tranquilo. Allá no se armaban peleas para el día siguiente. La cosa se arreglaba a la salida. La mayoría de las veces no pasaba nada después de algunas trompadas, la mayoría al aire, pues siempre había una maestra cerca. Pero aquí es distinto. Las maestras no andan cerca del baño de varones. ¿Se meterán sus amigos? ¿Y si nos pescan peleando? ¿Las chicas van a estar cerca? ¿Mamuchi?

El tío Alberto me deja manejar el sulky después que pasamos el cementerio. En la ciudad es un poco peligroso, pero cuando termina el asfalto, camino a “Soledad” casi no hay coches, sólo otros sulkys o gente de a caballo, que saluda sacándose el sombrero. ¡Cada vez que agarro un pozo, la tía grita “Josecho!” y lo reta al tío que se ríe y me tira de la rienda para el otro costado.

Ir los fines de semana a “Soledad”, la estancia del padre del tío es una fiesta. En la cocina me convidan cosas ricas, salvo la mazamorra que no me gusta. Hay un almacén donde guardan la comida y lo que carnean. Tiene un olor fuerte y no digo nada del galpón donde esquilan las ovejas. La acaroina es fulera. ¡La usan para bañar a las vacas! El tío la carga a mi tía; le dice que el agua de colonia que ella usa es mezcla de kerosén y acaroina, pero hecha en la Capital. Hay melones y puedo comer las mandarinas que quiero. Lo único jorobado es que se cena muy temprano porque no hay electricidad. Para cenar hay un farol muy grande, después usan unos faroles chicos, con los que no me dejan leer “porque arruina la vista”. Como no me duermo enseguida muchas veces pienso en Mamuchi.

Una tarde la tía Maridel pidió que le prepararan el sulky para ir a pasear conmigo. Aprovechando que el tío estaba con los vacunadores nos fuimos hasta el tajamar. La tía se puso a escribir algo – le encanta hacerlo –. Me parece que escribe poesías... Y se nos fue pasando el tiempo. Yo aprovechaba para imitar el mugido de las vacas, que me sale bastante bien. Las vacas se acercan y se quedan mirando con esos ojos grandotes. De a poco se fue haciendo tarde. Y ella seguía escribiendo hasta que empezó a oscurecer.

La tía se hacía la distraída, pero yo notaba a la legua que no encontraba el camino de vuelta. Estuvimos como una hora yendo para un lado y para el otro. Ella decía a cada rato que no tuviera miedo, pero estaba más asustada que yo. Por suerte en un momento me acarició la cabeza y le soltó las riendas al caballo que empezó a trotar tranquilo. Para mí que ella estaba rezando. A lo lejos vimos unas luces. Toda la peonada nos había salido a rastrear. Al frente estaba el tío Alberto con una linterna de cinco pilas, que ilumina como un reflector. El tío gritaba

“¡añamembuy!” , que me imagino que es una forma de carajear feo en guaraní. La tía, llorando, se fue a la cama sin comer. Esa noche comí solo porque el tío al segundo bocado la fue a consolar. Doña Palmeña esa noche me dejó comer las tres porciones de cuajada que había preparado para la cena.

Rúben me dijo: el Rubio no es malo, pero es jodido. La madre lo tiene carpiendo y el padre lo tiene amenazado si no estudia. Son pobres, pero buena gente. Es un poco peleador y buscarroña, pero no es mal tipo. El viejo es bravo y lo casca de vez en cuando. Le dijo que si llega a saber que se porta mal en el colegio lo va a moler a palos. Al final se soltó y me comentó: “La cosa no es con vos. Es que sos porteño, chamigo”. Cuando le pregunté porque tenían ese problema con los “porteños” me contestó que no sabía.

La tía Maridel me comentó que “algo habremos hecho los porteños... aunque los de acá son bastantes sinvergüenzas” y lo señaló al tío Alberto. Los dos se rieron y yo, como siempre me pasa cuando los adultos hablan en difícil, me quedé en ayunas.

Rúben me contó que le preguntó al padre y que éste le dijo que la cosa viene desde que “Perón de Astrada se peleó con Rosas y allí empezaron a los tiros”. Yo creo que es “Berón de Astrada”, pues así se llama la calle principal de Curuzú... Perón es el Presidente actual. Los grandes saben mucho salvo cuando les preguntás algo concreto. O sea: no sé bien por qué se pelean y pareciera que los grandes tampoco.

Pero ahora lo mejor sería que no tuviera que pelear con el Rubio. Nunca me pareció tan desabrida la cocoa, a pesar de que cuando la tía Maridel se dio vuelta le puse tres cucharadas más de azúcar. No puedo sacarme la mirada del Rubio con esos ojos amarillos, sobrándome y llamándome “porteñito”.

A mí nunca me llamaron así. Mi casa queda en Lomas. Cuando vamos a la Capital, mamá me cuenta siempre que yo nací allí, antes de que nos mudáramos. Parece que a los de allí los llaman “porteños”, pero nunca escuché que a algún chico lo llamaran así. Pero, aquí es otra cosa. Además, ponele que soy porteño ¿por eso tenemos que pelear? Ni que fuera un Boca - River. Pero ya no hay vuelta. No puedo hacerme el distraído o el tarado. Todo el grado sabe de la pelea; hasta escuché a uno de sexto que le decía “Rubio, hacenos quedar bien”.

“Me dijo Chiquita Duarte que te portás bien y que los chicos te están aceptando. No vayas a hacer lío ni a pelearte. Aquí a los porteños no nos quieren mucho, pero cuando te conocen son macanudos. Portate bien, Josecho. Mirá que soy la profesora de música y dirijo el coro del colegio”. Justo ayer a la tía Maridel se le ocurrió decirme esto.

Rúben me invitó a tomar la leche en su casa. La mamá quiere conocerme. La tía Maridel me hizo poner las zapatillas nuevas, me engominó y me dio un paquete de bizcochitos para que llevara. La mamá me besó y me dijo que Rúben hablaba todo el tiempo de su amigo porteño, hincha de Boca. “Vayan a jugar que ya les preparo un Toddy frío”.

Fuimos al fondo de la casa. Hay un gallinero grande, lleno de gallinas, pollos y dos o tres pavos. Rúben me mostró una de sus posesiones más queridas: una gomera de goma trenzada. Yo nunca tuve una. En Lomas, mamá no quería ni que habláramos de las hondas. “Con eso se mata pajaritos y eso es un crimen”.

Cuando se lo conté a mi nuevo amigo se rió y me dijo: “probá”. Agarré una piedra, la puse en la parte de cuero, estiré la goma y sin apuntar a nada tiré. Algo salió como un chiquetazo. De repente hubo un alboroto inmenso. Le había pegado un flor de hondazo a un pobre pollo mediano que estaba cerca nuestro, tranquilo picoteando el suelo. El pollo gritó como un marrano y corrió como buscapié atropellando a todo el mundo. En un segundo todo el gallinero estaba revolucionado, con las gallinas y los pollos saltando en todas las direcciones, volteando lo que se les ponía en el camino. Hasta algunas intentaron volar. Rúben se reía como loco y yo tenía el susto de mi vida. Corrimos hacia adentro, donde la mamá nos miró y comentó “en qué pillería andarán ustedes... Vamos coman”.

Antes de irme, cuando la familia estaba ya sacando las sillas a la vereda, para tomar fresco, me dijo: -”si querés te presto la gomera, pero no te va a servir de nada, porque la pelea es a las trompadas limpias”.

Los baños están al fondo del patio. El de varones está medio escondido. Afuera, a un costado, están las canillas para tomar agua y lavarnos las manos. Ahí va a ser la pelea.

Rúben me aclaró que aquí también es al vale todo, pero sin cabezazos, codazos ni patadas. La cosa termina cuando uno se da por vencido o se pone a llorar.

Nunca caminé tan despacio. No llegaba nunca a la escuela. Me crucé con varios en el camino, pero ni los vi. Llegué cuando estaba sonando la campana. Formamos fila, tomamos distancia y canté Aurora mirando para abajo. Ya estamos en clase, al entrar miré al Rubio. También está serio. La maestra habla y habla. Reparten los tinteros. Escribo en el cuaderno de clase. La letra me sale fea. Cuido de no hacer un manchón o que se cargue mucho la pluma cucharita. Tengo el secante a mano, por si acaso. El tiempo no pasa. Pocas veces me sentí así. Me digo que no es miedo, pero no me convenzo del todo.

En el primer recreo nadie se me acercó. Parece que saben que se viene algo grande. De vuelta la maestra, ahora con aritmética: las fracciones, problemas, planteos, soluciones, cuentas y más cuentas. Espero que me salgan bien porque las estoy haciendo casi de memoria. ¡Y sonó la campana!

Camino mostrando tranquilidad. Rúben y dos o tres más me acompañan sin hablar. Veo a mi costado que el Rubio está caminando a la par, pero a unos metros de distancia. Tiene más hinchada. Pero nadie habla. Es como una ceremonia de la iglesia. Camino derecho como si desfilara. Me repetí que hay que cuidar la cara. Uno puede ganar la pelea, pero si tiene un ojo negro, en el fondo perdió.

Cuando llegué ya estaba formado un círculo con una entrada para nosotros. El Rubio se fue para un costado, yo para el otro. Comenzaron los gritos de apoyo. Una pelea no es de todos los días y pone a todos como locos.

Con la mirada dura nos acercamos. Sin saludarnos comenzó. Me lanzó una trompada a la cara que me rozó apenas y me hizo agachar. Aproveché para pegarle en la panza. Vi que, a pesar de frenar un poco el golpe con el brazo, la cara mostró que le dolió. Las siguientes trompadas en parte nos dolieron y en parte fueron al aire. Los gritos eran cada vez más fuertes porque habían venido de otros grados. De repente estábamos en el suelo, revolcándonos en las baldosas.

Antes de que pudiera hacer algo me encontré de espaldas y con los dos brazos trabados. Me retorcí como gato. Pude zafar. Estamos tan agarrados que no podemos pegarnos. Los gritos son casi alaridos. Suenan como tambores de guerra. Entre los fuertes “dale Rubio”, pude escuchar gritos de Rúben y sus amigos a mi favor. Hasta alguien dijo fuerte en medio de ese despiporre “¡Mirá el porteñito!

La cosa está peliaguda. Con esfuerzo llegué a ponerme arriba; pero no es fácil mantenerse si el tipo es escurridizo. Empiezo a darme cuenta que ya no puedo sostenerme. Siento que me estoy quedando sin fuerzas. El Rubio está todo transpirado, mis manos resbalan. Los dos respiramos como locomotoras. Otro revolcón y estoy abajo. Si me quedo abajo y sin fuerzas, pierdo. Me acordé entonces de José María Gatica, el campeón que es mi ídolo. ¡A sacar fuerza de cualquier lado! ¡Tengo que zafar! De a poco me fui levantando hasta que quedamos los dos de costado.

Estaba viendo si me mantenía y cómo podía hacer para ponerlo de espaldas, cuando oí que de a poco se apagaban los gritos. Se hizo un silencio extraño y de repente: ¡un tirón de orejas que casi me las saca! También sentí que el Rubio aflojaba. Medio atontado me di vuelta y me encontré con la maestra que nos tenía a los dos casi colgando de las orejas. Chiquita Duarte estaba toda roja, la rodeaban tres o cuatro chicas, entre ellas Mamuchi. Los varones se habían corrido a prudencial distancia.

Con la oreja ardiendo escuché “¡Parece mentira! Yo creía que era un chico bien educado, buen alumno ¡Y ahora anda peleándose y revolcándose por el suelo! ¡Cuando se entere su tía!” La voz cambió de dirección y tratándolo también de usted, lo sermoneó al Rubio: “¡Usted siempre haciendo barbaridades! No sé qué va a decir el Director, que ya le tiene dicho que en la próxima iba a hablar con su papá”.

Hubo un largo momento donde los dos intentábamos volver a respirar normalmente y arreglarnos un poco el guardapolvo. Nos estábamos calmando. No así Chiquita Duarte, la maestra buena, que estaba hecha una fiera. “Diganme, ¿quién empezó? ¿Por qué se pelearon? Seguro que usted empezó a molestar al chico nuevo llamándolo “porteño. Vengan los dos a la Dirección a ver qué opina el Director de esto”.

El Rubio estaba blanco. Cuando oyó que nos llevaría a la Dirección y que el Director iba a hablar con su papá se puso todo pálido. Yo me acordé de lo que Rúben me había contado.

No sé de dónde me salió. Si de cuando nos pescaban en las peleas que tenía con mis hermanos o porque pienso que los grandes no nos entienden y preguntan quién empezó como si eso fuera importante cuando hay una pelea ya comenzada. La cosa es que me puse serio, junté las pocas fuerzas que me quedaban y me tiré para atrás. Eso hizo que la maestra se detuviera. Mi “Fui yo el que empezó, señorita” sonó fuerte. Todo se detuvo. Chiquita Duarte me miró fijo y lo miró al Rubio, quien puso su mejor cara de ángel.

Estaba recibiendo un reto lleno de dudas de la maestra cuando sonó la campana. ¡El gong había salvado a Gatica! Todos se fueron a formar fila para entrar a los grados y la maestra amagó ir hacia la Dirección, pero se paró y después de unos instantes, rumbeó para nuestra aula.

“Desde hoy se sientan juntos ahí”. Chiquita Duarte, me miró de vuelta con dudas, suspiró, y se enfocó en lograr que la mirada de los chicos fuera al pizarrón y no hacia esos dos que se estaban ubicando en el primer banco.

Ya estaba calmándome cuando sentí que el Rubio me tocaba con el codo. “Chocá los cinco...y gracias, chamigo”. Una sonrisa nos cruzó la cara cuando me susurró mientras chocaba los cinco. “Yo también soy de Boca, porteñito”. Cuando lo miré de costado vi que Mamuchi me estaba mirando.

La tía Maridel, de anteojos, está rezongando mientras me cose el botón que perdí en la pelea y me mira asombrada porque me estoy sonriendo. Es que el tío Alberto me guiña un ojo y me está diciendo por lo bajo “¡porteñito bravo, añamembuy!”.

Filosofía al quirófano

Cuando lo hicieron subir a la camilla, a Héctor Francisco Roccamora se le fruncieron las cejas y se puso más serio todavía. En pocos minutos lo iban a entrar al quirófano para operarlo de la cadera.

El profesor Roccamora, titular de Historia de la Metafísica en la Facultad de Filosofía de la UBA, después de que sus noventa kilos decidieron volar y sólo alcanzaron a aterrizar en caída libre al final de la escalera del subte de Diagonal Norte, había estado mirando por internet lo que no debía y se había impresionado un poco con las imágenes que mostraban la operación de cadera que debían hacerle.

Sangre, mucha sangre, huesos cortados, metales introducidos y atornillados. Ahora esas imágenes volvían sin que las llamara y le producían chuchos de frío, que hacían ondear el camisolín que le habían puesto.

Con decisión apartó de sí los sentimientos que se le venían encima y como buen pensador serio, se dispuso a dirigir su mirada hacia los grandes pensadores de la antigüedad. Platón, Aristóteles y sus admirados griegos siempre tenían algo profundo que decir, especialmente para las ocasiones difíciles.

Lo que no sabía el profesor es que estaba a punto de sufrir un derrame de imaginación helénica. Un tropel de griegos se le metió en la cabeza. Al frente estaba Epicuro gritando: “¿Qué Aristóteles, gilún?! Si tenés miedo, lo que necesitás es un poco de droga. Te recomiendo una pastilla de ataraxia”.

Roccamora cerró los ojos y se recitó: “Ataraxia no es una droga, es un estado de ánimo que aísla al sujeto y lo protege de las inquietudes que lo acosan, lo hace imperturbable”. Sí, eso era lo que necesitaba. Algo reservado a los filósofos, como él.

“Lo de la ataraxia lo inventé yo” le zampó Demócrito, otro geronte griego, mientras le pegaba un codazo en la costilla flotante izquierda. “En un mundo donde todo es incierto, la vida verdadera es lograr la tranquilidad de ánimo que

lleva a la felicidad al suspender las pasiones. Tus afectos y deseos deben trascender lo meramente corporal”.

El profesor se encontró pensando si esa fórmula era verdadera. ¿Para ser feliz hay que suspender todas las pasiones y dejar de lado el cuerpo? En medio de su lucha por encontrar una respuesta, sintió que su camilla se movía hacia adelante y se detenía frente a un cartel que decía Boxes - Quirófano B. Allí entrevió un conjunto de batas y gorros celestes que se movían. Algo asomó desde atrás. Era la cabeza del que lo llevaba que estaba diciendo:

- Venimos un poco atrasados, pero en un ratito lo entramos. Aproveche para relajarse.

Reponiéndose de la extraña retro aparición amable, intentó mirar para atrás y visualizar al que le hablaba, pero el pitufo había desaparecido. Al volver a su posición, se dio cuenta que también él estaba cubierto con gorro, camisolín y escarpines celestes. Rodeado de paredes blancas le pareció que formaba parte de una gran bandera argentina. ¡Qué facilidad para la distracción! - se maldijo -. ¡Justo ahora que necesito toda mi capacidad de concentración!

Le volvió lo de “suspender las pasiones y el cuerpo” como camino para la paz del espíritu. Acomodó un poco mejor su espalda sobre la dura camilla. Recordó que las pasiones siempre fueron consideradas poderosas fuerzas capaces de superar a la razón y las exigencias sociales y morales. “El ser humano las padece – se recitó - y la mayoría de las veces es manejado por ellas”.

Por algún resquicio mental se le coló que las más bravas son las referidas a las necesidades del cuerpo y a la compleja sexualidad. Sin buscarlo le asaltó la pregunta de si suspenderlas para siempre era algo natural o terminaría afectando su virilidad. Sin convocarlo, escuchó un coro de castrati cantando el réquiem de Mozart con letra de adiós muchachos.

El profesor apretó sus puños, contrajo nuevamente las cejas y se dijo casi en voz alta: “¡No puede ser! Mente superior debe dominar imaginación desbocada. Si no puedo pensar por mí mismo, al menos debo recordar qué dijeron los grandes maestros cuando se las vieron feas”.

Se acordó, entonces, que Boecio, el último de los filósofos romanos y el primer escolástico, había sido capaz de escribir – en el peor momento de su vida – su famosa “Consolación de la Filosofía”. Entrecerró los ojos y trató de pensar como el gran pensador había superado la cárcel y la saña del emperador. En eso estaba cuando sintió que el propio Boecio le estaba hablando: “¿Qué querés que te diga, che? ¿No te acordás del final? El emperador Teodorico me hizo degollar después de torturarme. Todavía lo ando buscando. Si lo agarro le...”. El chucho que sintió le hizo ver que ese recuerdo no era lo más conveniente en ese momento.

Entrecerró los ojos y respiró hondo. Cuando terminó la larga exhalación le pareció escuchar gente que se aproximaba. Cuando estuvieron más cerca observó que era una procesión medieval de santos, papas y monjes que venían recitando las Collationes de Juan Casiano, las que San Benito de Nursia, el fundador de los benedictinos, recomendaba meditar a sus monjes. La quejumbrosa multitud repetía: “Para conservar la castidad – Vela de noche y de día – Cuidate de día para prevenir la noche – Cuidate de noche para prevenir el día”.

Cuando estuvieron frente a él, se detuvieron y con voz agria lo increparon a los gritos: “Pecador, salva tu alma – Olvida tu bajo cuerpo – Las pasiones ventrales te llevarán – De los pelos a la Hoguera eterna”.

Por instinto pasó su mano para constatar la presencia de su cabellera y cerró su mente a esos severos ascetas que por él habían interrumpido momentáneamente sus sesudos debates sobre de qué sexo (¿género?) eran los ángeles. La procesión se fue retirando lentamente. Al final venían unos monaguillos rezagados llevando un cartel celeste que decía: “Sexo sí, pero con reproducción. Si no, el sexo es puro sexo”.

Refregó sus húmedas manos e insistió en que tenía que calmarse. Ya estoy sufriendo ensoñaciones grandes, se dijo. Todo esto es consecuencia de que estoy muy nervioso. ¿O será puro miedo? Debo concentrarme en mi pensar racional. Pero el único pensamiento que acudió en su ayuda, decía. “Lo único que me falta es que el miedo me lleve a tener más miedo”.

- ¿Cómo anda? Soy el anestésista. Le voy a suministrar un calmante Es una droga muy suave. Lo va a ayudar a relajarse. En un ratito lo entramos. Tranquilo. Déjese llevar...

Ahora se trataba de un pitufo maduro, con anteojos. La voz grave esta vez no vino por detrás. Le pareció que el tipo sonreía detrás del barbijo. ¿Será un sádico o es que descubrió mi miedo? Lo que me conviene es que me den pronto la anestesia total, así se acaba este padecimiento.

Pero se le cruzó que la anestesia puede dormir para siempre. Otra vez más miedo. Sin proponérselo se le representó irrespetuosamente que, si había una famosa pastilla azul para elevar el cuerpo en momentos bravos, la anestesia podría ser una pastilla roja para adormecer la pasión más común de los mortales.

¡Debo parar esta máquina de pensar confusiones! Estar solo y con miedo en un momento difícil: es la oportunidad de mostrar el temple del alma. Pensó en su extensa biblioteca. Allí estaba su salvación. Aspiró, pero su exhalación un poco fuerte hizo que sus queridos libros cayeran de los estantes y le golpearon fuertemente la cabeza.

Buscando distraerse miró a su alrededor. Paredes blancas, luces que esconden las horas del día, vidrios transparentes y la única cosa con vida eran sombras celestes que sólo tenían ojos y se movían lentamente.

¡Hola! ¿Cómo le va? - La voz era conocida. El enmascarado que hablaba era el cirujano, que lo chanceaba -. Profesor Roccamora ¿cómo está esa roca? Mire que ya lo entramos.

Su respuesta fue apenas audible porque la voz le salió en falsete y debió toser para que pareciera normal. ¿Pero este médico – pensó – no tiene otra cosa que hacer en un momento como éste que mencionar “la roca”? No sabe que siempre relaciono esa parte de mi apellido con mi órgano. Siempre lo llamé “la roca”. Y lo invadieron los recuerdos de “sus aventuras”. Tuvo que asistir resignadamente al desfile indecente de muchachas alegres, bastante desprovistas de ropa, muchas de las cuales eran coladas a las que no había visto en su vida. Cerró los ojos y les suplicó que lo dejaran en paz.

Trató, entonces, de insistir en buscar ayuda en su querida filosofía. Descartes vendría muy bien. El maestro que rompió con el pensamiento medieval y dio el viraje hacia la conciencia... Pensó que iba a aparecer diciéndole “cogito, ergo sum”, pero el franchute venía escuchando atentamente a Spinoza, quien decía en voz alta “Vos la pasaste bastante bien, narigón. Hasta una reina te hacía el chocolate. A mí me persiguieron todos: los judíos, los católicos y los protestantes. Por eso aprendí que lo más importante de la filosofía es salvar el cuero hablando poco y oscuro. Primero el ser todo uno, después el tiempo y muy posteriormente el sexo, teniendo siempre cuidado de los fanáticos con cuchillo”.

¡¿Qué le estaba pasando?! Su pensamiento se estaba descarrilando. Ya no respetaba ni a los padres del saber. Emperrado, trató de pegar un salto hacia los filósofos más modernos. ¡Hay tantos! Kant, Hegel, Marx, Heidegger, Husserl, los de la modernidad y los de la postmodernidad, y los del nuevo siglo! Tenía que recordar que decían estos pensadores sobre ... Y se le paralizó el pensamiento. Su camilla se estaba moviendo nuevamente y el anestesista le estaba hablando.

- Ya estamos listos. No va a sentir nada. Sólo un pequeño ardor en su espalda y de a poco se va a sentir cansado y en un ratito se va a dormir totalmente. Déjese llevar, nomás

Asintió en silencio con demasiada seriedad. La cosa ya estaba jugada. Si me tocó la hora debo enfrentarla valientemente, como corresponde a un pensador, pero... ¿Y si después me toca la Nada? ...Me estoy dejando llevar por los caminos del pánico. Lo único que falta es que justo ahora me ponga a resolver si hay vida después de la muerte y si Dios existe.

Después de años de agnosticismo y de convencerse de que no hay respuesta para los máximos interrogantes humanos, se sintió algo más que ignorante y bastante asustado. Claro, una cosa es la teoría, la reflexión, mi biblioteca, la

clase con mis alumnos y otra cosa es que se trate en serio... de la muerte. De “mi” muerte. De “mi” deconstrucción. De “mi” cancelación.

¡Claro! ¡Como si fuera tan sencillo! Dejarme llevar ¿a dónde? Y aunque sólo sintió un pequeño ardor en su espalda, se imaginó al anestesista hurgándole la columna vertebral y vaciando en su interior una inmensa jeringa con un negro líquido oleoso. No puedo quedarme sólo con el miedo, masculló para sí. Tengo que pensar en otra cosa y no en que me puedo quedar en la anestesia. En un rato me voy a quedar dormido. Ya siento que me estoy yendo. ¿La muerte será parecida a esto? ¿Me estaré yendo en serio?

Como un reflejo le vino el recuerdo de la apuesta de Pascal, hecha para los agnósticos como él. La fuerte apuesta es que, si no se puede conocer de modo seguro la existencia de Dios, hay que apostar a que sí existe. La razón es que, si Dios existe, se gana la vida eterna; y si no existe, no se pierde nada con la elección.

Entre nubes apareció Úrsula Wolf, la filósofa que fundamentó los derechos de los animales, quien gritoneaba que la apuesta de Pascal era propia de un capitalista fullero, e indigna no sólo para la gente pensante sino hasta para los monos de cola colorada. A su lado, Judith Butler, la de la teoría queer, ondeaba una bandera de la ONU que decía “¡Sexuados del mundo aumentad los géneros! ¡Que cada uno pueda auto percibirse en uno o en varios!”.

¡Basta! – se sermoneó – tengo que comportarme como el Amo de mí mismo y no como un Esclavo de mi propio miedo.

Pero no le iba a ser fácil salir de los pensamientos oscuros. En lugar de los esperados filósofos amigos, que lo iluminaran, aparecieron, Freud llevando a Lacan en el manubrio de una bicicleta eléctrica. Estaban persiguiendo a Foucault, que les levantaba el dedo mayor. Uno le gritaba: “¡Es el padre, estúpido! ¡No hay más Dios que papá! ¡La Virgen es su profeta, neurótico!”. El otro se desgañitaba; “decilo en difícil, si no, no entienden”.

No pudo seguir. Todo se lentificó. Una suave modorra lo iba invadiendo. Sólo atinó a decirse, medio desesperado: Me estoy yendo... Espero volver. Tengo demasiadas cosas por resolver. La Biblioteca del Centro Pompidou le guiñó un ojo y le dijo: la mitad de mis libros dicen una cosa y la otra dice lo contrario. Al noventa y nueve por ciento de los libros, mejor olvidarlos.

De repente un ligero deslizarse como si estuviera sostenido en el aire lo alejó de la luz del quirófano y lo envolvió en una niebla tibia. Paso a paso se estaba acercando a la entrada de una especie de caverna. A lo lejos le pareció ver un resplandor. A su lado pasó, Platón, vestido de smoking, quien le susurró: “lo importante es la luz, no los reflejos, cavernícola”.

Oyó ruidos, vio colores claros y sintió un movimiento muy, pero muy extraño. Se estaba deslizando hacia abajo en una pendiente sin fin, que se mecía de

un lado para otro, como buscando un equilibrio. Luego silencio. Un largo y extraño silencio.

Ahora, voces graves estaban diciendo algo y lo repetían una y otra vez. Haciendo un esfuerzo entendió que llamaban a alguien insistentemente. A alguien que tenía que estar presente.

Al fin pudo identificar a quien llamaban. El llamado era claro: “¡Jesús! ¡Jesús! ¿Dónde está Jesús?! Ese era el insistente reclamo... Al final escuchó: “¡Ahí viene! ... ¡Jesús, vení!

Héctor Francisco Roccamora se achuchó del todo. Me morí sin darme cuenta, pensó. Había cruzado la frontera. Estaba del otro lado y ¡Jesús estaba viniendo a verlo!!!! ¡Jesús venía a buscarlo! ¡Se había salvado!

Lleno de angustia gritó sin que le saliera la voz: “¡Mamá, me vino a buscar Jesús! Mamá, vení, contale que me porté bien, que soy bueno. Decile a Jesús que...”.

El profesor Roccamora no pudo más. Las lágrimas inundaron sus ojos y taparon sus palabras, su corazón galopaba y a su garganta le costaba aspirar el aire que necesitaba.

Sus sollozos taparon los comentarios – más humanos – que había a su alrededor:

“¡Este Jesús, siempre el mismo!”

“Todos los camilleros son iguales, en vez de esperar en la puerta del quirófano, siempre se van a charlar con las enfermeras, y tenemos que andar buscándolos”.

“Che, Jesús, hace 10 minutos que te están esperando en el quirófano B”.

“Ya viene, doctor, se ve que estaba con camilla en una emergencia”.

El más curioso de los dichos provino de la instrumentista Liliana, que trataba de calmar al cirujano comentándole: “Che, doctor, con éste, ¿no se le habrá ido la mano al anestesista? ¡Mire, está llorando como un nene y sonriendo como un bendito!”.

El Padrino

- Chicos, dejen entrar a Juancito. Basta. Empieza a hacer frío...

Es la voz de mamá que una vez por mes nos reta y vuelve con su cantinela, mientras nosotros - serios y disimulando la voz- le contestamos a coro:

- No. Tenemos miedo. Es luna llena. Ya se le ven los pelos. No puede dormir con nosotros. Que duerma en el patio. Ya le pusimos el colchón allí... Mirá si se convierte.

La cosa termina con papá carajeando, mamá ayudando a entrar el colchón y Juancito diciéndonos todas las malas palabras que sabe a sus cinco años. Esto que pasa todos los meses, aunque parezca mentira, es el cumplimiento de una sentencia, que tiene una historia atrás.

Voy a empezar con algo que mi hermana Teresa, que ya está en segundo año de magisterio, dice que lo investigó, pero todos vimos que lo copió de la Enciclopedia Espasa Calpe Argentina, que está en la repisa del comedor.

Muy solemne nos leyó: "A mediado de 1907, un judío emigrante de Rusia le pidió al Presidente, el Dr. José Figueroa Alcorta, que apadrinara a su séptimo hijo varón. El Alto Magistrado aprobó la sugerencia de su secretario de tierra adentro que le aconsejó aprovechar el pedido y resolver que todos los séptimos hijos varones fueran ahijados del Presidente. Así se terminaría con la leyenda, existente en muchos lados que esos chicos son lobizones, las terribles criaturas que en las noches de luna llena se convierten en lobos y se comen a ovejas y pastores".

Algo que no mencionó mi hermana mayor, fue lo que nos contó el tío Alberto: La única forma de detener a esos forajidos es matarlos usando balas de plata, que los manda directo al infierno de los bichos.

Fue así que la historia de Juancito, nuestro séptimo hermano varón, no comenzó como la de todos con el nacimiento. Empezó antes.

Mamá estaba embarazada de nuevo. Para nosotros era una noticia muy buena: Se iba a quedar más tiempo en casa. Lo único malo era que Mario y yo, tendríamos que disimular más nuestras carreras de cochecitos de bebé en la

vereda de casa. Mario gana casi siempre, pero porque él ya tiene 10 años y yo ocho. Ojo, que cuando yo corro llevando a Armandito, el bebé más chico y con el coche más nuevo, la cosa se empata, pues él tiene que cargar con Luis que ya pesa como catorce kilos y grita como un marrano cada vez que agarramos una baldosa desapareja.

No fue un sábado más. Era mediodía. En el barrio todos salieron a la calle. Un ruido infernal. Cuatro grandes motos de la Policía Federal con las sirenas puesta al dolor de orejas, manejadas por uniformados agentes, todos con brillantes cascos blancos, entraron a los piques en la tranquila calle Pedernera al 300 en Lomas. Hasta las viejas, con el batón o delantal medio mojado, a las que les dio vergüenza salir así a la puerta, entreabrieron persianas y celosías para averiguar qué pasaba.

Hasta hubo un despistado que se fue a buscar la bandera para ponerla en el balcón. Los pilares de la entrada de casa y la parecita que los unía estaban recién pintados. El viejo había decidido tapar la leyenda que habían escrito los de la Unidad Básica y que hacía reír a los que pasaban. Justo ahí habían pintado “Hay que producir”.

A pesar de que estábamos a cinco o seis cuadras de la cancha de Banfield y a veces alguna hinchada grande pasaba cerca, nunca había habido tanto ruido. Hasta un colectivo 78, que pasa por la esquina, estuvo parado un rato con los pasajeros asomados a las ventanillas.

Los cuatro policías sin apagar sus motos aturdidoras, estacionaron unos metros delante de casa. El autazo oficial se detuvo en la puerta. Allí ya estaban papá, mamá y los abuelos esperando.

La ceremonia había sido en la Iglesia Parroquial. El padre Schell había dejado de lado la vieja pila bautismal que estaba a un costado y había dispuesto que el bautismo se realice en el altar mayor. Allí estaba, con una capa pluvial dorada, rodeado de dos curas que no habían querido perderse el acontecimiento, y de Mario, Rodolfo (mis hermanos) y yo que estábamos muy orondos con nuestra vestimenta, media arrugada de monaguillos. En los reclinatorios que se usaban para los casamientos iban a estar los cuatro: papá, mamá con Juancito en brazos y el famoso Dr. Valenzuela y su señora.

Cuchicheos y pequeños ruidos acompañaban la espera y rodeaban a la señorita Baliña que –anteojos a media nariz- estaba con el armonio listo y una partitura grande, llena de notas, preparada para cuando entrara la comitiva.

Papá, hace unos días atrás, le contó a mamá y al abuelo que había pasado un papelón en el Registro Civil. El empleado lo miró y le dijo: “espere que llamo al Jefe”. Al rato apareció un señor de anteojos que, poniéndose el saco, casi sin saludarlo, le dijo: ¡Pero usted se da cuenta que es el séptimo hijo varón!? ¡Es un ahijado del Presidente!

Hace rato que en casa vienen hablando y discutiendo el tema cuando creen que nosotros estamos jugando en el patio. Nosotros somos mi hermana Teresa, la mayor, Mario, yo y Rodolfo. De Eduardo para abajo no los contamos porque son muy chicos. Cuando los grandes terminan de charlar nosotros nos contamos lo que cada uno escuchó mientras pasamos para ir a la cocina, al baño o a buscar al perro. Papá casi siempre está colorado y mamá blanca.

Hablan en voz baja, aunque no estamos cerca. Parece que papá y mamá habían sido peronistas, pero desde que empezaron los problemas con la Iglesia, comenzaron a abrirse; sobre todo mamá que es profesora en el Colegio de la Misericordia de Belgrano. A papá no le conviene mucho que se sepa el cambio, pues tiene un puesto en Tribunales. Nos enteramos que tenían decidido que si nacía un varón se iba a llamar “Juan Carlos”. Carlos era el segundo nombre del papá de mamá y Juan por las dudas.

Por allí venía el papelón de papá en el Registro Civil. Parece que no dijo nada del número de hijos y cuando el empleado los contó, salió corriendo a buscar al Jefe. Cuando éste, ya con el saco puesto y esperando la clásica respuesta, escuchó que lo querían llamar “Juan Carlos”, la cosa se puso peliaguda.

- ¿No le van a poner Juan Domingo? Es un honor llevar ese nombre. ¡El General y su esposa van a ser los padrinos! ¿Cómo se va a llamar Carlos?! Ni que usted fuera un “contra”.

Desde atrás de la puerta escuchamos cómo papá, le contaba a mamá que no supo qué decir. El jefe escribió con letra grande en el formulario “Juan Domingo”. Mamá suspiró y dijo:

- Para nosotros va a ser “Juancito” y nada más – y agregó sonriente – No te preocupés que, si soy capaz de lidiar con siete indios, me voy a entender con mi comadre. Hasta soy capaz de pedirle que me enseñe a hacer el rodete o mostrarle cómo se hace para dar dos maderas al mismo tiempo.

De a poco nos fuimos enterando que el Presidente no va a esos bautismos, pero designa personajes muy importantes para que lo representen. Para Juancito fue designado el Dr. Rodolfo Valenzuela, que nos enteramos era Juez de la Corte Suprema, ex constituyente en el 49 y reconocido partidario del peronismo y de Evita y... ¡Presidente de la Confederación Argentina de Deportes!

Papá en Tribunales y mamá en el Colegio de las monjas, cambiaron caras serias por sonrisas y se prepararon para el bautismo, y la importante visita que recibirían. Entre las tareas difíciles estaba la de mantener ese día en orden a los varoncitos y a la nena, que había tenido que soportar detrás de ella la seguidilla de salvajes, a quienes tuvo que enseñarles a jugar al fútbol por falta de una hermanita con quien tomar el té con las muñecas.

Fue a papá que se le escapó en la mesa que el que iba a venir en lugar del Presidente, era también el Jefe de la Confederación de Deportes. Viendo el brillo que iluminó nuestras miradas y conociéndonos, el viejo rápidamente agregó.

-Ojo ustedes con pedir algo. ¡Ni se les ocurra! Saludan como les enseñamos y en silencio se van a jugar a la puerta, sin ensuciarse la ropa, porque tienen que volver a saludar cuando esa gente se va. ¿Entendido?

Nuestro rápido y unánime asentimiento mostró que estábamos dispuestos a hacer todo lo contrario. Cuando hablamos entre nosotros a la noche quedó definido que íbamos a pedir camisetas de Boca para todos y una pelota número cinco. No costó mucho callarlo a Rodolfo que decía que él era de San Lorenzo. Mario se lo explicó clarito:

- No compliques la cosa. El pedido tiene que ser fácil. Somos muchos. La camiseta de San Lorenzo se la pedís a los Reyes y chau.

La réplica de que faltaban una punta de meses para el 6 de enero, fue llamada con un codazo liviano, que me avergüenzo de haber deslizado hacia mi hermano menor, que aceptó la jerarquía de las ideas. Todos juramos y besamos la cruz que hicimos con los dedos que no íbamos a hablar del tema con nadie. Rodolfo a veces volvía con su queja de que no se iba a poner nada la camiseta de Boca. La respuesta era doble y siempre la misma: que la usara al revés y que, si no le gustaba “más pasto para mi caballo”. Las miradas que iban junto a estas palabras aseguraban el silencio por un tiempo.

La ceremonia del bautismo fue larga. Los tres más grandes estábamos acostumbrados a hacer de monaguillos. Con ansia esperábamos los sábados. Ese día había casamientos y los padrinos eran asediados por nosotros a la salida. Las propinas conseguidas se convertían en pizza y fainá en “Los Maestros”, a una cuadra y media de la Iglesia.

Teníamos un enemigo artero: el sacristán. No nos soportaba y hacía las mil y una para atacarnos ... o quizá para defenderse. La guerra sin cuartel había empezado cuando Mario, tratando de cazar unas moscas rebeldes, tiró a más de cinco metros todas las vinajeras que el Sacristán tenía preparadas y que llenaron la sacristía de vidrios chicos y olor a vino dulzón.

El tipo se llamaba Jesús (¡!) y era valenciano. ¡Se volvía loco cuando le cantábamos “¡Valencia, ciudad de los porotos y el botín cuarenta y tres!” Nunca supimos por qué y jamás nos atrevimos a preguntarle.

La caravana llegó por la Avenida Irigoyen, dobló por Sáenz y se detuvo frente a la Iglesia. Allí estaban mamá y papá esperándola. Todo estaba preparado. Cuando el sacristán Jesús, tocó una campanilla, el padre Schell se acercó a la entrada para saludar ceremoniosamente a los padres y padrinos e inició la procesión que se dirigió lentamente hacia el altar mayor. Todas las luces iluminaban la iglesia y el armonio de la señorita Baliña la llenó de alegría. La señora de Valenzuela se

acercaba para ver el bultito que le acercaba cariñosamente mamá. Todos de pie sonreían y comentaban en voz baja.

El padre Schell habló como él sabe. Hizo emocionar a todos, especialmente a las madres. Juancito, de vez en cuando decía ajó y todos se emocionaban. La señora de Valenzuela lo tuvo en brazos para que le echaran el agua bendita y cuando le mojaron la cabeza, gritó tanto que la mujer lo puso a una distancia prudencial. Parecía que tenía miedo de que la mordiera o le desgraciara el vestido de tul que se había puesto.

Mientras todos salían y comenzaban los saludos, nosotros nos sacamos las sotas coloradas, los roquetes, las capitas y dejamos todo tirado. Jesús no estaba y queríamos ver lo que pasaba en el atrio, pero allí el viejo, con gestos duros, nos mandó derecho a casa. Corrimos y por suerte llegamos antes que el coche y las motos.

De la “Recepción” como lo llamaba la abuela, vimos poco. Sabíamos que habían contratado a la Confitería Laporte de la Avenida, la más conocida de Lomas. Se olían cosas ricas, pero a la distancia, porque nos pusieron en fila, saludamos como nos habían insistido y fuimos rápidamente arreados hacia la puerta. A mi hermana la dejaron participar y nos miraba sobradora.

Pero no le duró mucho la coronita porque la mandaron a que nos atendiera. Nos arreglaron con naranjada y unos sanguchitos de miga, todos fifí, que por suerte eran muchos.

Cuando terminamos nos acercamos a las motos. Los policías estaban concentrados comiendo lo que les habían acercado y fueron bastantes pacientes en dejarnos tocarlas, pero no hubo caso de que pudiéramos subir. Lo máximo que logramos fue que uno la pusiera en marcha y acelerara con todo. Nos hizo temblar.

Un secretario, muy simpático, se nos acercó y empezó a charlar con nosotros. Después de preguntarnos en qué grado estábamos, cayó en la única pregunta que deseábamos. De qué cuadro éramos. La cosa fue fácil. Dijimos lo nuestro (con pelota incluida) y el tipo, muy serio, anotó en una libreta. Mientras lo hacía, le preguntamos si era de la Confederación de Deportes. El orgullo le salía por todos lados. Nos confirmó que allí era ¡funcionario! y que iba a haber camisetas para todos: Siete camisetas de Boca y una pelota Superball número cinco. En una semana iba a llegar el paquete.

Para nosotros allí empezó la fiesta. La salida del personaje y su esposa, ni la marcha de los motociclistas, nos distrajo. Lástima que duró poco. Nos traicionó la inocencia de Eduardito que a los gritos preguntaba si la camiseta no le iba a quedar grande. No les costó mucho a los grandes, con sus interrogatorios, aprovechándose especialmente de los más chicos, descubrir la verdad de nuestra falta al compromiso de no pedir nada.

Cuando papá confirmó esa terrible traición, se le fue la sonrisa fija que tenía desde la mañana y se le fueron para el hígado las cosas ricas de la confitería Laporte, que apenas había picado. Sus palabras fueron duras y nos aseguró un castigo ejemplar, que fue recibido por nosotros, en silencio, miedo y con rechazo por el tono feo y mandón que mostraba.

Por suerte mamá aflojó la situación trayendo una bandeja que había reservado para cuando se fueran las visitas y el viejo se unió a la avalancha de la familia sobre cosas muy ricas y ya pagadas. Después se concentraron en admirar la medalla de oro que le mandaba el Presidente a su nuevo ahijado y donde estaba escrito que el Presidente de la República, el general Juan Domingo Perón y su señora esposa, doña María Eva Duarte de Perón eran los padrinos de Juan Domingo.

Todo esto que les he contado es para que entiendan lo del colchón de Juancito en el patio. ¿Ustedes creen que eso del castigo de sacarlo de nuestra pieza es sólo por lo del lobizón que se convierte en lobo durante la luna llena? Sí y no.

Hay un detalle que no les conté: las camisetas y la pelota número cinco: ¡Minga! Nunca llegaron. Seguro que fue una chantada del funcionario, o se las olvidaron en algún lado o tuvieron un destino distinto. Pero si uno mira esa tremenda desilusión en plena niñez: ¿Quién tiene la culpa? ¿El Presidente Perón? ¿Evita? ¿Los Valenzuela? ¿El secretario fanfa? O Juan Domingo, alias Juancito, el ahijadito, el más chiquito, el mimado de mamá, papá, los Valenzuela y los Perón... El lobizón de la familia.

La sentencia del tribunal de los hermanos - a pesar del voto en contra de nuestra hermana - fue por unanimidad: Juancito es el único culpable de las camisetas y pelota ausentes. Si no vinieron es porque a pesar de tanto bautismo, sigue siendo Lobizón. Ni Perón lo salvó. Entonces hay que cuidarse de él en las noches de luna llena. No hay bala de plata por ser hermano, pero él y el colchón, al patio.

Mi hermana Teresa, como perdió la votación, dijo que apelaba la decisión. Pero... ¿A quién iba a apelar? ¿Al Padre Schell? ¿Al Presidente Figueroa Alcorta? Como estaba enojada discutió feo.

- Lo del Lobizón es pura leyenda, tarados – nos dijo en la cara –.

- Vos repetís lo que dicen los grandes porque te creés que ya sos grande – le respondimos –.

- Es una leyenda para asustar a los chiquitos como ustedes.

- ¿Leyenda? El tío Alberto en Curuzú vio a un lobizón cuando se escapaba con dos ovejas colgándole de los dientes – le contestamos con bronca –.

- El tío Alberto les contó eso para asustarlos. Es como la leyenda del Hombre de la Bolsa, que usan los grandes para que los chiquilines- bebés como ustedes se porten bien.

- ¿Y si es una leyenda la del Hombre de la Bolsa – le chantamos – por qué cuando pasa el viejo papero de la otra cuadra con la bolsa al hombro, te cruzás de vereda y venís corriendo a casa y te escondés en el baño?

Por suerte nos llamaron a tomar la leche y la cosa no pasó a pelea, pues ella seguro que nos casca a todos, aunque nosotros somos un montón.

En casi todos lados, la leyenda del Lobizón se habrá convertido en pura leyenda, pero no para nosotros ni para el pobre Juancito, que viene luchando desde hace rato contra su alejamiento (con colchón incluido) en las noches de luna llena.

Hasta ahora sus hermanos varones, una vez que la luna se nubla o no se ve desde casa, lo recibimos con cariño y le aseguramos que si descubrieron la vacuna contra el sarampión por ahí descubren una contra el lobizón.

Lástima que estas muestras de puro afecto fraterno son sólo respondidas con malas palabras – cada vez peores – que nuestro querido lobizón, va aprendiendo con el correr de las lunas.

Sansón y Ella

Ella vive en la calle Carlos Calvo a dos cuadras y media de mi casa. Su gato es conocido en el barrio porque Ella lo deja en el balcón que da a la calle y el felino duerme todo despanzurrado en las más originales posiciones. Yo no lo miro mucho desde que un muchacho, con pinta de intelectual, al cruzarse conmigo comentó “es un gato Kamasutra”.

Algunos vecinos a Ella la denominan con un calificativo aumentativo que es descalificatorio, y sin ningún respeto por el INADI y sus controles antidiscriminatorios, a voz tranquila afirman que es “la gorda”. Honestamente, no me gusta caer en ese adjetivo desvalorativo. Haciendo un esfuerzo me pareció hallar una salida mencionándola como “la nada delgada” o “la poco flaca”. Pero, me parece que la intención es buena pero el resultado retorcido y no usual.

No sé cómo puedo ser “polite” y mencionarla sin hacer referencia a su físico destacado y por ello, sin entrar en algún tipo controversial y degradativo. Por cualquier cosa, aclaro que no es un problema de sexo, género o similar. Lo mismo me pasaría si se tratara de un muchachote muy entrado en carnes.

Se me ocurrió llamarla “la gordita”, esperando que el diminutivo afectuoso disminuyera el peso de la idea, pero se me cruzó que podía rememorar algún bullying escolar o de postgrado oficinesco. Por eso, lo pensé mejor y creo que para superar la cuestión voy a referirme a ella sin mencionar ningún adjetivo calificativo o descriptivo. Ella va a ser “Ella”.

La cosa sucedió bien temprano, a la hora en que salgo a caminar, un poco por recomendación de la Organización Mundial de la Salud, otro poco por consejo de mi cardiólogo y casi todo por expresas órdenes de mi mujer, que sigue durmiendo a pierna y muslo suelto mientras yo transpiro.

Iba lo más campante, estaba por llegar a segunda cuadra cuando oí un maullido extraño contestado por otro más extraño aún. Me imaginé una parejita de gatos a los que no le había alcanzado la noche para hacer sus conciertos procreativos. A esa hora de la mañana realmente sonaba indecente, casi exhibicionista.

Los raros sonidos provenían de abajo de un coche estacionado. No parecía el mejor lecho para el amor, por lo que mi vista se dirigió con cierta curiosidad en esa dirección.

¡Y allí estaba Ella! La entreví agachada hasta donde su cuerpo se lo permitía, maullando una y otra vez. Desde la otra punta del coche recibía respuestas de la misma naturaleza.

Al acercarme me encontré con lo que más sobresalía de Ella, que no era precisamente su cabeza. ¡Mi abuela!, exclamó todo mi ser. Espectáculo inusitado, de dimensiones alarmantes si uno viene medio distraído. Superado el fuerte shock, hice caso omiso de mi subsiguiente desorientación y superando pensamientos y mociones atávicos, me animé a musitar:

- Buen día...

No sé si Ella me oyó, pues continuaba el diálogo de maullidos contestados con maullidos. Cuando estaba por hacer mutis por el foro de la vereda, vi que su cabeza se erguía – seguro que para poder respirar – y en la mitad de un maullido, susurró:

- ¡Sansón, vení con mamá!! ¡Sansón, por favor!

Mientras volvía a los maullidos se zambulló en posición de oración musulmana hacia el suelo, con la robe de chambre, que le quedaba escasa por donde se la mirara y sin reparar que yo estaba detrás.

Eso fue mucho para mí. Me pareció que San Telmo tremolaba. Sinceramente me dio como vértigo. Inconscientemente me corrí para atrás. No me fue fácil sobreponerme. Por suerte se impuso mi decisión de no parecer un simple mirón de paso y haciendo un esfuerzo de entereza, susurró:

-Qué le parece si yo voy a la otra punta del coche y lo asusto un poco al gatito. Seguramente va a ir hacia usted.

Ella estaba ausente. Seguía con los maullidos que tenían un timbre de llamada amorosa. Los que Sansón le contestaba sonaban despreciativos e indiferentes.

A pesar de la no invitación me fui a la otra punta del automóvil y me agaché. Sansón estaba cerca. Era más grande de lo que imaginaba. Al verme se encogió como un tigre pronto a saltar, se le erizaron los pelos y me maulló feo. Al tomar distancia prudencial entendí que en su lenguaje me decía que los de afuera son de palo, que no me metiera donde no me llamaban y que para el poliamor se necesita invitación.

Sacando fuerza de mis tripas superiores y con mi mejor voz seria le dije, sin gritar “¡Fuera, Gato!”. Me miró mal, muy mal y el largo maullido agresivo que me dirigió vino acompañado de mostración de uñas afiladas y colmillos como de inyección de vacuna equina. Para no mostrar mi susto miré por debajo del coche hacia la otra punta.

No fue fácil. Primero me golpeé la cabeza con el paragolpes. Y segundo, pero no menos importante, constaté que no estaba preparado para recibir la visión de la robe de chambre entreabierta. Casi me olvido del gato. Tuve que pestañear varias veces para perder la visión doble. Me costó cerrar la boca.

Me levanté y para disimular tomé para asustarlo una rama que estaba en el suelo. Cuando me estaba por agachar de vuelta me di cuenta que en la vereda de mi lado estaba Silvia, la diariera, que con extrañeza me miraba. La saludé como si no pasara nada y me contestó el saludo con un breve cabeceo. Se quedó un segundo junto al coche mirando hacia mí y hacia la otra punta. Sin decir palabra, acomodó sus diarios y siguió con su reparto. Estoy seguro que a los pocos pasos se dio vuelta para asegurarse que no era una visión.

Comencé a mover la rama cerca del gato, quien haciendo oídos sordos a los cariñosos maullidos que lo convocaban a deponer la huida, se puso a jugar tratando agarrarla y morderla. En eso escuché la voz casi llorosa de Ella. Era un susurro suplicante.

- Sansón, vení, por favor. Estoy casi en bolas, Sansón.

- Dale, Sansón. Andá con tu mamá – me salió decir–. No ves que está desesperada.

Por el rabillo del ojo vi un par de zapatillas a mi lado. De costado di vuelta la cara y vi a Santiago, el vecino de enfrente de casa, quien siempre está cuidando que todo ande en orden el barrio. Iba a saludarlo, pero se fue a la otra punta del coche. Tardó en volver. Vino con las cejas levantadas y la mirada un poco estrábica. Me hizo un gesto con la mano, que no sé si fue saludo, despedida o qué, y desapareció.

Volví con mi ramita al michifuz, pero sentí una voz que hablaba sobre los maullidos.

- ¿Pasa algo, jefe? ¿Necesita ayuda?

Era un muchacho en una bicicleta de reparto que mostraba que era un bien nacido. Apoyó la bici contra un árbol y se vino hacia mí con cara de preocupación.

- Andá a ayudar a la señora – dije entrecortadamente, mientras le señalaba la otra punta –.

El pibe se acercó. Miró, se agachó y como un resorte se levantó y fue a buscar la bicicleta. Se subió a los piques y mientras se alejaba, me gritó.

- Estoy en pareja. Mi mujer espera un chico para marzo. Mejor me voy. No puedo. Prometí...

Y no escuché lo que había prometido porque había parado un coche con dos tipos adentro, que empezaron a los bocinazos irrespetuosos y celebratorios en horas de la mañana temprano. Le hice gestos de todo tipo para que la pararan y se fueran.

Los atorrantes, a las carcajadas, me levantaban los pulgares y hacían gestos irreproducibles señalando a Ella.

Cuando, haciendo oídos y vista sordos y ciegos a los impresentables me agaché de vuelta, vi que el gato no era incólume a los bocinazos: después de un momento de pánico, dio un salto y corrió desesperadamente hacia donde estaba Ella y se zambulló en los pechos generosos que lo recibieron maternalmente.

Sólo vi la parte de atrás de Ella. El robe de chambre se bamboleaba al viento y cubría lo que podía de esa retaguardia que corría feliz hacia la puerta. Me pareció que Ella y el gato ronroneaban, pero la escena fue tapada por los aplausos de los del coche, que no se fueron hasta que cerró la puerta.

Cuando llegué a casa mi mujer me preguntó cómo había sido la caminata esa mañana. Sólo atiné a contestarle

- Como siempre, vieja. No había nadie en la calle.

Grupo de terapia

TERAPEUTA: ¿Comenzamos?

SERGIO - ...El cuento de la buena pipa... Eso es lo que me hace esta mina. Me vuelve loco.

DANIEL - ¿Qué decis? ¿Cómo era eso del cuento de la buena pipa?

SERGIO - ¿Querés que te cuente el cuento de la buena pipa?

DANIEL - Ah, cierto. ¿Tendrá algún final ese cuento?

SERGIO - Yo no te dije “Ah, cierto. ¿Tendrá algún final ese cuento?” Te dije Si querés que te cuente el cuento de la buena pipa.

DANIEL - Dale, ¿cómo termina, che?

SERGIO - Yo no te dije “Dale ¿cómo termina, che?” Te dije si querés que te cuente el cuento de la buena pipa.

DANIEL – En serio. ¿Cómo termina?

SERGIO - Disculpame es que ando mal. ¿Vos creés que digo en joda que con esa mina siempre es el cuento de la buena pipa? Cada vez que le pregunto qué pasó con los muebles que estábamos comprando para casarnos, o sobre los libros antiguos de mi viejo que le presté, o con la caja de ahorros que teníamos en común, me sale con que estuvo muy deprimida. Lo único que me repite es “¿si estuve deprimida cómo querés que me acuerde? O sea, el cuento de la buena pipa.

DANIEL - No te entiendo.

SERGIO – Yo no te dije “no te entiendo”. Dije si querés que te cuente el cuento de la buena pipa.

DANIEL - ¡Ufa!

SERGIO – Es que siempre me contesta “¿Qué querés? Estuve deprimida”.

RAQUEL - ¿Por qué no empezamos la sesión? Yo vengo bastante cargada con un sueño que tuve.

SERGIO - Así me siento yo. Cargado y cagado. Le pido que hablemos y aclaremos este tema y me repite que estaba deprimida. Le pido que veamos qué le pasó en la depresión y me sale con que no se acuerda, porque estaba deprimida... Siempre el cuento de la buena pipa.

RAQUEL - Ustedes saben que soñé que se me aparecía...

DANIEL - Raquelita, dejá que siga con el cuento de la buena pipa. ¿Vos no querés saber cómo termina el cuento de la buena pipa?

RAQUEL - ...Soñé que estaba en el colegio de monjas donde estudié y que de repente aparecía un cura... o un demonio.

PAULA - ¿Tan jodidos te parecen los curas que se te confunden con demonios?

RAQUEL - No... Parecía un demonio disfrazado de cura. Y me ponía frente a la cara un crucifijo. Pero no era una cruz normal. Era... me da vergüenza decirlo.

PAULA - Dale, nena que acá debemos contarnos todo sin vergüenza. Para sinvergüenzas están estos que hablan sólo entre ellos.

RAQUEL - Es que tenía forma de... ¡Era un pene!

PAULA - ¿Cómo un pene? Vos mezclás todo. ¿Era un cura o un demonio? ¿Era una cruz o un pene? Que yo sepa el pene no tiene forma de cruz.

RAQUEL - Era un pene invertido. Al revés, apuntando hacia abajo, pero con los testículos arriba. ¡Parecía una cruz!

DANIEL - Esta sí que es una buena pipa. Este cuento es mejor que el tuyo Sergio.

TERAPEUTA - ¿Por qué no asocian un poco con estas cosas?

RAQUEL - A mí me da asco el sólo recordarlo... y miedo. Me quedé dura.

DANIEL - Dale Sergio, asocia lo que dijo Raquel con la buena pipa. Por ahí vos también te quedaste así. Si se juntan lo que dicen los dos sale un nuevo cuento. El cuento del buen pene.

SERGIO - Si asocio con buena pipa no me viene nada a la cabeza. Sólo un cuento.

RAQUEL - Estaba para abajo y el cura o demonio me miraba y se sonreía. Yo quería escaparme.

SERGIO - Ella siempre se escapa. No se acuerda lo que le pasó... El cuento de la buena depresión. La salida sería abrirme. Pero no puedo sacármela de encima.

DANIEL - No es mala posición.

SERGIO – Y cuando la dejo, la extraño. Y vuelvo con ella.

DANIEL – Eso se parece más al cuento de la Gata Flora que al de la buena pipa.

RAQUEL – Ahora me acuerdo más. Era un cura que me mostraba una cruz. Yo estaba por besarla y entonces me di cuenta que era un demonio disfrazado de cura, que se reía... y me acercaba... lo que traía en lugar del crucifijo.

SERGIO – Siempre sale con lo mismo. Yo necesito saber lo que pasó. Y lo que va a pasar entre nosotros.

DANIEL – Sos un cándido, Sergio. La mina se gastó la guita, vendió los libros y ahora te viene con un cuento.

TERAPEUTA – Parece que el cuento de la buena pipa no tiene final y que en lo que cuentan Sergio y Raquel hay una estafa en el medio.

SERGIO - ¿Vos decís que la estafaron? Muchas veces pienso eso. Que se aprovecharon de su depre y la estafaron. O que la estafaron, pobre, y se deprimió ... Y yo jorobándola con que quiero saber.

RAQUEL - ¿Qué estafa? ¡Me quería violar! No sabés cómo me miraba. Un asqueroso total.

SERGIO - Se deprimió en serio. Estuvo mal. Parece que casi la internan. Yo me enteré por unas amigas. Ella no quería contarme para que no me preocupara.

DANIEL - ¿No se habrá gastado la guita con ellas? A veces los amigos están para ayudar y otras para divertirse. Yo una vez conocí a un tipo más vivo todavía. Se gastó la guita de la familia con los amigotes y después, recuperó la guita pechando y haciendo llorar a todo el barrio con el cuento de que la vieja se estaba por morir.

SERGIO - Estuvo mal. Casi se le caen los dientes...

DANIEL - El que no cae sos vos.

TERAPEUTA - ¿Qué piensan los demás?

JOAQUÍN – Yo no entiendo qué tiene que ver el cuento de la buena pipa con el sueño de Raquel. Lo de Sergio me parece que es porque está enganchado con una mina con problemas. Y lo de Raquel, para mí, tiene que ver con la represión que existía comúnmente en los colegios de monjas al que iban sólo chicas. Para mí no hay nada más.

MARCELA – Me parece que lo que vos decís, Joaquín, está bien; pero aquí venimos a ver si no hay otra cosa. Yo creo que la chica puede haber tenido un problema muy serio que por ahí no puede contárselo a Sergio. Un embarazo, por ejemplo. Vos no sabés lo que cuesta zafar y no te cuento recuperarte después.

Por ahí, te agarra una depre que ni te cuento. Sin ir más lejos, muchas veces no se sabe bien de quien es. Una chica de la oficina...

DANIEL – ¡Pará! Vos le estás diciendo que la mina es una puta. El pobre tipo anda loco con el cuento de la buena pipa y vos le enchufás el cuento del buen cuerno.

MARCELA – Yo no dije eso. Ustedes saben de esto. No va a ser la primera vez que los hombres engañan casi por diversión. No lo digo por vos, sino en general. Vos sabés, Sergio, que yo te quiero, pero cuántas veces escuchamos de ustedes aventuras de “los muchachos piolas”. Quizá ella...

SERGIO - Yo nunca le fui infiel. Nunca le metí los cuernos. No necesité. En serio. Y creo que ella tampoco.

MARCELA – Yo te creo. De vos estoy segura. Ahora, a tu novia no la conozco. Lo importante es que vos estés seguro.

PAULA - Dicen que a seguro se lo llevaron preso. Lo que sí es verdad es que muchos curas son demonios disfrazados. A mi prima Laura, sin ir más lejos, un cura...

RAQUEL – Era un sueño, pero ¡tan real! Hasta me parece que la cara del cura o demonio era de alguien que conozco. La cara me es familiar.

TERAPEUTA - Y vos, Romina, ¿qué pensás?

ROMINA - A mí estas cosas que tienen tanto contenido sexual me parece que deben ser tratadas con mucho cuidado y respeto. El sexo sin amor no es bueno. Hay cosas que se tienen que hablar seriamente y en voz baja. O no hablarlas directamente.

SERGIO - Yo trato de hablarle, pero siempre me contesta que estaba deprimida.

ROMINA – Yo hablaba de las cosas sexuales.

SERGIO – Y de sexo cada vez peor. Siento que siempre hace lo mismo y yo termino haciéndolo igual. Muchas veces prefiero dormir para no pensar en el cuento de la buena pipa.

Daniel – De la mala pipa. Si la cama sólo sirve para dormir, mala señal.

RAQUEL – (A la terapeuta) No entiendo por qué decís que en el sueño hay una estafa. ¿Estafa dijiste?

MARCELA - Porque te quieren dar gato por liebre, piba. Cruz por....

RAQUEL – Yo no soy una adolescente, pero me puse loca. No me esperaba un cura - demonio ni que en una cruz tuviera forma de...

ROMINA – No digas más esa palabra, por favor. Me pone nerviosa.

DANIEL - ¿Y cómo querés que llamemos al pene? ¿Pitito? ¿Cosita de mamá?

ROMINA – A veces me dan ganas de irme del grupo. Me quedo porque aprendo, pero hay cosas que no me gustan.

DANIEL - ¿Aprender? Sí. Tenés razón. A mí me hace pensar, por ejemplo, que no sé qué haría si en un sueño se me presenta una monja teniendo en la mano, en vez de un pene...

ROMINA - Pareciera que lo hacés a propósito. Por favor, respétame. No se juega con esas cosas.

JOAQUÍN – Me parece que Daniel no quería jugar ni molestarte.

PAULA - A veces te ensañas, Daniel. En algunos momentos pareciera que ustedes los varones nos toman a las mujeres como objetos. Pienso que es porque les falta algo para ser sujetos. Sería mejor que hablaran en serio.

DANIEL – No, Paula. Nada que ver. Disculpame si te molesté, pero aquí venimos a decir lo que uno piensa.

ROMINA - Sí, pero a veces pareciera que lo hacen para jorobarme.

JOAQUÍN - No lo tomes tan a pecho, Romina.

DANIEL - Linda metáfora la tuya... y muy oportuna.

ROMINA - Hay temas que merecen respeto. A ustedes un poco de silencio no les vendría mal.

TERAPEUTA -Falta muy poco para la hora. ¿Qué les parece si comentamos un poco lo que sucedió hoy? Al principio apareció el cuento de la buena pipa, después una escena muy sexual, luego una estafa y al final un pedido de silencio. ¿Habrá alguna relación entre ellos?

JOAQUÍN - En el fútbol cuando piden un minuto de silencio es porque murió alguien. Me parece que a veces a algunos amores hay que ayudarlos a morir. Si no te matan.

SERGIO - En un tiempo estaba muerto por ella. Ahora me siento muerto y como atado.

DANIEL – Raquel diría que te sentís crucificado a esa pendex... y a la buena pipa.

RAQUEL - No entiendo nada. (A la terapeuta) ¿Vos decís que lo que soñé es un cuento? No, era algo muy real. Todo estaba lleno de sexo. Bueno, el sueño, ¿no? Porque fue sólo un sueño. ¿O vos decís que no fue sólo un sueño? No entiendo bien. ¿Vos decís que es un cuento? ¿Me podrías repetir lo que dijiste?

TERAPEUTA - La pregunta sería si se podrá salir de los cuentos - sueños de la buena pipa.

DANIEL - La única manera es mandar al carajo al que te cuenta el cuento.

SERGIO – El problema es si el que te cuenta el cuento sos vos mismo.

TERAPEUTA – Bueno, seguimos en la próxima.

Vivan los novios

Desde que entré y vi las mesas preparadas me vinieron ganas de comentar el tema de que las distintas mesas de los casamientos reflejan las etapas de la vida.

Pero vayamos al principio. La cosa empezó temprano cuando me quise poner el traje y estaba buscando una corbata. Mi mujer fue concisa:

- ¿Cómo vas a ir con traje?! Ponete algo sport elegante. Usá la remera azul que te regalaron para tu cumpleaños.

Iba a retrucarle, pero pensé: las cosas cambian, la vestimenta también, y a otra cosa mariposa. Al rato, con la remera indicada estuve – como siempre – quince minutos esperándola desde que me dijo que ya estaba lista: Visita al baño, última revisada de cartera, ajuste y cambio de aros frente al espejo, luces, gas, llave, “no me apures” y salimos.

Después de un viaje interminable, llegamos al lugar del casamiento. Zona norte, caserón cuadrado, modernoso, de nuevo rico. No gran cosa. ¿Será un hotel o un salón para fiestas?

La recepción es el comienzo ideal para superar la pesadez que me trae esta clase de reuniones. Como todo es saludo y besuqueo, yo aprovecho para escabullirme y conseguir una copita de vino. A veces hasta logro un buen whisky, sin que mi mujer tenga tiempo de empezar con el cantito de ya llevo la cuenta. Pero aquí: nada. Esta recepción parece que es virtual, como casi todo en los últimos tiempos.

Después del consabido abrazo a media familia y de eludir, con cuidado, una avalancha de nenes ya grandecitos que corrían como superhéroes, llegué a la mesa que nos tocaba. Observé que era la única que no tenía botellas de vino. Después me corregí: la de los chicos tampoco.

Estaban ya sentados algunos hermanos y cuñadas. Nuevos besos y me presentaron a dos matrimonios. Me imaginé que eran de la familia de la novia.

Y ahí me vino la duda. ¿El de nuestra familia que se casa es el novio o es la novia? ¡Qué despiste! Me olvidé de averiguar. Ya se va a aclarar – pensé- y a hacer lo que hacen todos.

Al lado mío está sentada mi nueva cuñada, la italiana. Simpática, charleta, elegantona. Creo que en su cuarta libreta del civil. Pero, en fin, no es asunto mío. La cosa es que le guste al tarambana de mi hermano. Para hacerme el canchero y

un poco el culto me puse a hablarle en italiano. Ya andaba por el tercer párrafo que rebotaba en la cara de la “signora” sin mensaje de retorno, cuando pasó a mi lado una chiquilina - creo que es sobrina o sobrina nieta - quien al pasar me susurró:

- Tío: Es portuguesa. No italiana. Pone cara inteligente pero no te mangia niente. Si es para joderla, está bien, seguí. Nos tiene a todos podridos con Cristiano Ronaldo.

Con mi mejor sonrisa y dándome vuelta como quien ya terminó el saludo, me uní animadamente a la charla que sostenían en el otro costado, otras dos cuñadas, la de los colgantes y collares revoleados, con la de las túnicas hindúes; ambas disimulando algunos ravioles que eludieron pilates. Al rato de escucharlas, sentí que se me encogía el colesterol malo frente a tanto remedio naturista, astringentes con ácido miaulurónico (¿?), mezclado con puzzles gestálticos, sudokus y crucigramas para no perder (¿toda?) la memoria. Decidí silenciar esa oreja.

Parece que la comida es autoservice. En eso se ahorran unos cuantos mozos y pesos, pero joroba la paciencia de todos que, con el cuento de que cada uno se sirva lo que le guste, terminamos comiendo lo que encontramos y tentándonos con cosas que, después no sabés cómo hacer desaparecer del plato porque tienen gusto a comida de gato celíaco.

Lo de siempre. Los viejos llegamos tarde y estoicamente sonreímos a los que piden permiso volviendo cargados con unos platos como para alimentar un batallón bulímico. Los chicos revuelven las fuentes, corren y me empujan lejos del vitel toné al que le había echado el ojo. Pero al fin, me acerqué y logré armarme un buen plato, que va a eludir exitosamente el régimen al que me someten mi clínico y mi mujer. El médico no fue invitado, pero ella, sí. Ya percibo en el medio de la nuca una mirada densa que me hace temer la confiscación del plato.

Está rico. Conseguí algo de vitel toné y un poco de lengua al ajolio. Trato infructuosamente de que no se me junten. Falta pan para la salsa y un poco de sal. Cuando ya lo estaba bajando con un tercer vaso de jugo sin azúcar, junté fuerzas, le acerqué un billetito a una chica que parece que es la moza que nos atiende - a mi entender vestida demasiada paqueta - y le dije:

- Nena, trae una botellita y ponela por aquí. O al menos un par de copas de tinto. Pan y un salerito, por favor.

- No me gusta que me llamen nena. Nosotras somos de la familia. Ayudamos, pero no somos siervas –me dijo mientras tiraba el billete sobre el mantel -. La mesa de los abuelos está declarada “alcohol free”. Si querés te traigo una cerveza sin alcohol.

Haciendo un esfuerzo me aguante el retrucarle “La cerveza esa te la metés donde te guardás a los abuelos” pero triunfó la educación sobre mi mal genio, que sólo me permitió volcar disimuladamente la copa de la portuguesa. Hubo desbande y un poco de acción, que estuvo a cargo de la moza (¿familiar?), que no dejaba de

clavarme su par de ojos duros de tanto achicarlos, mientras secaba con una servilleta tras otra el lago verdoso. Parece que la naifa no se tragó lo del descuido y olfateó venganza de veterano resentido.

Resignado a la abstemia me concentré en silencio a disfrutar de mi plato, cuando me volvió lo de comparar las etapas de la vida con las mesas de los casamientos. Miré a lo lejos y vi la mesa de los más chicos. Están todos colorados de correr como locos, no se quedan quietos y se atiborran con bebidas cola y porquerías llenas de grasa, ante la mirada ausente de sus madres -militantes de la panza chata- que aprovechan para charlar un rato con sus amigas. Claro que a cada rato una de ella se les aproxima, pone cara cabrera y exige un poco de orden ¡Caramba, che!

Esta primera mesa coincide con la primera etapa de la vida, donde están los que comienzan tíbiamente el valiente desafío de separarse de los pechos maternos a pesar de los abrazos y mimos con que son ahogados.

Iba a seguir con mis reflexiones, pero me agarraron ganas de hacer pis y sólo tengo entre cinco y doce minutos desde el primer aviso, así que busqué el baño al que llegué después de perderme sólo dos o tres veces. Qué locos son los hoteles modernos. Hay que pasar por la cocina – más bien chicono – para llegar.

Baño moderno, lleno de frascos, espejos, mamparas y bordaditos. Parece de una casa de familia de pro. Me concentré para no ensuciar y estuve un rato estudiando el sistema del desagüe de agua a fin de no hacer un estropicio en casamiento ajeno, que después se acuerdan del viejo que inundó el hotel y no de quien se casaba.

Salí airoso. No había abierto la puerta cuando dos mamás se tiraron de cabeza adentro con tres chicos. Quizá tardé un poco. ¿Pero en el hotel no hay más baños?

Mientras volvía pasé por una mesa media vacía. Pensé si había faltado gente, pero mi teoría de que las mesas señalan las etapas de la vida, me hizo acordar de que siempre hay una mesa especial para la segunda etapa de la vida, la de los adolescentes, que la empiezan a los once años y nunca se sabe cuando la terminan. Esta es una mesa virtual porque ellos tienen previas para todo y llegan en tropel a la hora de los postres, a devorar como hormigas lo que haya y a mostrar siempre su compromiso valiente en negar toda autoridad, alcanzar la independencia (siempre que no implique corte de subsidios), mostrar un gran orgullo, valorado sólo por ellos y una falta de respeto por cualquier norma o ley, aún la de la gravedad. Las familias y los casamientos sólo los soportan por identidad de ADN.

Ya que andaba paseando, quise aprovechar para ver los regalos con que la familia se había jugado con la nueva pareja. Con tantos casamientos en segundas nauseas, me dispuse a ver si descubría algún velador o espejo que ya había sido regalado, aunque parece que ahora se estila regalar sobres u órdenes de compras. Cuando mencioné mi deseo a unas que parecían tías de alguna prima,

me secretaron algo al oído y me llevaron hacia una habitación en penumbras. “Es para los chicos”, me dijeron y lentamente me fueron empujando hacia afuera.

Al recorrer las mesas para llegar a la mía me la pasé cabeceando y sonriendo a gente que no conozco. Hay que ser atentos con la familia que se relaciona con la nuestra. Ya tendrán tiempo de ver cómo somos... y viceversa.

- ¡Fiestas eran las que hacíamos en tu casa, tío! Te acordás cuando Santi tiró Seven Up contra la pared, rebotó y terminó en el barro del jardín la tía...- de diversos lados me hablaban y se reían a las carcajadas.

En una parada descubrí un cocktail en vaso grande abandonado detrás de un aparadorcito. Miré para todos lados. Nadie a la vista. Tenía un color raro y estaba cubierto de una especie de azúcar impalpable. Debe ser coco rallado, pensé.

Me lo tragué en dos saques por si me bichaban. No era alcohol. ¡Era nitroglicerina pura! Me quemó hasta la parte flotante del páncreas. Escondí el vaso lanzatorpedos dentro de una maceta y estaba tosiendo, hipando y lagrimeando, cuando pasó a mi lado la sobrina nieta morocha, susurrándome al oído:

- ¿Qué les pasó a tus ojos que bizquean? –cómo no le contesté, continuó con lo que quería decirme – ¿Viste qué de caras nuevas? Las familias ensambladas tienen ese no sé qué de los muebles restaurados, una se pregunta si el pegamento va a durar. Es bueno para conocer gente. Hasta por ahí te chocás con una diversidad. Lástima que tenés que andar mirando fijo a cada chico para ver a quién se parece y no meter la pata con los que entran en la familia, pero son ajenos.

Apenas pude escuchar. Un estertor me sacó la bizquera, pero me trajo unas palpitaciones que hasta me movían el reloj pulsera. Intenté volver a mi lugar. No me fue fácil porque el camino estaba un poco inclinado para un lado y después para el otro. Por suerte agarrándome de algunos respaldos llegué. Descubrí una gran cantidad de luces de colores titilantes que antes no estaban.

Me senté rapidito a ver si pasan los novios a saludar y sacarse la foto oficial en cada mesa y yo ando por los alrededores. Cuando pude sentarme derecho me avivé que los famosos novios todavía no habían aparecido. Deben estar sacándose fotos en el Rosedal. Ya aparecerán.

Mientras esperaba que se me bajara el nivel de pólvora en sangre, noté que una chica y un muchacho buscaban ansiosamente algo. Parece que se trataba de algo importante, pues revisaban todos los lugares, especialmente cerca de donde encontré el cocktail de plutonio. Me quedé pensando si no sería para algún brindis o promesa con mucho significado para ellos y que yo hice desaparecer en dos pases de magia.

No pude seguir mirando su búsqueda porque mi mareo crecía. No estaba para charlar y traté de calmarme. Hice un esfuerzo para olvidarme como me sentía y logré volver a la comparación de las mesas con las etapas de la vida. La siguiente

es la mesa de los jóvenes. Ahí están los Apolos y las Afroditas. La mesa de la belleza alegre y los proyectos. No paran de sonreír a la vida y a la esperanza. Ya comienzan a parar los cambios vertiginosos de pareja y se enganchan noviazgos o emparejamientos más estables al tener cama fija. Lástima que las seguridades, fuertes convicciones y grandes proyectos que acompañan sus inicios, de a poco bajan a tierra y se enturbian con problemas, vulgarmente llamados quilombos caseros, que, en nuestro caso, vienen en combo con los de esta Argentina en decadencia, que viene de tropiezo en tropiezo, contradiciendo sueños y esperanzas desde más o menos 1810.

No pude seguir pensando: Comenzó el baile antes de los postres. Siempre me aburro porque no me gusta bailar y me rompen los tímpanos la música y ruido de poseídos. Suelo estamparme una sonrisa quirúrgica en mi rostro y bicheo quien es patadura, quién muestra que sabe bailar o las que menean fuerte el cuerpito (gambas, medio y delantera) que Dios les dio. Me encantan los recién puestos de novios que se aprietan como si el otro fuera lo último que queda del tubo dentífrico.

- Se viene el pogo, correte – me dijo la sobrina morocha y me arrastró hasta mi mesa, agregando - ¿viste a esos dos que andan buscando la copita que se les perdió? Parece que tenía algo heavy y están asustados a ver si se lo tomó un chico.

Me hice el sonso y agradecí que ya se me estuvieran diluyendo las convulsiones que me revoleaban para los costados. Me puse a observar el llamado “pogo”. Parece un baile indio, donde todos los que están bailando tranquilos, de repente a los gritos desaforados, se juntan en un gran amasijo apretatorio y vuelven a separarse para volver a hacerlo una y otra vez. Para mí habría que volverlos a contar, porque no sería raro que algunos fueran abducidos por la fuerza producida.

En el desparramo noté que había pocos de la otra familia. Espero que no hayan pijoteado con las invitaciones. Después vienen los reproches de que no hubiera pasado nada si venían cinco o seis más del otro bando.

La más pendex de mis cuñadas, expuso sus setenta bien alimentados agostos al bailecito loco y volvió toda agitada y transpirada a la mesa, con la pintura corrida y media blusa desabrochada. Las manos no le bastaban para apantallarse y los pulmones sólo le alcanzaban para silbar entrecortada “¡Que loco, che! ¡Yo quería un lento!”

Ahora, bajó la música y me siento con ganas de seguir con la comparación de las mesas y las etapas de la vida. Por ahí me animo y lo comento con las dos cuñadas que tengo a mi lado. Aunque me viene la duda de si ya no lo conté. Pero si fue así, no creo que estén en condiciones de edad y alcohol para recordar. Además, en este tipo de fiestas se estila volver a repetir impunemente historias familiares, ya gastadas de tanto repetirlas y cada vez más entremezcladas. No voy a hablarles. Tengo miedo de que mi hervor interior haga trastabillar una frase y me marquen como “otro al que el alemán le puso la mente traste para arriba”.

En la siguiente mesa de casamiento están los leones y panteras que ya han domesticando su bravura y mañas. Es que han llegado los hijos con su cuasi sobrenatural experiencia para los papis y mamis. Sus bebés han cambiado sus vidas. A los hombres les refuerza su hombría desarrollando una nueva cualidad: la de alto superhéroe, cuidador de la familia y encargado de afianzar su economía. A las mujeres las traslada a la dimensión etérea de su majestad el dulce bebé y sus mamaderas, alejando todo lo demás a lejanas nebulosas. El intercambio con sus pares de las gracias de la progenie les acrecienta el estado de gracia y puebla esta mesa de sonrisas tiernas, con exceso de azúcares.

Andaba medio perdido en esos pensamientos y tratando de llevar más oxígeno a la caldera loca que siento de la garganta para abajo, cuando escuché un chisporroteo que se expandió casi como un clamor: “¡Abrieron la mesa de los postres!”. Hubo un desbande atropellador que, al unirme, me llevó casi en andas y me trajo de vuelta con una gran copa de ensalada de frutas con helado, medio chorreado en el pantalón, la famosa remera elegante sport y algunas prendas ajenas.

El efecto del cocktail tarda en desaparecer. No hablo porque todavía siento paralizada la parte de atrás de la lengua, pero veo mucho mejor. Hasta colores en extraños círculos, algunos difusos y móviles. Me cuesta sofrenar unas ganas locas de reírme y abrazar a todos. Hasta a la moza familiar.

Para calmarme vuelvo a mi análisis de las mesas. En la siguiente mesa – etapa de la vida están los ex papis y mamis cuyos bebés únicos han crecido y hasta pueden convertirlos en abuelos sin previo aviso. Ya los cuarenta se inclinan hacia los no imaginados cincuenta. Es la mesa de la madurez y los logros, muchas veces empañados por el exhibicionismo, la competencia y las envidias de diversa índole y tamaño. Por suerte, en las fiestas la alegría explosiva por los encuentros evita resquebrajaduras familiares, que son las más difíciles de enyesar.

En este ámbito es donde más caras nuevas aparecen por los afectos que, de promesas eternas, se resbalan hacia meros recuerdos y fotos. Aquí es donde también se incorporan nuevos críos ajenos y nuevas familias políticas. Esta mesa merece respeto porque es la que dirige el mundo y seguro de donde sale la plata para la fiesta del casorio.

Me masajeo disimuladamente el estómago revolucionario y como no puedo hablar bien todavía, uso el oído para entretenerme. Es así que me anoticio que en nuestra mesa la cosa está que arde: en una punta, se han puesto a hablar de películas de antes. Nunca aprenden: O no se acuerdan de los protagonistas, o del título o de la música, o directamente del argumento. En la otra punta hablan de viajes y de las anécdotas ocurridas. El problema es que contar viajes siempre sólo es divertido para el que lo hace, pero encima, si ya los escuchaste entre siete y diez veces, se hace muy denso.

La portuguesa habla de una tal Paraná Pereyra que me suena que fue una vedette brasileña, muy bien vestida, que anunciaba el clima en la tv. Los hombres han

vuelto al fútbol, que es como hablar del tiempo: todo es aproximado, nada es muy seguro, pero entretiene (hasta ahí) y supera hablar de política que puede terminar agrietando el lazo de sangre familiar y convertirlo sólo en virtual.

Mejor sigo pensando en la siguiente mesa - etapa de la vida. En esa están sentados los abuelos. De un lado están los aseñorados señores que empiezan a mostrar poco pelo y a estreñirse de a poco por la próxima exitosa salida del trabajo, la vuelta a casa y el disfrutar de los dulces beneficios de la jubilación. Del otro lado se juntan las amatronadas señoras que ya se han resignado al crecimiento de sus caderas e intentan enseñar a ser mamá a hijas que se resisten a asistir a ese curso, y piensan sólo en enchufarles los nietos para salvar sus proyectos, hundiendo los de sus progenitoras.

La panza de los de esta mesa les hace olvidar las locuras juveniles y da lugar a temas más serios: el crecimiento de sus emprendimientos empresarios y profesionales y los contactos de toda índole. También hacen su entrada los gym especializados en parar lo que se cae y el de los laboratorios de cremas antiage para esconder lo que aparece. Por suerte los nietos les traen nuevas sonrisas buenas, llenas de esperanzas. Por eso no se cansan de contar los triunfos exorbitantes de cada nietito.

Parece que los novios están a punto de entrar. Todos comienzan a contar para recibirlos. ¡Un poco más y éstos desconsiderados llegan para el divorcio! Los chicos corren y revuelan por todos lados como si los padrinos los hubieran incentivado.

Dejo para después, entonces, la comparación de la última mesa con la última etapa de la vida. Esa es mi mesa, la de los sobrevivientes, la mayoría perdidos o cascarrabias. Jamás pensé que llegaría a estar en ella. No está mal, pero el problema que tiene es que no hay otra mesa detrás. En fin, luego sigo con esto. Creo que me salvó la campana.

¡Al final! ¡Parece que entraron los novios! Los chicos están enloquecidos. Todos gritan y yo quiero participar también. Junto todo el aire de mis pulmones y grito ¡Vivan Los novios! ¡Viva la novia! ¡Vivan los padrinos!

Iba por el tercer alarido y ya me preparaba para el cuarto, cuando siento que mi mujer me abraza fuerte las piernas, me empuja hacia abajo y me besa.

Mi sobrina nieta, la morocha, se me acerca, me besa y también se me abraza y me dice: ¡Feliz Navidad, tío! Calmate que todos te están mirando. Bajate de la silla...Despacio. ¡Qué Nochebuena! ¡Y eso que no tomaste!

Suerte que empezaron los cohetes, apareció Papá Noel, los pibes enloquecieron y todos se concentran en los regalos.

Cómo no llegué a ser un político importante

Presentación

Hola. Soy Federico Alejandro Herling. ¿Cómo les va? A mí, muy bien y eso tiene que ver con mi decisión de no dedicarme a la política, que me ha permitido hallar mi camino. Es lo que les quiero contar.

No fue fácil llegar hasta aquí y creo que mostrar lo que tuve que recorrer y las ayudas que recibí, pueden servir para que otros se ahorren problemas, cuando buscan el camino que los sueños prometieron a sus ansias.

-

¿Pandemia?

Comienzo a contarles: Todo venía normal hasta que apareció. Yo creía que la peste se trataba de un problema de China con sus raros mercados de animales exóticos.

En el importante Estudio Contable de la calle Carlos Calvo al 900, donde trabajo, todas eran charlas sobre si llegaría hasta aquí o se quedaría en el norte, hasta que llegó de Miami Enrique Giménez, el socio más piola, y comentó que en el vuelo todos usaban barbijo y se levantaban sólo para ir al baño. Allá piensan que se va a extender a todas partes.

Yo lo tomé con tranquilidad y continué con mi vida normal. De paso, les cuento que la de Caja, además de ser un poco feona (calificación cuatro puntos, máximo), ante cada chiste mío al respecto me miraba mal y se concentraba en la primera factura que encontraba. Debe pensar que hay que ponerse serio en los temas serios y que yo tengo aspecto de posible acosador, en vez de ver a un simpático, alegre y un poco despreocupado compañero de trabajo.

La cosa se puso complicada cuando el Gobierno emitió una recomendación para quedarse en casa. Luego se suspendieron las clases y finalmente se decretó la Cuarentena de Aislamiento Nacional, Social y Preventivo por el Sars-Cov-2.

En casa se quedaron fríos y comenzaron a preocuparse muy en serio por la mortalidad que aparejaba. Llamé al trabajo, pero no lo encontré al contador Enrique. Había dejado dicho que no fuéramos a la oficina hasta nuevo aviso.

Quedarse en casa es bueno si es feriado o hay vacaciones. Esto era otra cosa. Aproveché para dormir, ver fútbol, charlar con los amigos y seguir de cerca lo que pasaba con la peste que, por suerte, todos llaman Covid.

Desgraciadamente la AFA anunció la suspensión del fútbol en todas las categorías (yo esperaba que se jugara a puertas cerradas). En casa, cuando escucharon mis protestas, me criticaron por no ver que se trataba de un tema grave de salud, que influía en el abastecimiento, en los trabajos, en los bancos, en el transporte, etc. Cuando les comenté que simplemente era una expresión porque me gusta el fútbol, no pararon y la siguieron. ¡Qué familia!

Del comedor diario al living y del living al dormitorio

Se puede salir de casa sólo para hacer las compras indispensables. Cuando aparecieron las excepciones me fijé si aparecían los Estudios Contables. Por suerte, no. Ver en las puertas de los bancos las colas de jubilados para cobrar su jubilación me molestó.

Sólo salí una vez: a la farmacia a comprar alcohol y paracetamol. A hacer las compras salen mamá o mi hermana Martina. Parece que los varones compramos lo que no se necesita o pagamos de más. Feminismo de entrecasa.

Es complicado cuando viene una peste rara que no te deja salir a la calle y te asustan con que te podés contagiar por mirar tele. Después de un tiempo se me empezó a calmar el miedo, aunque sin novia y con los amigos lejos no es vida que la vieja te levante a las nueve con el cantito de que no es domingo. Intenté salvarme con Netflix y sus series, pero las buenas ya las había visto y ver una de origen turco con 34 capítulos no es muy atractivo.

En la tele sólo hablaban de Covid y lo único entretenido era ver cómo la Policía para los coches en la entrada a la Capital para constatar si tienen autorización. Había gente detenida por seguir de farra. ¡Organizaban bailes!

El aburrimiento me empezó porque los partidos de fútbol son interesantes si los ves en directo, pasables si los volvés a ver, y depresivos si los mirás por tercera o

cuarta vez. Lo mismo pasaba con los chistes y mensajitos que me llegaban. El comentario general era que iba a durar hasta fin de año.

La seguridad económica no es todo

A fin de mes llamé a mi jefe, el Contador Enrique Giménez. Me preocupaba si cobraría el sueldo. Le noté la voz rara. ¿Será por lo que despierta esta peste o porque está por vencer la fecha de presentación de los balances y eso lo pone en “estado de seriedad”?

Sus palabras me tranquilizaron: me dijo que no iba a haber problemas, que me quedara en casa y agregó canchero “aprovechá y repasá las tablas de multiplicar”. ¡Como si no existieran calculadoras en los celulares! Es una vieja discusión que tengo con él. Como buen contable dice que las matemáticas forman el espíritu. Yo le retruco que, habiendo maquinitas, el espíritu lo dedico a otras cosas. Cuando me escucha a qué cosas, se ríe y se va a su oficina.

Mucho tiempo sin hacer nada no podía terminar bien. En un momento me volvieron las viejas críticas de por qué dejé la facultad y cuándo iba a mostrar mi responsabilidad. De vuelta las dudas sobre mi futuro, o mejor, mi no futuro.

Ser importante, ésa es la cuestión

Volvía a estar siendo taladrado con que debo hacer algo en la vida. Esta vez la cosa vino bien en serio, tanto que terminé frente al espejo del baño gritándome bien fuerte en la cara, en voz baja porque somos muchos en casa - ¡Basta de ser, a los veintitrés años, un empleado, sin guita, sin minas que me admiren, sin coche y viviendo en casa de mis viejos! ¡Basta de que lo mejor que dicen de mí es que de chico era toda una promesa!

Debía ser alguien. Alguien importante en serio. Debía aprovechar el tiempo muerto de la pandemia para encontrar en qué o cómo ser alguien importante. Parecía que era mi última oportunidad, así que me dispuse a seguir adelante e investigar la forma de llegar.

Me propuse descubrir por dónde andan los hombres y mujeres que logran un alto reconocimiento y cuál es el campo, profesión o negocio donde se mueven, para ver si yo puedo ir acercándome. Si ellos pudieron ¿por qué no yo?

Muchas veces escuché que si no aparecés en la tele, no existís. Por eso decidí prender la tele y pasarme una semana haciendo zapping en los noticieros. Algunos dirán que es un método primitivo, pero allí aparecen todos los que llegaron a algo. Del otro lado estamos los que sólo miramos o cómo máximo, le hablamos al aparato (algunos, como mi viejo, lo putean).

El resultado fue claro: todo estaba pasando por la política o el Covid. No se hablaba de otra cosa. Los comentaristas no daban abasto para atender a científicos que, sin saber mucho, trataban de explicar algo nuevo; y a políticos que, sabiendo de todo, pasaban todo el tiempo peleándose entre ellos. Lo que vi en la tele lo confirmé en la otra fuente de la verdad: las redes sociales, saturadas de memes sobre covid y política. La calle, con sus verdades de a puño, me confirmó lo mismo: Al verdulero del altiplano que atiende en lo del chino, lo vi una vez explicarle a una vieja, que enojada le toqueteaba los tomates, que el aumento se debía a la “política” de precios.

La política se adelanta en el marcador

La brújula señalaba dedicarme a la peste o a la política. El dilema duró poco. Rápidamente descarté el Covid, por falta de conocimientos y sabiendo que en ese tema lo único importante que yo podría aportar era morirme, u ofrecirme como voluntario para que me vacunen con productos extranjeros en experimentación o con jugo de caballo nacional. Me convencí, entonces, que la política podía brindarme un futuro promisorio. Si no estás adentro sos uno más del montón de los menos. Vamos, entonces, con la política.

Como, desde que aprendí a leer, entiendo mejor si lo digo en voz alta. Comencé a repetírmelo en voz un poco alta. Estaba en el final de la frase cuando escuché diversos ecos. Primero fue mi hermana Martina (siempre con la oreja alerta y la lengua lista) que gritó “hay otras cosas importantes: el feminismo, la pobreza, los pueblos originarios”. Como de gritos se trataba, se coló Thiago, el del medio, que anda en otra, quien, con voz de falsete y momentos de barítono, agregó algo sobre la libertad, la libre iniciativa y la privatización de no sé qué. Mi vieja quiso colaborar en el coro. Como cerré la puerta, apenas escuché “Terminar con los p... formularios digitales, pero no griten tanto que no me dejan escuchar a la abuela que se emperrea -en plena pandemia- en ir al banco a cobrar”. No escuché lo del viejo que estoy seguro que era “déjense de joder, carajo”. Tomé nota de que hay algunos subtemas importantes.

El que no sabe el camino necesita mirar los carteles

Mi brújula en la política han sido algunos principios no muy claros relacionados con cómo llevo a fin de mes. Necesito conocer un poco más, me dije. Y como sé que los libros están para eso voy a consultarlos.

La dificultad estaba en que las bibliotecas estaban cerradas. Por suerte encontré la dirección de mail de la Biblioteca del Barrio. Con mucho cuidado envié un pedido de socorro, diciendo que necesitaba urgentemente consultar sobre un tema muy importante y de riesgo.

Recibí al día siguiente la contestación. Dos veces por semana la biblioteca abre un par de horas. No hay retiro de libros. No se tiene que haber tenido síntomas en los quince días anteriores. Para ir me agencié una especie de escafandra que mi hermana usa para las compras.

“Quiero un libro sobre cómo es eso de la política”, le dije a la chica de la Recepción. Me pidió que me sacara la escafandra porque no se me oía ni veía y después de dos “¿lo qué?” y de un silencio, me dijo en un susurro sibilante: “Habla con la licenciada Rocío. Es un bocho. Seguro que te puede recomendar algo. Está en el fondo. Vení conmigo”.

La licenciada Rocío

La licenciada estaba en una mesa llena de libros y apuntes. Mientras la chica le cuchicheaba al oído, la observé: Alta, pelo negro medio enrulado, nariz tranqui, ojos negros un poco separados, piel blanca lechosa, rondando los treinta, con pantalones blancos y remera negra. Estaba a cara limpia. Me llamó la atención que usaba anteojos de anteojuda. Mi calificación personal no pasó de “siete” (pasable bien-pero no tanto). La mina escuchó atentamente, se levantó, me dio un beso sonoro (¡en plena pandemia!) y me hizo sentar frente a ella. La charla fue así.

Lic. Rocío. - ¿Qué? ¿Querés meterte en política?

Yo. - Sí. Quisiera ver si me recomiendan algún libro.

Lic. Rocío. - ¿Vos tenés claro – me dijo mirándome fijo por sobre sus anteojos que se le resbalaban por la nariz – que la política es el poder, todo el poder y siempre el poder?

Yo - Sí, claro... Bueno, no del todo, pero casi seguro que sí, ¿vio? – contesté poniendo voz y cara de total seguridad y tratando de entender lo que me decía–.

Lic. Rocío - El pobre ser humano necesita de la política. Sin ella viviríamos en la jungla. Me imagino que vos no la buscás para ser importante, o para tu beneficio personal, ni para figurar, ¿no?”.

La mina no me lo hizo en tono de pregunta. Lo señaló como un hecho. Yo empecé a arrugar un poco y a transpirar. Y como no era una pregunta, me callé la respuesta y haciendo un esfuerzo no bajé los ojos.

Lic. Rocío - Porque si buscas eso, mejor andá a una unidad básica o a un comité. Allí en vez de libros te van a mandar a pegar carteles y te van a enseñar el catecismo básico. Si andás bien te prueban como troll unas semanas y después ven si te presentan a algún personaje, o caudillo de segunda... Ahora si tenés vocación política en serio, es otra cosa.

Yo- Sí, sí, claro. Lo tengo muy claro. Quiero ser político serio – contesté rápido y como me empecé a poner colorado lo disimulé tosiendo un poco –.

La política es cosa seria. La religión también ¿y el fútbol?

Lic. Rocío - La política es una cosa seria. Está lleno de vivos que la usan en beneficio propio y de su grupo. Aristóteles definía a los seres humanos como “animales políticos”. Yo le agregaría, siguiendo a Darwin, que hay muchos profesionales de la política que evolucionan para atrás y se convierten en “sólo bichos”.

La mina era demasiado para mí. Me miraba fijo. Apenas podía asentir lo que decía bajando seguido la cabeza, como hace el brazo del gato de los chinos.

Lic. Rocío -: Vos debés haber leído a Weber cuando sostiene que sólo el que no le tiene miedo al poder se puede dedicar a la política. Que la política se hace con la cabeza y no con el alma, y que es necesario un justo equilibrio entre la ética de convicción y la ética de responsabilidad.

En ese momento la Licenciada se detuvo. Seguro que me vio con los ojos perdidos y la boca media entornada. Yo me preguntaba quién sería el alemán ése, ¿o sería moishé?

Lic. Rocío- ¿Vos conocés algo de religión? –siguió –. ¿Estudiaste alguna vez ese fenómeno universal?

Yo - Bueno, sí. Un poco, ¿no? Como todos, ¿vivo? – no pude dejar de pensar que esta mina debe pensar que soy un imbécil y sacando pecho agregué – De chico me mandaban a misa, de grande voy de vez en cuando a Luján.

Lic. Rocío - ...Te lo decía porque Weber explica su pensamiento sobre la política, comparándola con la religión. Es un método clásico en ciencias: comparar algo conocido, en este caso la religión, con algo desconocido. Te recomiendo esta forma de analizar las cosas. En tu caso sería conveniente, para estudiar la política, que la relacionaras con alguna materia que domines. ¿En qué tema te sentís con buenos conocimientos?

Por más que me daba máquina no encontraba qué contestar. Encima biché que la chica de recepción miraba para aquí. ¿Todos se darán cuenta de mi papelón? De repente me acordé de mi jefe. El contador Enrique que los lunes me decía “pará con tu sabiduría futbolera y concéntrate en los cálculos”.

Yo - De fútbol- Si, con el fútbol me defiendo bastante – no terminé de decirlo que me mordí la lengua y la yugular. - Para tratar de arreglarlo agregué – No sé si eso sirve...

Cuando esperaba que se riera o me mirara raro, me encontré que inclinaba la cabeza y se quedaba pensando. Yo ya transpiraba hasta por los pelos. Ella entrecerró los ojos, se acomodó los anteojos, tomó aire y me soltó:

El fútbol y la marihuana

Lic. Rocío - Claro, ¿por qué no? Weber la relaciona con la religión. Un viejo maestro sostuvo que la religión es el opio de los pueblos... Tengo entendido que el fútbol es como la marihuana, o sea, estupidiza como el opio, pero sin llegar a idiotizar del todo. Hay un claro punto en común. Además, creo que en tiempos de Weber la gente iba a la iglesia, ahora va a la cancha o mira por tv como corren detrás de una pelota. Me parece que puede andar esa comparación. Utilizá lo que sabes de fútbol para analizar la política.

Respiré aliviado. Había zafado otra vez. La licenciada, que seguía seria, se paró, me dio un abrazo fuerte. Buscó algo entre unos papeles que tenía.

Lic. Rocío - Espero que la comparación con el fútbol te ayude. Por ahí la política es tu camino...o quizá algo parecido. Vení cuando quieras y charlamos. Yo paro acá. Tomá estas tarjetitas, se relacionan con lo que vos estás buscando. Hace unos años las usé para escribir un artículo, “Baruch Spinoza, un gaucho judío”, en la Revista de la Facultad”.

Primero convertirme y después empezar el fútbol-análisis de la política

Fue así cómo conocí a la licenciada Rocío y empecé a estudiar la política. Apenas salí de la Biblioteca, no pude aguantar más. Metí la mano en el bolsillo y saqué una de las tarjetitas que me había dado.

“Requisitos del político: 1) Saber interpretar las necesidades de las personas, implementando acciones de bien común y el desarrollo de ellas, facilitando el crecimiento de los más desprotegidos. 2) Poseer un alto grado de rectitud moral, vocación de servicio y resiliencia 3) Saber administrar una cosa pública muy complicada. 4) Poseer sabiduría, sentido de justicia y practicidad para dirimir conflictos de envergadura.

Estaba pensando en el significado de la palabra “resiliencia”, cuando tuve que saltar casi dos metros por la frenada y el bocinazo de un camión, seguido de un insulto muy fuerte con referencias familiares. Aclaro que mi respuesta al irrespetuoso camionero no excedió los límites del susto y de la recontra legítima defensa de mi progenitora.

Mientras me reponía del susto, recordé que los motivos que tenía para ser político, no coincidían con la tarjetita. Me tomé mi tiempo (cuatro días) para pensar y llegué a la conclusión de que nunca es tarde para cambiar el rumbo equivocado. Creo que puedo llegar a cumplir con esos requisitos... o con los más importantes por lo menos. En una palabra, me convertí. Rechacé los intereses egoístas y me dispuse a ser un político en serio. Conociéndome un poco, miré al cielo para que me ayudara.

Mi expertise futbolero supera la media, modestamente.

Y entonces me largué a estudiar la política desde lo que conozco del fútbol. Afortunadamente, soy de los que “piensan” el fútbol. Desde chico, al ser medio patadura, me gustó observar (sobre todo cuando no me elegían en los picados). No serán algoritmos lo que descubrí, pero me fui construyendo una buena teoría, al menos para mí. Creo que puede avalar lo que digo Enrique, mi jefe en el Estudio Contable, que siempre escuchó con atención mis explicaciones sobre por qué su Racing querido sólo a veces resucita glorioso de entre los muertos. Debo aclarar, en tren de honestidad, que me obligaba a resumir para que me concentrara en el trabajo, rondando el abuso de autoridad por ser jefe.

Bien, mi teoría me ha confirmado que el fútbol se basa en estos pilares: 1) El Reglamento, 2) El Hinchas en la tribuna o mirando la tele, 3) El partido en la cancha y 4) Los dirigentes en la Caja. La mina me aconsejó que vea si hay algo parecido en la política.

El Reglamento del Fútbol y La Constitución Nacional

Empecé a investigar si fútbol y política tienen los mismos pilares y si lo que sucede dentro de ellos es similar. Sin dificultad observé que el equivalente al Reglamento es la Constitución Nacional

El Reglamento, que rige el fútbol, es bastante serio y objetivo en las normas que fija, pero todos sabemos que la realidad de su aplicación está plagada de fouls intencionales. Todo se interpreta a piacere, se hace tiempo, se protesta siempre, hay simulación casi artística en las caídas o golpes, se pide sancionar a los contrarios hasta porque transpiran, crean tecnologías que oscurecen en vez de aclarar, sin hablar de los altos tejes y manejes y los intereses que oscurecen todo.

Debía observar la Constitución y ver si sucedía algo parecido. Encontré un ejemplar de mis tiempos de bachillerato y repasé los Derechos y Garantías, la Democracia Representativa, el Gobierno del Pueblo, Los Poderes y Órganos del Estado, etc. Lamentablemente, a medida que leía, me fueron cayendo las fichas de que las ideologías y los oportunismos han ido convirtiendo esas claras normas en algo laxo, discutible, a veces confuso y manoseado según los intereses de cada grupo.

La verdad es que no me gustó ver el parecido. En la política cada uno interpreta la Ley Primera de la Nación como le conviene a su corral o gallinero. Todos quieren - y parece que pueden - manipularla. Más aún, si alguien levanta la mano, se escucha el grito sagrado del fútbol, el "¡siga, siga, siga el juego!". La pobre Constitución va quedando como cuando cantamos el Himno y llegamos a la "a" de "vivamos" y cada cual la canta para su carnero. Como si fuera poco, tenemos una historia que condena a los militares iluminados que pasaron por arriba de ella, pero no a "los vivos" que pasaron y pasan por abajo.

El Hincha, alma del fútbol y de la política.

Seguí comparando el fútbol con la política y me centré en los hinchas, alma y vida del fútbol, en cuyo interior viven los grandes sentimientos: amor, odio, dolor y alegría y, sobre todo, pertenencia e identidad a los colores del club.

Lo primero que me vino a la mente, a pesar de toda la poesía que hay detrás, es que los integrantes de la hinchada, desde los sufridos de la popu, hasta los cogotudos de los palcos, pasando por los pesados barrabravas, y aún, los que miran por tv (nueva extensión virtual de la tribuna), son de palo. Sé que es duro decirlo, pero son "los giles que aguantan", donde cada uno se cree Gardel y sólo está para cantar versitos de cuarta. No tocan la pelota, que de eso se trata el

juego. Ni cortan ni pinchan; sudan, gesticulan, gritan y se les sube la presión, mientras mal digieren el choripán con coca, o la cervecita en casa. Algunos sostienen que los gritos y cantos motivan a los jugadores, yo creo que no es la única motivación que tienen. Otros intereses de peso - moneda nacional - también los empujan.

¿Sucederá lo mismo en la política?, me pregunté y rápidamente constaté que allí también la hinchada es de palo. Se los llama militantes, camaradas, correligionarios, compañeros, simpatizantes, etc., pero sólo sirven para alentar, sufrir, bancar y sólo acompañar.

Un ejemplo claro es que cuando los políticos consiguen un logro festejan abrazando y tirando besos a los suyos, como cuando los jugadores festejan un gol en el fútbol y se “abrazan” con la hinchada – alambrado o foso por medio –.

Tampoco me gustó mucho esta similitud. Debo seguir investigando y comparando. Lo de los intereses lo dejo para cuando toque el tema de los dirigentes.

Desculando a qué se juega en el fútbol y en la política

Ahora debía pasar a analizar el partido que se juega en el fútbol y si tiene algo similar en la política. Mi análisis me llevó, en no más de quince días, a las siguientes observaciones, que son siete, como la tabla del siete que, como me señaló el contador Enrique, es la más difícil de todas. Aunque para mí, la del ocho tiene lo suyo, también

Primera observación: En la cancha hay dos equipos. La relación entre ellos es de enfrentamiento fulero, siempre; aunque muestren sonrisas, intercambien banderines o se saquen fotos abrazados.

Segunda observación: cada equipo tiene un doble objetivo: meter gol al otro equipo y no dejar que se los metan a ellos. Gol en sentido amplio es cualquier cosa que jorobe a los contrarios y que la tribuna propia aplauda y la contraria proteste.

Tercera observación: Cada equipo debe estar comprometido hasta el fanatismo. Todos sus integrantes, dirigentes, hinchas y periodistas adictos están obligados a que los hechos propios, aún los inexistentes, son aplaudidos a rabiar, y si son de los contrarios, criticados con sorna despreciativa y hasta judicial. Si hay algo feón del lado propio se niega y chau.

Cuarta observación: El único momento en que hay un acuerdo entre los adversarios es cuando se canta el himno o hay un minuto de silencio porque se murió alguien importante (en este caso el minuto consta de entre doce y quince segundos).

Quinta observación: Hay árbitros y lineman (jueces) que casi siempre fallan en contra. Todos saben que son un mal necesario. Por ello se ha instituido el Hermano Mayor de los referís, el Var, que trae más confusión y sólo sirve para parar el partido y tener que esperar para cantar los goles.

Sexta observación: A veces hay desacuerdos dentro de los clubes, empiezan las fricciones entre sus integrantes y hay que llamar a Internas. Algunas se hacen con elecciones (algo libres o más o menos) y otras a la fuerza (bruta o un poco más sofisticada).

Séptima observación. En los momentos importantes aparece la Selección Nacional. Hay que usar la bandera y vivir a la Patria. Todas las voces se funden en el Himno. Nada une más que el atávico nacionalismo hecho camiseta. Por un rato todos tienen un enemigo común. Si se gana, hay que ir al Obelisco a festejar. Si se pierde, algunos van lo mismo, pero no a festejar.

No me costó mucho observar que estas observaciones casi textualmente existen en la política, sin que nadie se asuste demasiado.

Esto me deprimió bastante y me predispuso mal para el siguiente paso: Ver si hay analogías entre los dirigentes de ambas actividades.

Altos Dirigentes se ofrecen

Sin esforzarme mucho llegué a ver que había muchas cosas en común entre las dirigencias de estas dos actividades que nos apasionan a los argentinos. Desgraciadamente tres hechos sobresalen en falsa escuadra:

El primero: Los dirigentes son ad honorem o tienen sueldos bastante normales, pero su nivel de vida es, en general, muy por arriba de lo que ganan. La gente sospecha de comisiones o participaciones de distinta índole que los ayudan.

El segundo: Aún en caso de comprobarse corrupción o negociados, esto no es óbice para que la gente los siga y los vote (con fe y esperanza en las promesas).

El tercero: A veces la gente se cansa y los dirigentes -por las buenas o malas - se tienen que ir (no siempre del todo). Allí comienza la búsqueda de personajes de afuera del fútbol o de la política para convertirlos en nuevos directivos. Se supone que no están contaminados con los defectos y prácticas espurias de los históricos.

Con el tiempo los “externos o advenedizos” se mimetizan activamente con la historia.

No sé por qué me acuerdo de mi viejo que dice que todos los políticos son chorros y que los que no chorrean es porque todavía no aprendieron la forma. Mi vieja pondría el subrayado: siempre fue así.

Hablando del viejo, anoche vino a hablarme. Está preocupado. Nunca me vio tan serio. Tiene miedo de que esté deprimido. Se trajo dos vasos, una botella de Cinzano y una de fernet a mi pieza. Cuando le conté en qué andaba, me llenó el vaso y brindó conmigo: ¡Tengo un hijo filósofo! Y me abrazó. Creo que por primera vez me veo entusiasmado en algo. Claro que no dejó de decirme: “para mí, mejor que vuelvas a la Facultad... Pero si tu camino es éste, tratá de que no te usen y sobre todo no jodas a la gente, nunca”. Bien por el viejo.

Periodistas al palo

Otro punto en común que encuentro es que fútbol y política tienen una columna vertebral parecida que los sostienen erguidos: el periodismo especializado (¿!). Esos personajes se dedican a armar un continuado constante enloqueciendo a la gente, aunque no tengan material y se dude de donde obtienen la información. Siempre tienen temas urgentes, novedades de último momento, confidencialidades ocultas y la mar en coche para mantenernos agarrados a ellos.

Para celebrar la visita del viejo y levantar el espíritu y el cuerpo (que le va unido), al constatar que los males del fútbol son comunes a la política, lo invité a comer en mi pieza. Pedimos seis empanadas de carne picante, seis de rúcula y jamón crudo y seis de cebolla y queso, que las fuimos bajando con una cervecita bien fría. Hubo algún intento de protesta familiar, pero todos aceptaron como compensación dos pizzas grandes de mozzarella y jamón, que desaparecieron sin dejar rastro, como las empanadas que nos sobraron.

La grieta que se agrieta y que sirve para tapar

En esos días fue cuando me avivé que no había tenido en cuenta que el fútbol no existiría sin los grandes enfrentamientos: Boca – River; Racing – Independiente; Rosario – Ñuls, y así con cada club, aunque sea del Norte de Orán. No hay cuadro que no tenga “su” contra, su enemigo. Siempre y a muerte, por más chico que sea el club. Se trata de una grieta insuperable con ese otro. Parece que en la política

sucede lo mismo. Los que saben señalan que la grieta es cada vez más grande y que existió siempre.

Entonces, me acordé de haber visto algo en una tarjetita de las que me había dado la Licenciada Rocío que decía algo de la famosa grieta. Estaba un poco ajada por roce del bolsillo, pero se podía leer:

“Que todos tiremos para el mismo lado, es humanamente impensable. Desgraciadamente esto lleva a que se termine casi siempre en dos grupos o posiciones que se enfrentan y se oponen. Sus nombres varían a través del tiempo (conservadores y liberales, derecha o izquierda, populistas y demócratas sociales etc.). La democracia, hasta ahora, es lo mejor que se ha encontrado para manejar el enfrentamiento. Se vota, y el que gana gobierna y el que pierde controla. Esto muchas veces termina en que el que gana prepotencia y el que pierde se opone a todo. Hoy todos piden cambios hacia los modelos escandinavos, los de los populismos sociales o los del liberalismo. Y crece el número de los que no ven la salida y caen en la indiferencia”

Lo que seguía en la parte de atrás de la tarjetita me conmovió: “Hay cada vez más conciencia que esta grieta es funcional a distraer a la humanidad del verdadero problema que la aqueja y destruye: El inmenso gasto en armamentos o en la carrera por llegar primero al espacio exterior. Mientras millones de personas apenas subsisten, crece el número de los supermillonarios. Las empresas transnacionales se convierten en superpotencias y manejan la economía, la salud y el desarrollo. El poder narco se enseñoorea y corrompe lo que se le antoja. La grieta política interna de los países, sin saberlo ni buscarlo, pone en segundo término esta realidad”.

Todo esto me superaba. La mina escribe bravo y yo ya venía deprimido. Decidí ir a hablar con ella. A la mañana siguiente, para no aparecer sólo como deprimido, estaba en la Biblioteca con un paquete de facturas. Cuando ella me vio, se levantó y me dio un beso y un abrazo muy fuerte, y separó un par de medialunas para la chica de recepción. Me escuchó y al ver que mi preocupación no aflojaba, me dio otro abrazo, éste más largo.

¿La crisis de Borges puede ser superada?

- Estamos en una crisis – me dijo –. Esa palabra viene del griego y significa “juicio, momento en que hay que decidir - resolver un conflicto grave, difícil”. O sea, que decir que hay crisis en este momento, es decir que debemos encontrar el camino justo para estos tiempos difíciles. Borges decía “todos los tiempos fueron difíciles”; o sea, que tener - estar en crisis es propio de la condición humana, siempre.

Mientras hablaba, yo intentaba seguir lo que me decía, pero entre que habla difícil, me tenía tomada las manos y me hablaba a los ojos ya no me parecía tan fea. Estaba con un vestido corto fucsia, tenía calzas del mismo color y los labios pintados de rosa suave. (Va mejorando. ¿Tendrá algún filito la piba?). Le levanté la calificación a “ocho – más”, (buena tirando a mejor). Los anteojos la afean y parece que le gustan los deportes de contacto; esto sin mala intención y referido sólo a los abrazos.

Me sobrepuse a mis pensamientos desviados y le conté lo que había investigado. Mis análisis y conclusiones. También le comenté que estaba medio deprimido y que me había impresionado la última tarjetita que leí.

Cuando terminé, como al pasar, me aconsejó que usara la palabra “deconstrucción” en lugar de mi habitual “descule”. Parece que algunos tienen asociaciones sólo direccionales hacia lugares no santos.

- Me parece bueno tu análisis – me señaló - ¡Has destripado la política desde el fútbol! Te felicito. También es lógico que no estés muy feliz con los problemas que enfrenta la humanidad.

No es fácil seguirla. Y encima cita cosas en griego y a Borges. Espero que no vuelva con el alemán de la primera entrevista.

- Esos altos enfrentamientos de la humanidad - continuó – que leíste en la tarjetita: el armamentismo, la carrera espacial, la desigualdad grosera, las empresas transnacionales y el narcotráfico, están muy por encima del común de nosotros. Quizá donde tengamos alguna posibilidad de mejorar es en la grieta entre los partidos políticos de entrecasa. Ese enfrentamiento parecería que puede superarse. Para esto voy a recomendarte el más clásico de todos.

La licenciada me manda leer a Platón con trampa

- Vamos a profundizar tu preparación para el tema de la Grieta. Te estás acercando a un problema muy complejo, donde están involucrados seres humanos en discordancia. Esta vez mi consejo va un poco más atrás de Weber y Marx.

Se levantó y al rato volvió con tres tomazos que tenían por título “Diálogos de Platón”. Los puso frente a mis ojos agrandados y con voz melosa, me agregó:

- Ellos te van a guiar. No busques la verdad en las declaraciones de los políticos. Son todas interesadas o mentirosas. Sólo buscan renovar la banca o en tu fútbol, calmar a la hinchada o hacer campaña.

Cuando llegué a casa con los libracos me puse a pensar que la Licenciada no puede –conociéndome- haberme dado a leer más de mil quinientas páginas en letra chica. Tiene que haber algo detrás de esto. ¿Cuál sería el mensaje que me daba ahora?

Después de un rato, salté como el griego de la bañadera. ¡Grande Licenciada! El mensaje estaba en el título. ¡Para solucionar las diferencias el único camino es el DIÁLOGO! La grieta sólo puede solucionarse así.

¡A seguir a Platón! Sólo necesito encontrar dos chabones que estén en los bandos opuestos y hacerlos hablar, café chico por medio (por razones de escasez habitual) y ver cómo -dialogando- solucionan sus diferencias.

Diálogo: ¿Una salida platónica?

Al buscar candidatos me acordé de una compañera del secundario, Julieta, que ahora es funcionaria de un Departamento que depende de una Dirección General de no sé qué nueva Subsecretaría. Siempre nos habíamos mirado (y creo que gustado), pero la vida por suerte nos marcó en caminos diferentes (creo que ella va ya por el tercer marido, esposo, pareja o conviviente y yo mantengo mi invicto). Muy de vez en cuando me cruzo con ella. En esos esporádicos encuentros no me salvo del adoctrinamiento ferviente sobre su grupo.

También recordé que en el equipo contrario está mi primo Nacho. El que es motivo de despelotes en las reuniones familiares por su insistencia en sacar el tema político en medio de morfis dignos de mejor ambiente. Para él no hay raviolada o achura posible que pueda detener sus acaloradas exposiciones. Siempre pierde porque cuando anda por la mitad del primer plato nosotros ya estamos terminando el segundo.

Los busqué, los encontré, charlé con ellos y aceptaron encontrarse desde su costado de la grieta. Para mí que aceptaron reunirse, aunque no entendieron bien para qué, porque son buena gente y no supieron cómo decirme que no.

El tema complicado es donde reunirnos. Sigue la p... veda. No se puede salir a tomar un café. El lugar ideal era en el Bar El Federal de San Telmo, donde, aunque está lleno de turistas, el café es pasable y las mozas siempre te sonríen (a mi hermana Martina, no. Por algo será).

Por suerte tuve una idea que los viejos, después de mil protestas, aceptaron a regañadientes: convertir el living de casa por unas horas en una “burbuja no familiar”, con cargo de desinfección profunda y no uso por dos o tres días posteriores.

El encuentro de los tres se hizo. El diálogo fue fluido. Tomé nota de todo. Se me cansó la mano, pero la birome aguantó. Les voy a mostrar lo que escribí entre el entusiasmo casi asmático de Julieta y la fogosidad casi febril de mi primo Nacho. Un verdadero ejemplo de cómo desde dos puntos de vista opuestos se puede llegar a acuerdos. Ustedes van a apreciarlo.

NOTAS DEL ENCUENTRO INTER GRIETA - JULIETA - NACHO -

Apenas nos sentamos les enchufé una frase que me impactó en una clase química orgánica: “Los extremos acostumbran a tener problemas de excedencia en sus límites”. Cuando estaban buscando el significado les zampé:

Yo – Cuéntenme en qué andan sus grupos. ¿Qué te parece si comenzás vos, Julieta? Primero las mujeres y los niños. Nacho acotó lo que creas necesario.

Julieta – Somos un gobierno del pueblo. El capitalismo neoliberal hace más rico a los ricos y más pobres a los pobres. Nosotros, desde siempre, estuvimos con todos, pero comprometidos con los más necesitados, sean aborígenes, mujeres, géneros relegados, o pobres en sí.

Nacho – Para ustedes el pueblo son los que los votan. La clase media también es pueblo y ustedes la ningunean porque no los vota.

Julieta – No es tan así, el pueblo verdadero nos apoya en nuestra lucha para que la democracia tradicional no proteja sólo a los que tienen plata, sino que cuide también a los que no la tienen. Ustedes hablan de la clase media, pero los negocios los hacen más arriba

Nacho – Lo que pasa es que ustedes no creen en la democracia por eso no respetan la Constitución ni las instituciones

Julieta – La Democracia indirecta no sirve. Los países adelantados están acercándose a una democracia directa, donde el pueblo tiene presencia.

Nacho – Sí, los países adelantados tipo Venezuela o Cuba. En cualquier momento hablás loas de Rusia y Pekín.

Julieta – No exageres. No me vas a decir, por ejemplo, que la Justicia funciona bien. No saben que lawfare inventar para crearles causas a nuestros jefes.

Nacho – Tu jefa y tus subjefes quieren cambiar hasta a los Jueces de la Corte para salvarse de las condenas por la corrupción a mansalva que sostuvieron.

Julieta – Ustedes no hablen que los designaron por decreto, seguro que para salvar al Correo de la familia de tu jefe. Nosotros hemos tenido algunos errores humanos. Lo reconocemos, pero en medio de una pandemia atroz y una sequía...

Nacho – ¿Errores humanos los llamás? Hasta ahora se llamaba robo, corrupción o acomodo, y se quejan de la herencia recibida hace una punta de años.

Julieta – Ustedes son expertos en desarrollar el país haciendo negocios con sus amigos y parientes, lástima que con la plata y los bienes del estado. Como si fuera poco, están atados a EEUU. Son empleados de ellos.

Nacho – Como si ustedes no dependieran de ellos también. ¿Qué? ¿Los rusos o los chinos van a sacar la cara por ustedes y les van a regalar algo?

Julieta – Los de tu bando nos endeudaron por cinco generaciones y nadie sabe en qué se gastó la inmensa plata que recibieron

Nacho – Los del tuyo se hacen los que nunca pidieron prestado y son los que más nos endeudaron en la historia

Julieta –Nosotros creamos puestos de trabajo. Todos nos apoyan, incluidos los obreros y la gente común.

Nacho – ¡Ustedes acomodan a su gente en el estado y bancan a las mafias gremiales! En vez de potenciar el crecimiento apoyan el apriete y cargan al estado con subsidios para que la gente no trabaje, fabrique hijos y los vote. La pobreza se soluciona con educación y trabajo genuino.

Julieta – Los cuatro años de gobierno de ustedes destruyeron lo que durante décadas construimos con trabajo y seriedad. Dejaron un país de pobres a los que hay que ayudar a pesar de que al neoliberalismo no le guste.

Nacho – Los pobres estaban antes. Ustedes no querían contarlos y los multiplicaron. Además, no todos somos liberales entre nosotros, pero todos sí respetamos la libertad de opinión y a la prensa. Cosa que ustedes...

Julieta – Vos sabés que en momentos de crisis hay que controlar un poco a la prensa para que no desanime a la gente. Ustedes también lo hacen con sus medios: todos saben que La Nación es de ustedes y que Clarín miente.

Nacho – Ustedes se hacen los perseguidos por la prensa, pero tienen varios canales de televisión y diarios incondicionales, por ejemplo, Página Doce. IP, C5N, Canal Nueve, que no informan, adoctrinan. Sólo relato y propaganda.

Julieta – Ustedes están llenos de odio. La gente no les cree y nos sigue votando a nosotros.

Nacho – Ustedes se la creen. Hasta se inventaron que son el amor. Intentan reescribir la historia, crear un lenguaje de adolescentes opas y copar la educación.

Julieta – Ustedes no soportan que hasta El Papa nos apoya. No viene a la Argentina porque no quiere que ustedes lo agravien, Nosotros somos el verdadero pensamiento cristiano.

Nacho – ¡Qué cristianos! Ustedes quieren usar al Papa. Lo único que saben es prepotear cuando son gobierno y cuando son oposición no dejan gobernar.

Julieta – a Ustedes los dejamos y mirá lo que hicieron.

Nacho – Vacunatorio Vip, Cumple de la señora Fabiola con sus amiguetes y el perro. No sé si enteraste que en la última no les fue bien con el voto del pueblo.

Julieta – La situación que dejaron es horrible y nos entregaron alegremente a la franchuta narigueta.

Nacho – La jefa de ustedes los lleva de la nariz.

Julieta – el Jefe de ustedes los lleva del bolsillo. La nuestra comparte e interpreta los valores de la gente, cosa que le es imposible al Gato.

Nacho – Si el nuestro es gato, la de ustedes es una...

Afortunadamente pasó mi hermano Thiago y con desparpajo los saludó con un “Hola, camaradas de la vieja política”, que facilitó que mis dos dialoguistas aprovecharon para levantarse al unísono y sin saludarme ni saludarse, se fueron gesticulando - bien separados - hacia la puerta de calle. No escucharon mi pedido de que faltaban las conclusiones.

¿Los jóvenes están en otra cosa?

El encuentro quedó suspendido por doble abandono de cancha, con el único acuerdo logrado del “mucho gusto” al comenzar. Mi hermano, siempre oportuno, agregó: “Así nos va. Se pelean, pero no dejaron ni una medialuna”. Cómo le dije que no se metiera en lo que no le importa, muy suelto de cuerpo me chantó: “vos seguí reuniéndote con el pasado. Los jóvenes en serio, los de mi generación, estamos en otra. Acá lo que hace falta es más libertad, menos estado, menos patriciado político y sindical. Privatizar todo lo que se pueda y... Los viejos políticos y sus partidos, que están viviendo a costilla del pueblo y del país, se tienen que ir para siempre. Libertad es el nuevo camino”. Lo tuve que putear un poco para que parara y se fuera a su pieza.

No sé por qué me acordé de mi viejo que dice que los que siguen a los políticos o creen en lo que dicen, son giles del tipo nabo. Me pregunté si era aplicable o cabía para mis dialogantes. Como son amigos no respondí la pregunta, pero me quedó gusto a verdura liviana en la boca.

El novio que casi fui

Barriendo el suelo con mi ánimo volví a la Biblioteca. Cuando terminé de contarle a la licenciada Rocío lo del diálogo, me abrazó y me dio un beso que hizo vibrar las ventanas y volar unas hojas que tenía en la mesa. Con voz cálida me comentó:

- “Me imaginé desde un comienzo que la política no es para vos. No te veo como político profesional. Sos medio inocente y no naciste para “candidato”. Justamente, esta palabrita viene de Roma, donde quienes aspiraban a un cargo acostumbraban a blanquear con yeso su toga para parecer más “cándidos”, inocentes y sin oscuros antecedentes.

Después con sus ojos negros entornados a no más de cinco centímetros de los míos me dijo por lo bajo: “Vos sos parecido a un chico que me gustaba en el secundario”.

Casi me caigo. No me esperaba esas palabras. Me asusté. Se me vinieron en banda mis peores bajos instintos preguntando si habría fiesta. Me corrí para atrás y abrí los ojos a la defensiva para ver si se me estaba declarando o yo estaba drogado sin pipeta a la vista. Confieso que hasta escuché una voz que me decía: “Subí. Los trenes bala paran en tu estación una sola vez en la vida”. A lo lejos la licenciada estaba diciendo:

- Me gusta ayudarte. De vos me separan unos cuantos años, dos bibliotecas y algunos jugadores que tenéis en el banco de suplentes. Estoy en pareja desde hace cuatro años. Yo pongo lo mío y él aporta lo suyo. Somos muy felices y eso me da libertad para mostrar sin reparos mis sentimientos a todos los que me rodean, como es tu caso”.

Mi estima cayó varios pisos y me sentí un poco desilusionado, pero, aunque no me crean, respiré más tranquilo. No sabía si debía felicitarla. Cuando la sangre comenzó a bajarse de mis cachetes, me quedé sonriéndole de la manera más estúpida. Por suerte no me salió mi clásico “¿Y ahora qué hacemos?” Porque la mina viendo mi despiste era capaz de contestarme “Ahora, lo llamamos al Chapulín Colorado”. Ella estaba pensando a toda máquina.

¡La licenciada me lleva a su departamento!

Mientras disimuladamente miraba a ver si le salía humito de la cabeza, la licenciada Rocío me tomó del brazo y me dijo: “Vamos a mi departamento”. Caminamos (me arrastró) del bracete y tengo que confesar que me volví lo del tren bala con un agregado sobre el poliamor. Creo que esto último se debió a que había desayunado sólo un café bebido. ¿A qué me llevaría a su departamento? Mientras íbamos caminando me comentó

- Quiero que conozcas a Nadia. Es mi sobrina. Vive conmigo. También quiere dedicarse a la política, pero a una “nueva política”. Creo que pueden hacer buenas migas.

La puerta del quinto “B” la abrió una muchacha alta, rubia, de ojos celestones, vestida con jean y una musculosa, que justamente ponían en evidencia el fuerte exterior de la ninfa, (calificación personal: nueve, bien puestos). Era Nadia. Nos esperaba, porque me recibió con un amague de trompada que, al intentar esquivar me hizo golpear contra la puerta. Al volver del reboté contra el marco, me abrazó y me besó.

Con el codo y el hombro doloridos, y medio confundido con la efusividad (parece que es de familia), me hicieron sentar en el living. En el instante siguiente tenía un vaso con agua, limón y menta en la mano y una mirada interrogativa que se me extendía hasta el cuello.

- Te traje aquí –me comentó con voz cálida la Lic. Rocío – porque quiero que Nadia te cuente su proyecto. Yo tengo que seguir en lo mío. Ahora estoy trabajando sobre la influencia de los paradigmas agónicos de Discépolo en Derrida y Bauman y su acople en el pensamiento de Markus Gabriel y Byung – Chung Han. Ella tiene –me subrayó, señalando a Nadia - una idea sobre una “política distinta”. Creo que te va a gustar. Te dejo con ella. Estoy segura que se van a entender”.

Solos con Nadia. Intercambios de igual a casi igual

La licenciada tomó su cartera y un libro, que es parte de su uniforme, le dio un beso a Nadia y un pellizcón en la cola alta a mí. Yo no entendí mucho lo que dijo y menos lo que hizo. Preferí quedarme quieto y aguantando con mi mejor cara de alumno obsecuente el ardor del glúteo superior. Desde la puerta nos dijo:

-Ustedes son tal para cual. Explícale despacio, Nadia. Cuidalo.

Observé por el costado del ojo que Nadia la miraba y le guiñaba un ojo. Cuando nos quedamos solos hubo un rato de silencio. Si pudiera ponerle nombre diría que era un primer round: Estudio, bicheo y preparación para el intercambio que sigue. Así empezó la relación.

- ¿Tenés ganas de tomar mate?

- Y... sí, si vos tomás... te acompaño

- Preparalo, entonces, no esperarás que haga de china al gaucho, ¿no?"

Calenté el agua, lo preparé y tomamos dos o tres mates en silencio. Después, acercó su silla, puso su cara a diez centímetros de la mía, me tomó de las manos y se largó a hablar:

- Si estás aquí es porque alguien que quiero mucho te eligió para que me acompañes. Así que no voy a andar con rodeos. Yo tengo un compromiso con la acción. Escuchá bien si vas a acompañarme: Los políticos han prostituido el camino, pero hay algo que nos han enseñado: la militancia. Lo que vale es el compromiso activo, dispuesto a mantenerse fiel y dar lo mejor de sí mismo por una causa, en las buenas y en las malas. ¿Vos estás dispuesto a jurar lealtad a esta idea y a aceptarme como jefa?

¿Qué tenía que ver esa pregunta con lo que estábamos hablando? Por eso me taré y me costó entender que esperaba respirándome casi encima. No se me ocurrió nada mejor que decirle:

- Y... sí, claro. Bueno. ¿Cómo no? No entiendo mucho, pero sí, ¿no? Pero..."

- Era en joda, tarado – me contestó y se estuvo riendo un rato mientras yo me coloreaba todo (de colorado casi bordó). Cuando se calmó, con voz seria me dijo:

- Te tomo la palabra. Y si no la cumplís, que Rocío te demande. Yo me encargaré de la parte física: molerte a palos... Te sigo contando el proyecto. Te aclaro que Rocío no está muy de acuerdo con lo de militancia. **Según ella ese concepto se relaciona** con una concepción militarista. Pero yo la convencí que nuestra militancia va ser la del amor desbocado. Además, **existen los soldados de la paz**, como los de la UN y las soldados del amor, que son las chicas de la calle.

Reserva mental y amor militante.

Me guardé bien de entrar en discusión con ella y decirle que los de la UN son milicos comunes a los que se les enseña a no sacar demasiado rápido los pistolones y que las chicas de la calle son trabajadoras sociales, según su

sindicato y no soldados de nada... Me pareció que, si la aceptaba como mi jefa, era mejor no empezar con críticas ni discusiones. Es muy efusiva y tiene la mano fácil y pesada.

- Militancia en la Nueva Política – seguía entusiasmada – es luchar por amor y estar entrenados para dar o recibir una paliza sin moquear. En eso hay que ser fuertes como las mujeres. Te lo digo por si sos medio mariquita o te agarra chuchi por cualquier cosa.

Le iba a contestar que a mí no me agarra chuchi así nomás. Tiene que ser una cosa importante. Pero preferí el silencio porque algo de eso tengo. En algunos casos callarse es inteligencia y ha servido para que muchos soldados sirvan para varias guerras.

- Como ves los Principios Guía son el Amor y la Militancia – seguía casi sin respirar –. No te he hablado mucho del Amor. Vos ves cómo la quiero a Rocío y no sabés lo que quiero a mis viejos. Lo que ahora hay que hacer es conseguir militantes. Vos sos el primero y espero que no huyas al primer tiroteo.

Esta mina la tiene claro, pensé. Tiene capacidad de conducción y hasta el físico la ayuda. Hablando de eso, se me ocurrió mirarla un poco detenidamente, para confirmar mi calificación corporal. Se ve que ella detectó alguna intensidad en la mirada, porque me chantó:

- ¿Me seguís o ya te perdiste en la niebla machirula?”.

- ...Y si..., pero no – atiné a contestar –.

- Si querés te lo explico de vuelta – me chantó enojosa –.

- “Por mí, no; pero si vos querés...”

- A los que no vamos a convocar es a los de farándula, su afición a la vida al pedo y figuretti, es patética, y mejor no distraerlos a ver si se dedican a otra cosa útil y la destruyen. Tampoco van a entrar los políticos profesionales. Su pequeña alma está comprometida en pelearse entre ellos, vivir de arriba, hacer eterna campaña, jodernos a nosotros y a veces meter la mano. Hablando de mano, a vos te veo como mi izquierda; a Rocío le doy siempre la derecha.

El tiempo pasa

De ese hecho han pasado una punta de meses y tengo dos novedades buenas: ¡Me enganché con Nadia, la sobrina (nueva calificación: nueve y medio clavado) y volví al Estudio Contable!

- Te guardé el puesto –me dijo el Contador Enrique Giménez -. Te extrañé, especialmente los lunes. Sabía que volverías. Pero ahora es con dos condiciones: la primera que aprendas bien las tablas, especialmente la del siete. La segunda, que agarres de vuelta los libros y estudies algo útil. Si agarrás viaje, el puesto es tuyo... Y soy capaz de hacerte socio de Racing.

¡Ya metí cuatro materias!

La novedad no muy buena es que mis viejos andan preocupados con mi hermano Thiago, el del medio ¿se acuerdan? Parece que en el secundario al que va, se ha armado un grupo de liberales libertarios (así se llaman) y el muy pendex los tiene locos todo el tiempo con su prédica y militancia inoportuna y en todo lugar habla de un tal Milei. Papa dice que le tiene rotos los coquitos y mamá que ya se le va a pasar cuando se le vaya el acné.

Va a ser el primero que lea estás páginas, aunque no hay profeta en su tierra, se la voy a seguir a muerte. Más aún, tengo pensado presentárselo a la licenciada Rocío o hacerlo venir a trabajar con Nadia y conmigo.

Trabajo voluntario convocante

Yo, ando bastante ocupado porque en mis ratos libres trabajo en nuestra ONG. Nadia es la Presidenta y yo soy algo así como el Segundo. Se llama “Militantes Idealistas Especializados en Revalidar la Democracia Amorosa.”. Yo voté no positivo cuando elegimos el nombre, porque no me gusta cómo queda la sigla, pero la Presi usó su doble voto. Por suerte, la licenciada Rocío la convenció de no poner al final del nombre la palabra “carajo”.

Es una lástima que la licenciada prefiera dedicarse a la investigación. Nos vendría bien con sus tarjetitas. Ella nos mira con simpatía, y nos llama “los boy scouts”. Nadia corrige: “girl and boy scouts”, por suerte, sin mayores precisiones de género amplio.

Lo primero que hicimos fue convocar a quienes nos van a acompañar en nuestro cometido. El llamado estuvo dirigido a la gente de buena voluntad. La respuesta obtenida fue más que numerosa. La selección fue rigurosa. Cada uno de los candidatos fue examinado en múltiples materias, sobre todo si su personalidad era capaz de sostener una autogestión militante, combativa, amorosa y ...resiliente.

Hoy estamos en la calle

Hoy es el día en que han salido a la calle. Los van a identificar por su febril actividad beligerante sin odio. ¿Dónde los van a encontrar?

. Con sus mesitas móviles, donde haya colas largas, jugando al dominó para entretener a la gente. (El dominó es reducido. Las fichas son hasta el tres. El doble tres es la “chanchita”).

. En los colectivos y trenes contándoles cuentos cortos a los que tienen viajes largos.

. En los Orfanatos y Asilos enseñando a dibujar, bailar, cantar y a hacer avioncitos de papel.

. En los geriátricos haciendo flan con dulce de leche acaramelado, en vez de naranjas, de postre.

. En los barrios haciendo que los chicos hagan reír a los abuelos y jubilados.

. En los hospitales acompañando a los enfermos, escuchándolos y sacándolos a pasear si pueden hacerlo.

Está abierta la convocatoria. Ojo, los voluntarios sólo son pagados con sonrisas, aplausos y respeto. Si los encuentran, apóyenlos, son militantes muy sensibles al cariño. Y prepárense para la recíproca: abrazos y besos, tipo los que me zampan mi jefa, la presidenta Nadia y la Licenciada Rocío.

¿Final?

Al fútbol le voy a estar siempre agradecido. Me ayudó a ver que la política tradicional no es para mí. Creo que para nadie, aunque hay muchos que se desviven por meterse. Hay gente para todo.

Espero que esta historia les haya gustado. En caso contrario, no se hagan problema. Yo voy a tratar de superarlo.

¡Ah, me olvidaba! Me dejó dicho la Licenciada que les pregunte si lo que hace nuestra buena gente les provoca sonrisas. En caso positivo, insistió en que les haga otra pregunta: ¿Y lo que hacen nuestros queridos políticos no es para ir a misa, hincarse a rezar y mandarlos directamente a donde todos sabemos?

INTERROGANTES

Que deben ser respondidos en forma clara, distinta y algo inteligible.

¿Si clonás a tu mamá sabés de qué edad sale?

¿El Edipo se entereva cuando intervienen más de una madre o padre, donantes, gestantes y/o probetas?

¿Es cierto que el próximo Congreso Internacional Masculino tiene como título “A qué edad se empiezan a enojar las mujeres”?

¿El machirulaje se aprende o es genético?

¿Es de Maquiavelo la frase de que los fines no justifican los medios de comunicación?

¿Es necesario ser llorón para ser mamado?

¿Todo tiempo pasado fue mejor o más o menos?

¿La esperanza es para prepararnos por si lo que viene es peor?

¿Será cierto que no se puede llorar con la boca llena?

¿Si el año 2000 nos iba a encontrar unidos o dominados, se sabe quién está a cargo?

¿Es tan desgraciada la vida del chanco si cuando nace tiene teta asegurada, no hace dieta, nada le cae mal y cuando muere lo espera el General San Martín?

¿Es cierto que los leones veganos son más pacíficos y terminan siendo querendones?

¿Cuándo en las fiestas de fin de año sube el precio del pan dulce es por escasez de frutas secas o porque está más cara la harina?

¿Definirá la ciencia en algún momento a qué edad hay que decirles a los chicos que los Reyes Magos y Papá Noel son los padres?

¿Hay alguna regla del mar que señale que no es políticamente correcto decirles “cabecitas negras” a los ballenatos?

¿Está demostrado que el vino de la uva chinche es más agresivo que los otros?

¿El origen del poliamor es cuando a la mamá le empiezan a competir la maestra o la tía simpática?

Las tres veces que cantamos “Libertad” en el himno argentino es para que los de la derecha, los de la izquierda y los del centro piensen que una, al menos, es la de ellos.

¿Es cierto que la palabra LGBTIQ+ es una de las más difíciles del ahorcado?

¿Policía que huye sirve para otra manifestación o, con suerte, lo atornillan en Reposición de Uniformes?

¿Cuando los veganos y vegetarianos toman conciencia de que las plantas son seres sensibles y sufren cuando se las mata, salen del estado vegetativo?

¿La suegra es parte de la familia o del antisistema?

¿Quién paga la luz del final del túnel?

¿Si el que no salta siempre es un enemigo, qué pasa con los rengos?

¿Está prohibido acercarle la montaña a Mahoma si está cansado o hay que ser musulmán para hacerlo?

¿A las promesas de los políticos se les podrá exigir que vengan con garantía real hipotecaria?

¿Si yo me percibo como “lesbiano” el estado me reconoce como tal o siguen subsistiendo las limitaciones de género?

¿Es cierto que los astronautas cuando salen de la órbita terrestre se manejan con la carta astrológica?

¿Se puede probar que la historia de la humanidad comienza con el homo sapiens, pero la verdaderamente importante empieza cuando vos nacés?

¿El tamaño de la vestimenta de las vedettes se irá achicando con el cambio climático?

¿Serviría poner un Var para constatar si los goles de los políticos son reales?

¿Las terapias new age curan el hipo o todavía aconsejan el vaso de agua y el susto?

¿Es cierto que a los migrantes les falta lo que les sobra a los que los empujan y a los que los rechazan?

¿Alcanza para triunfar ser joven, rico, blanco y parlotear un poco anglo o se requiere algo más?

¿Si el riachuelo estuviera en Italia, Julio César lo hubiera cruzado o mandado sanear?

¿Qué porcentaje del lenguaje que inventaban los adolescentes pasaba a la lengua común en tiempos de los sumerios?

¿Se sabe por qué en el Congreso Freudiano sobre “¿Qué es lo quieren las mujeres?”, el tercer premio lo obtuvo el trabajo “Vaya a saberse”; el segundo fue para “Chi lo sa” y el primero, declarado vacante?”

¿Cuántos segundos debe durar un buen beso?

¿Es cierto que en las ceremonias interreligiosas se vuelve al politeísmo?

¿Es cierto que en la Edad de Piedra se usaban cascos chicos para mandar SMS?

¿Dar cuatro besos en la mejilla es una costumbre esquimal o se debe al Alzheimer?

¿Es cierto que hay algunos que no se conforman con ser inmortales y aspiran a ser eternos, o sea que no tuvieron principio ni tendrán fin?

¿Los políticos no se entienden entre sí porque las palabras tienen significados diferentes o habrá algo más?

¿El Protocolo Vegano recomienda eschuchar a las plantas carnívoras?

¿Las ideologías nacieron de las ideas o existían antes?

¿No es exagerado hacer sexo tántrico en forma virtual?

¿No sería conveniente que, en las elecciones, además de los fiscales de los partidos, hubiera defensores de la gente, o ya es tarde?

¿Es discriminatorio en EEUU decirle blanco a un blanco?

¿Si la gente hablando se entiende, los que no se entienden qué son?

¿No es demasiado exigir “paridad de género ya” entre los arzobispos católicos?

¿Es cierto que las películas porno en África son en blanco y negro?

¿Es cierto que en el cielo cristiano está mal visto bostezar, estirarse y hablar del tiempo?

¿Es cierto que Buda empezaba el régimen los lunes y el fin de semana empezaba con los permitidos?

¿La paridad del género asegura el buen corte de la ropa?

¿Si Borges volviera no se preguntaría por qué no nos unió el amor ni la tragedia, sino el fútbol?

¿El deseo de inmortalidad está referido sólo a seguir viviendo o se extiende a tener también las cosas que a uno le gustan?

¿Cuándo en los desfiles militares sólo se oyen las órdenes “¡derecha! - ¡izquierda!” ¿es porque en la milicia no se puede andar con muchos matices o es un problema de gps?

¿En los libros que se decide reescribir en lenguaje inclusivo antidiscriminatorio, quien cobra los derechos de autor?

¿La adolescencia comienza con las crisis de crecimiento y termina en la vejez con las crisis de decrecimiento?

¿Las mujeres viven más años porque se jubilan antes?

¿Es cierto que los ángeles de la guarda se quieren sindicalizar, en razón de que trabajan añares sin paga ni descanso y que cuando desaparecen los custodiados ya les está esperando una almita bebé?

¿Será posible que la Justicia de España esté dando tantas vueltas al reclamo de mi familia para recuperar una chacrita que teníamos en tiempos de los celtíberos, que nos fue confiscada por los prepotentes romanos?

¿Si votaste el mal menor, cuando te das cuenta que te equivocaste, te duele más o menos?

¿Estará en lo cierto Nippur de Lagash cuando afirma que la juventud es un defecto que se cura con el tiempo, pero la idiotez no?

¿En las charlas interreligiosas es cierto que hay envidia de los cristianos porque los musulmanes pueden tener hasta cuatro mujeres, o es a la inversa?

¿Las privatizaciones de las que hablan los liberales son iguales a las estatizaciones de las que hablan los de izquierda, o se refieren a ciclos que se repiten?

¿En el cuento del tío, la referencia es al hermano de la madre o del padre?

¿Si tu querido gato se va de casa después de años de mimos, cuidados y de dormir en tu cama, no será recomendable hacer la denuncia por abandono de hogar que te cubra de un posible pedido de separación de bienes?

¿La ciencia dice que la nada existe sólo en las matemáticas, pero si yo me auto percibo así y la familia, incluida mi mamá, lo confirman, seré sólo un número primo?

¿Es cierto que los hombres más pacientes son los que trabajan en las zapaterías de mujer?

¿Argentina se ha convertido en un pueblo mesiánico o sólo se trata de la actualización del culto maradoniano dirigido ahora a Messi?

¿Es cierto que las Amazonas se reproducían asexualmente o es verdad la leyenda urbana de que colaboraban ciertos Amazonios que merodeaban por los alrededores?

¿El Alzheimer no será una reserva que el cuerpo libera al llegar a viejos para soportar mejor el presente y no deprimirse comparándolo con otros tiempos?

¿Es cierto que los siete sabios de la antigua Grecia ahora son los catorce sabies?

¿Los que critican a los que votan en blanco es porque quieren que voten como ellos o porque no les gusta escuchar una puteada?

¿Se podrá usar la energía de los fanáticos, barras bravas, patoteros, odiadores y otros exaltados parecidos para producir luz o gas?

¿Se podrá elegir en el metaverso el avatar del hombre invisible cuando está sin ropa o esto no es visto bien?

¿Es cierto que en algunos templos hay un cartel que dice “Dios les sonrío a sus fieles y está filmando a los agnósticos y a los ateos”?

¿Si yo me quiero cancelar me tengo que anotar en algún lado?

¿Se convierte en positiva la frase “todo es una porquería” si se le agrega “disfrutalo... no sabés la que se viene”?

¿La categoría más numerosa de los “Mediáticos” es la de imbéciles creciendo?

¿A qué religión pertenece el mandamiento “Ama a la mujer de tu prójimo como a ti mismo”?